

Juventud sobre
tacones de cinco décadas

Zandra Alavez Montero

AGRADECIMIENTOS

*Para Rodrigo y Valeria, mis hijos, en cuyos
cimientos se ampara la fuerza de mi corazón.*

*A mis padres, hermanas
y hermano por su amor incondicional.*

*Para Rubén Hernández Herrera, mi gran amigo,
maestro, consejero, protector, filósofo de cabecera,
cómplice, auxiliador, luz y presencia incansable
a quien debo este sueño hecho realidad.*

*A Mónica Díaz de Rivera, mi apreciada maestra
cuyo profesionalismo, experiencia, conocimiento,
sensibilidad y confianza, fueron determinantes
en la liberación escrita de mis confesiones.*

*A Beny, Josefina, Lulú, Alejandra y Carmen,
mis queridas compañeras y confidentes de taller.*

*Al taller de autobiografía del
Programa Universitario para Adultos Mayores
de la Universidad Iberoamericana, Puebla.*

JUVENTUD SOBRE TACONES DE CINCO DÉCADAS

9 de noviembre de 2010

Hija:

Seguramente cuando tengas esta carta en tus manos, ya habrás olvidado el altercado que tuvimos ayer por la noche. Este hecho es el origen del escrito que ahora lees...

Anoche te llamé para recordarte la cita de todos los martes con Rubén para tus terapias, mismas que fueron canceladas definitivamente al ver tu falta de interés en continuarlas, la manera tan ligera en que rehuiste un compromiso y la forma poco responsable con que encaraste el asunto.

Me he sentido triste por tu comportamiento y tu reacción hacia mí. Me ha dolido muchísimo tener que aceptar, de una vez por todas, que te soy poco necesaria y que solamente me buscas cuando tienes algún problema mayor, o cuando necesitas dinero. A pesar de lo doloroso, he aceptado que tu amor por mí es poco en estos momentos. No eres responsable de las circunstancias en las cuales se ha desarrollado tu vida. Aceptar lo que significa para ti me ayuda a continuar con la mía y a vivir en la paz que se obtiene cuando se asumen los costos de cuanto se ha decidido. Por otro lado, lo único que busco es decirte, una vez más, lo mucho que te quiero. Y no de forma rutinaria y hueca, carente de verdad. No es un “te quiero” por compromiso. Los amores no sólo se platican, se dicen con miradas, con caricias y hasta con silencios. El amor también se dice con lealtad, con verdad y sin ocultamientos. Y, a veces, cuando las oportunidades son muy pocas, nos queda la opción de la palabra escrita, que en ocasiones es mucho más generosa y elocuente...

–Ya voy para la casa, mi vida...

–Sí, amor, te espero –anoté.

–Gracias, mi vida. ¿Estás por salir a tu compromiso?

–No, mi amor, como no te fuiste a Chihuahua, preferí pasar esta noche contigo –escribí satisfecha en mi celular al saber que nuevamente nos veríamos a través de la cámara hasta quedarnos dormidos.

–¡Eres una bárbara! ¿Ves? Por eso te amo, te adoro, te necesito. Eres mi nueva vida...

“Nueva vida...”, pensé sintiéndome afortunada mientras leía una y otra vez el mensaje que mi novio había enviado a mi teléfono. Sus palabras abrieron paso a todo lo que recuerdo y a lo que ha quedado atrás para afianzarme en esta nueva vida.

Minutos antes había terminado una plática telefónica con Valeria, mi hija. De ésas que le llenan a una el corazón. Ese día, 9 de junio de 2013, se cumplía un año de haber vivido juntas una fecha que nos marcó para siempre y nos unió un poco más. A pesar de vivir separadas desde hace doce años –y de que se las arregla muy bien con su vida y sus decisiones–, me busca para encontrar comprensión y consejos en sus dilemas, cuando recibí los mensajes en mi celular.

“Nueva vida”... Esa pequeña frase me sustrajo del momento presente y, de golpe, me mandó en segundos cuarenta años atrás...

Me gustaba ver la televisión sentada en el piso a dos pasos de distancia de la pantalla cada vez que pasaban la programación que me interesaba. Los concursos de belleza y las películas de Jerry Lewis eran mis favoritos. Yo era su fan número uno y única, pero recuerdo que a ninguno de mi familia le gustaban. Sin embargo, nadie me interrumpía ni usaba la televisión cada vez que en la programación sabatina, y a veces dominical, incluían alguna de sus cintas. Hace

muchos años que no he vuelto a ver un filme de Lewis. Creo que la última vez yo tenía como doce años. Me pregunto si volvería a reír a carcajadas si ahora viera una de sus películas.

Los concursos de belleza sí acaparaban la atención de mi familia completa (en especial de las mujeres). Hace unas décadas esos certámenes eran más populares que hoy en día, y todo mundo hablaba de ellos. La gente los seguía en cada una de sus etapas. Muchas jóvenes, y niñas como yo, soñábamos con vernos tras la cámaras paseando en trajes de baño y de noche. Y, antagónicamente, muchas de las familias que no se perdían un concurso año tras año, eran las mismas que jamás permitirían que una de sus hijas participara en alguna competición de ese estilo. Tenían una pésima opinión de esos concursos y de sus participantes. Al menos en Puebla la doble moral así lo dictaba.

A mis nueve años estaba muy lejos de reparar en estos detalles, y mucho más de saber que mi vida sería definida por momentos especiales que le cambiarían el curso y que han sido determinantes para mi subsistencia.

Mi primer momento decisivo tuvo lugar ahí, justo frente a la pantalla de la televisión familiar, donde, sentada en el piso, mi pequeña mente tomaba su primera gran decisión: “un día voy a estar ahí, concursando”... Supe que así sería, que nada podía ser más seguro. Así me lo decía la sensación de certidumbre y convencimiento que me llenaron de gozo desde la cabeza hasta el estómago. En el pecho, la misma sensación era mucho más firme y sólida, y a la vez serena.

Nueve años más tarde, una corona, un cetro y una banda cerraban el círculo mágico y convertían mi deseo en realidad.

Recordar esto me ha suscitado las mismas sensaciones de hace cuarenta años: firmeza, solidez y serenidad, que surgen después de que un deseo se convierte, por un momento mágico, en una decisión inalterable. Entonces, simplemente se sabe lo que ha de suceder.

“Eres mi nueva vida.” Un pequeño mensaje que extrajo mi mente del cuerpo y la mandó de viaje por el tiempo. A mis nueve años, y a mis trece también, cuando era estudiante de secundaria y a veces, después de hacer mis tareas, tomaba una siesta.

Una de esas tardes, después de terminar un trabajo de biología, cerré mi libro y me quedé dormida. Entonces tuve un sueño que jamás olvidé. Me soñé de niña, de adolescente y de adulta, las tres juntas. Casi nunca recuerdo lo que vive mi mente mientras duermo, como supongo que le sucede a la mayoría. Sin embargo, muchas de esas ficciones nocturnas fabricadas por el subconsciente las tengo bien presentes porque me han dejado anuncios que no pude descifrar, sino hasta que los relacioné con hechos importantes de mi vida. Como ahora, en que un texto telefónico me regresa a mi infancia y a un sueño de adolescencia cuyo mensaje oculto, por fin, es revelado: estoy a punto de tomar una decisión que cambiará el curso de mi vida...

A los trece años me soñé de mujer adulta y supe que seguiría teniendo el cabello largo. Y también lo que habría en mi corazón y en mi mente a los cuarenta y nueve. A los trece años es difícil explicar lo que se sueña, pero las emociones y la rememoración los he tenido presentes hasta hoy, en que los mensajes de texto me pusieron frente a este recuerdo. Y por primera vez comprendo su significado, era una mirada al enigma del tiempo y a la información oculta que guarda en el pasado y en el futuro: mi primera gran decisión a los nueve y esta última a los cuarenta y nueve se miraron de frente mientras soñaba. Como cerrando el círculo mágico de los cambios radicales en mi vida. Y tal vez para anunciar un nuevo ciclo.

Éramos las tres, la Zandra niña, la Zandra adolescente y la Zandra adulta en el centro de la salita de la televisión. Teníamos una General Electric de la época, con sus patas en punta y terminadas en una base redonda de metal dorado. Era una cómoda laqueada y brillante sobre la cual mi mamá tenía en el centro

un arreglo de flores artificiales que nunca me gustó. En una orilla había una foto, no recuerdo de quién, y en la otra, un gran cenicero. Debajo de cada adorno, las acostumbradas carpetas que mi abuela Socorro tejía para regalárselas a mi mamá. Yo, la de nueve, estaba sentada en el piso en flor de loto con los antebrazos recargados en mis muslos. Miraba detenidamente el concurso, absorta en lo que veía y abstraída en mis planes futuros. Mi hermana Carmen se había sentado a un lado de mi mamá, sobre el sillón que estaba a mi derecha, recargado sobre el barandal de la escalera. Silvia y Lourdes, mis otras hermanas, estaban casi acostadas en el otro sillón de la salita, descansado sobre la pared y situado justo frente al otro. Todas seguíamos el curso del certamen... La única que observaba de cerca toda la escena, como un fantasma silencioso, era yo, la Zandra de trece años. Salí de mi recámara, ubicada en el fondo de la sala, y después de unos cuantos pasos ya estaba ahí, frente a la niña de nueve, con sus *shorts* y sus pies descalzos. Mi blusa es un elemento difuso, no recuerdo cómo era. La Zandra de cuarenta y nueve se mantenía de pie junto al sillón que ocupaban Carmen y mi mamá; observaba detenidamente a la niña de las decisiones anticipadas. Mientras tanto, la "Yo" adolescente examinaba a las dos por igual. Ella sabía lo que pasaba en el corazón de la niña y en el de la mujer madura. Sabía con toda certeza las ideas que corrían por la mente de la Zandra adulta. Podía sentir en ella misma los efectos de cada pensamiento, de cada proyecto y de cada anhelo de la mujer formada y sazónada con los años.

Cuando desperté, había pasado apenas media hora de siesta, pero la sensación que tuve después de ese sueño ha perdurado hasta estos momentos. A lo largo de mi vida lo he recordado muy pocas veces, hasta que hoy me fue arrancado de la sombra para entregarme su significado.

Sobre una torre había una mujer, de túnica blanca, peinándose la cabellera, que le llegaba a los pies. El peine desprendía sueños, con todos sus personajes: los sueños salían del pelo y se iban al aire.

EDUARDO GALEANO

La mañana estaba soleada a las diez. El gran patio de cemento de la secundaria y la preparatoria se veía vivo. El grupo de sexto grado de primaria ensayaba un bailable jalisciense para los festejos del 10 de mayo. Yo observaba en silencio recargada en el barandal del segundo piso mientras esperaba que el descanso de una hora terminara para tomar la clase de literatura que tanto me gustaba.

Esa mañana la maestra de inglés, mejor conocida en la secundaria como *la Creolina* por su característico olor a este desinfectante, se había reportado enferma, y por esa razón los alumnos de primero de secundaria tuvimos una hora libre.

El pasillo estaba muy animado con el bullicio de estudiantes de preparatoria y secundaria que esperábamos nuestras respectivas clases. Muchos observaban desde arriba, como yo, el ensayo del baile mientras reíamos y comíamos algún refrigerio.

A mi lado estaban dos de mis amigas y compañeras de grupo; hablaban sobre la tediosa tarea de literatura que a las once de la mañana tendríamos que presentar. Esperaban obtener al menos un siete para tener derecho a examen semestral, y rogaban porque no tuvieran que volver a escribir ninguna historia más para los exámenes finales.

Cuando esto sucedía, me limitaba a guardar silencio, porque ellas sabían que lo que yo más disfrutaba eran precisamente las clases de literatura, especialmente si se trataba de escribir. De hecho, gracias a mis pequeñas historias escritas ya había exentado la materia. La única condición, que para mí era más un agasajo, fue que siguiera escribiendo historias.

El profesor Jesús, quien murió hace un año, o *maestro Chucho*, como le conocíamos, me alentaba siempre a escribir. ¡Sobre todo cuando descubrió que para tocar instrumentos musicales era absolutamente nefasta!

Las clases a su cargo eran: Educación Física, Taller de Literatura y Taller de Música. En esta última asignatura me sucedía lo mismo que a mis dos amigos: ¡estudiaba para pasar la materia y no para aprender a tocar la guitarra!, de manera que siempre obtenía un invariable seis gracias a las buenas notas que conseguía en literatura, y por las cuales había quedado bien sentado que mi lado artístico y sensible “no era defectuoso”, según palabras de mi profesor, porque he de reconocer que su paciencia era enorme cada vez que yo tocaba en la guitarra una nueva canción con la misma “re mayor” de siempre.

Movía la cabeza de un lado a otro y me interrumpía apenas había empezado con mi interpretación, diciéndome con una calma, que más parecía derrota por cansancio, que tenía otra vez seis.

Faltaban cinco minutos para las once, cuando el maestro Chucho se detuvo a un lado de la puerta del salón a esperar que entrara el último de sus alumnos.

Después de pasar lista, recogió los trabajos y en silencio comenzó a calificarlos. En una orilla de su escritorio colocó los más pequeños; en el centro, los que tenían una o dos hojas escritas, y en la otra orilla, el mío. En esa ocasión la historia que escribí a lo largo de una semana me había ocupado diez hojas y yo estaba especialmente emocionada porque sabía que lo siguiente era leerla en el salón de clases. Para mí, ése era el mejor cuento que había escrito. Narraba el amor entre dos adolescentes, y escribí un poema que el novio entregaba a su novia antes de irse a estudiar al colegio militar.

Lo que venía después de leer era lo de menos para mí. Me sentía satisfecha y lo único que quería era mostrarle la historia a

mi madre. Ella poco sabía sobre mis estudios, pero le era suficiente con saber que, mes con mes, salía airoso con mis notas. Nunca di problemas en casa con mi desempeño en los estudios.

En aquella época era poco consciente de la vida de mi mamá. Yo era una adolescente que nada sabía de sus tristezas y frustraciones añejadas. Por consecuencia, no podía imaginar que su reacción resultaría especialmente lamentable para mí.

Muy triste y dolida salí de la cocina, sin siquiera haber terminado de leerle mi historia de diez cuartillas. Creo que la tomé por sorpresa en uno de sus malos momentos, pensando que me escucharía entusiasmada.

Recuerdo con claridad su expresión cuando le pedí que escuchara lo que había escrito. Después de varios años comprendí el significado de esa expresión, pero mi protagonismo adolescente no me permitió alejarme a tiempo.

Comencé orgullosa, segura de que la opinión de mi madre sería igual a la de mi maestro. Me equivoqué. No había avanzado mucho todavía, cuando llegué a un párrafo en el que utilicé ingenuamente una palabra que le había escuchado varias veces a ella: “vivencias”. Mi madre, con un tono de impaciente fastidio, cortó mis palabras con el filo de las suyas: “¿Tú qué sabes de vivencias si apenas eres una mocosa?...”

En el estómago sentí una sacudida, una convulsión dolorosa que me fue subiendo con rapidez hasta la cabeza. La cara me hormigueaba, mis ojos y mejillas estaban calientes. Me dolió tanto su comentario, que aún ahora lo recuerdo. Al escucharla censurándome, me sentí humillada y, sobre todo, avergonzada. La historia que horas antes me había dado una pequeña gloria estudiantil, se convirtió en un azote.

Mi madre salió de la cocina ignorándome por completo y sin darse cuenta de lo que había hecho conmigo. Nunca se enteró de que, por muchos años, yo recordaría ese suceso más que los momentos agradables que pude haber pasado a su lado.

Subí a mi recámara sintiendo vergüenza de mí misma y de la historia que escribí. La sensación era de desnudez, como si mi madre hubiera puesto en evidencia mi falta de conocimiento y experiencia para hablar de cosas que sólo ella sabía.

No recuerdo qué fue de esas diez cuartillas, y también he olvidado por completo la historia, pero a partir de ese día dejé de escribir durante muchos años. Muchas veces me hice el firme propósito de volver a hacerlo, pero cada vez que lo intentaba, no podía evitar la misma vergüenza de mi adolescencia y recordar las frías palabras de mi madre.

Veintidós años después, y siendo mamá también, logré escribir de nuevo. Ya tenía varios años de frustraciones acumuladas queriendo salir a la luz, pero lo que escribía eran pequeños desahogos que guardaba celosamente para que nadie los viera. Siempre terminaba rompiéndolos, pues, cuando los sacaba para leerlos otra vez, no sabía adónde mirar, como si alguien estuviera frente a mí descalificando mis escritos. De esta manera, muchas de mis memorias se fueron a la basura llevándose entre sus líneas episodios que acabé por olvidar.

A los trece años me di cuenta de que tenía una madre que sufría mucho por causa de mi padre. En el fondo sabía que la brusquedad y aspereza con que muchas veces nos trataba era resultado de un esposo descortés, ausente, poco amoroso y macho que lastimaba su autoestima. De alguna manera, yo también me sentía como ella: agraviada por mi padre, abandonada en los últimos momentos de mi infancia. Cuando empecé a dejar de ser niña, él se alejó de mí, como lo hizo de mis otras hermanas. Dejé de tener a ese papá que hizo de mi infancia el lugar ideal para vivir y se convirtió en uno ausente, prejuicioso y dominante, que mostraba su cariño desde su silencio y escondía el amor por los suyos, mezclado con sus propios traumas e inseguridades.

Al no poder defenderme, decidí enmudecer para no ser juzgada. En mi silencio, yo era poderosa y me sentía a salvo. Mis secretos

eran sólo míos, y mis decisiones las conocía sólo yo. Desde entonces aprendí a guardar silencio mientras mi cabeza se convertía poco a poco en un mundo más grande que el que estaba afuera. Con la imaginación construía los escenarios predilectos. Cada acontecimiento del mundo real era motivo de una reconstrucción idílica dentro de mi cabeza, en especial aquellas circunstancias en las que las ilusiones y frustraciones propias de mi edad eran más fuertes. Ese mundo privado, de tiempo libre mental, me sirvió siempre, y aún ahora, para estar sola y desaburrada. Y en ese espacio reducido, pero infinito, he vivido sin medida. Me he torturado y me he sanado. He madurado, he destruido y reconstruido. He sido de todo y he hecho de todo.

La ventaja de ese tiempo etéreo y silencioso es que no necesita de un lugar especial. Tampoco de un horario. Cualquier tiempo libre en cualquier lugar es suficiente.

Mientras manejo, mientras hago ejercicio, mientras las voces en las comidas familiares se hacen escuchar silenciando mis palabras, cuando me acuesto, o cuando despierto en medio de la madrugada...

Fue así como decidí, en mi joven lucidez, que no me casaría con ningún hombre que tuviera las mismas costumbres que mi padre. El tiempo me enseñaría que reproduce un patrón de conducta que me llevó con alguien muy similar a él. Mi joven cerebro, carente de ideas más inteligentes, era tan amplio y estaba tan deshabitado como el de muchos cerebros adultos.

Decidí cambiarme de colegio al terminar la secundaria. Saldría de Cholula para estudiar la preparatoria en la ciudad de Puebla. Todo esto en contra de los deseos de mi padre, quien se negaba a salir de su ciudad natal, pese a que la casa que acababa de construir, también en la ciudad de Puebla, estaba casi concluida. Mi decisión estaba tomada y nada impediría que llevara a cabo mis planes. Era la segunda gran decisión de mi vida; sin ella, Rodrigo y Valeria, mis hijos, tendrían otros rostros y otros nombres.

Me pregunto ¿cuántas veces mis hijos me habrán buscado en las fotos y en sus recuerdos? Con toda seguridad, habrán pedido a Dios que me llevara de regreso a casa, a su lado, confiados en que su deseo les sería concedido. Yo les había dicho que Dios siempre escucha a los niños.

El tiempo les ha ayudado a comprender que no a todo lo que se desea se le concede la gracia. Que no todo lo que parece bueno significa que lo sea. Que no toda el agua clara se puede beber.

Tomé distancia de una vida que ya me dolía mucho. El miedo me condujo a forzar una realidad que contrajo una enfermedad incurable.

Deserté retirándome de la vida cómoda; abandoné el techo y la comida. Me despojé de mis pertenencias y pagué con los tesoros más valiosos que tenía. Pero era el único camino para recuperar lo que poco a poco me fue saqueado con los años.

Entonces descubrí que nada de lo que tenía era mío. Sólo era dueña de la farsa y la seducción de un mundo de utilería. No era dueña de nada, mucho menos del tiempo... perdido, desperdiciado.

La recuperación ha sido lenta y a veces dolorosa, pero la salud ha empezado a aparecer. El tiempo en su paso, a veces lento, y otras, tan rápido, apenas si me ha permitido voltear los ojos y preguntarme: “¿En qué momento sucedió todo sin haberme dado cuenta?” Ha sido mi amigo más sabio en este acto de libertad y autonomía.

Noviembre de 2010

Valeria, mi dulce menina, mi niña de siempre... me tuve que ir. Me fui sin “irme”, sin dejarte, sin dejarlos. Algunas madres nos vamos para poder quedarnos. Como yo, que me fui para cubrir dos frentes. El suyo, que estaba lleno de sus cosas, su seguridad y su sustento; de sus cimientos, que fueron

construidos para sostenerlos sin importar las fuertes sacudidas del terreno. Y el mío, que había perdido firmeza y densidad.

Porque las madres a veces nos tenemos que ir para recuperar nuestra otra mitad. La que nos fue arrebatada por los largos brazos del tabú, que nos domesticaron y nos negaron el derecho a mirar más lejos y a movernos sin tanta estrechez. Teníamos que usar una especie de camisa de fuerza ideológica, tan ajustada que casi cortaba la respiración y, a veces, nos mutilaba. En otras ocasiones nos inhabilitaba por largo rato, obligándonos a sentir culpa y casi vergüenza por atrevernos a soñar.

Me hubiera gustado llevar a cabo este rescate sin perderlos de alguna manera. Sin convalidarles de mi escasez. Pero, en esta cruzada, decidí jamás guardar un espacio para los dos pedazos de mi vida cuyos ojos, entonces niños, me miraron como desamparados al toparse por primera vez con la palabra “separación”. Sus sentimientos dieron dolorosas vueltas en sus corazones ajenos e inocentes que sólo conocían el llanto de los niños, y no el dolor que a veces heredamos los adultos.

Pero me tenía que ir, y me fui varias veces; me fui de mis padres, me fui de mis hijos, y me fui de su padre. De hecho, lo único que quería era irme de él, pero a veces algunas renuncias son tan inflexibles y severas que cobran venganza imponiendo una sanción más dolorosa que la propia renuncia. Es como si la vida nos castigara por querer salir de prisión cuando somos inocentes.

Pagué por mi expiación, me rescaté y me fortalecí. Ahora soy una mujer madura, que continúa curtiéndose con los años, aunque nunca podré recuperar lo que más amo...

Es una carta muy larga, pensé al terminar de leer parte de la copia que conservo. Me llevó un mes escribir esta herencia para Valeria. Un regalo guardado en un sobre amarillo que comencé a escribir el 9 de noviembre de 2010, y terminé de redactar el 5 de diciembre del mismo año. Hubiera querido entregársela en sus manos el 24 de diciembre, una noche antes de su cumpleaños. Ése era mi plan, pero esa Navidad decidió no llegar a mi casa, no llamó por teléfono y tampoco me envió ningún mensaje con su hermano.

Rodrigo llegó a la Navidad como un juglar sin estrofa, que calmó mis dolores con la única medicina capaz de curarlos: el abrazo indulgente y benévolo con que siempre me recibe.

Tengo muchas fotos custodiando los vestigios de mi historia. Con huellas y evocaciones de mi vida que, un día, se convertirán en sólo fragmentos de un árbol genealógico que tal vez nadie quiera elaborar. Pero ahí quedarán, como testigos de papel y letras de uno de los incontables excesos de la justicia...

Conducía mi coche de regreso a casa mientras cantaba las canciones de una sección radiofónica que daba una hora de música sin cortes comerciales. Me gusta manejar sola, sin compañía. Los caminos en carretera, o los recorridos dentro de la ciudad, los aprovecho para reflexionar cuando hay algún motivo que requiera ser pensado, o sólo para escuchar música y sentirme relajada.

Era sábado por la tarde. El calor de marzo y el día de descanso que me había tomado me dieron una sensación despreocupada y ligera que podía percibir en la relajación de mi cuerpo mientras manejaba. Conducía de manera más pausada y disfrutaba del tráfico que en otras ocasiones me provoca impaciencia.

Los audífonos del celular me lastimaban un poco. Tengo pocos días de haber empezado a usarlos, pero es la manera más segura de evitar cualquier tipo de accidente vial al recibir llamadas. Además, disfruto las conversaciones que sostengo con mi novio cada vez que tiene tiempo de acompañarme con una charla telefónica hasta que llego a mi destino. Pensaba en esto, cuando me percaté de que en la siguiente calle, justo en el estacionamiento de un pequeño súper, giraban las inconfundibles luces de la torreta de una patrulla de policía. Llamó mi atención el numeroso grupo de curiosos que la rodeaban y llenaban el área de aparcamiento y parte de la cinta asfáltica, entorpeciendo el paso de los coches y rompiendo con la calma de la tarde de cuaresma que aún reinaba en las calles aledañas.

El paso de los coches se hacía cada vez más lento a medida que nos acercábamos al grupo que invadía parte de la vía pública.

Mi corazón aumentó su ritmo y me provocó palpitaciones en la cabeza que podía escuchar dentro de mis oídos.

Conforme me acercaba, la escena se hacía más clara y podía entender lo que sucedía. Sentí dolor y tristeza al ver que un policía sacaba del establecimiento, casi a empujones, a una joven que no debía de tener arriba de veinte años. Tenía las manos esposadas en la espalda y el miedo y la desesperanza reflejadas en su cara, que le brillaba por las lágrimas. La brusquedad del uniformado le provocó un traspie que le dejó una rodilla raspada y enrojecida de sangre.

No pude ver más, los coches continuaban avanzando gracias a la intervención de un agente vial que llegó a poner orden en ese pequeño caos. Pero mis ojos querían seguir observando, como si de esa forma pudiera asegurarme de que la joven iba a estar bien, pese a su triste situación.

La rabia me hizo escupir una grosería en contra de aquel policía que había abusado de su fuerza y de su poder en contra de esa casi niña de blusa primaveral, cabello largo y recogido de manera casual, *shorts* y sandalias modernas. Ignoro si en aquella triste escena habría más implicados en lo que parecía ser, a todas luces, un asalto a la franquicia. No tuve tiempo de observar más que a la joven infractora, quien acaparó toda mi atención en esos escasos minutos en que mi coche transitaba frente al tumulto.

Mis ojos hurgaban en el retrovisor, necesitados de saber más sobre la suerte de esa infortunada muchacha, pero no pude ver otra cosa que no fuera la gente que se arremolinaba impidiéndome saber un poco más.

Una especie de angustia me envolvió durante todo el trayecto a casa. ¿Cuál sería el destino de esa jovencita? ¿Tendría a alguien que la pudiera ayudar a salir bien librada? ¿Seguiría siendo presa de los maltratos físicos de aquellos policías?

Tenía un nudo en la garganta y una preocupación por aquella niña, como si se tratara de mi propia hija, pero, por fortuna, no lo era. Di gracias por haber tenido el privilegio de unos hijos sanos, con horizontes más amplios y vidas con mayores opciones. Eso fue lo que ocasionó mi tristeza, tener frente a mí la imagen de una vida nueva padeciendo los golpes de un destino rudo a tan corta edad.

Mis hijos, herederos del amor incondicional de sus padres, que, pese a ser un amor inmenso, no pudo librarlos de haber sido los damnificados centrales de un divorcio que rompió su hogar y los obligó a pagar deudas que no eran suyas.

¿Qué clase de circunstancias? ¿Cuántos ingredientes interfieren para que un joven estreche la mano de la delincuencia?

Sin duda, la lista de razones es infinita: la familia, los padres, las instituciones, los amigos, la sociedad, las autoridades... la naturaleza de cada quien. Todo es determinante para construir historias o destruir vidas. Y ver las caras de mis hijos, con el brillo y la sonrisa de quien es libre y sano, me da paz y me provoca una profunda gratitud.

La puerta de la cochera se iba abriendo con una pesada calma, y el rechinado que dejaba escapar cuando llegaba al tope me trajo de regreso a la realidad. Manejé casi en automático mientras mi mente daba vueltas y vueltas a los pensamientos que se dispararon con el suceso de la chica de las esposas. Mientras guardaba el coche, traté de recordar el trayecto de regreso a casa, pero apenas si tenía imágenes conscientes de la carretera, de los autos y del paisaje en general. Las imágenes de mis hijos cuando eran pequeños y vivíamos juntos no dejaban de aparecer en mi memoria.

Luchaba por mantener en orden los recuerdos que surgían uno tras otro sin dejarme dedicar el tiempo a cada uno para revivirlos otra vez. Me bajé del coche y me fui directo a mi recámara en busca de esas imágenes fotográficas que tuve especial cuidado de llevar conmigo antes de separarme de mis hijos. Necesitaba acudir a ellas, como para cerciorarme de su bienestar general a través de

cada escena plasmada, de cada sonrisa, de cada lugar y de cada momento en que fueron tomadas.

En instantes, mi cama quedó tapizada con decenas de fotos que conservo de Rodrigo y Valeria. Juntos, separados, conmigo, de bebés, de adolescentes, festejando su mayoría de edad, con sus amigos, con sus parejas, en la playa, en el antro, en la pastorela, abrazándonos la tarde que me casé por segunda vez.

En todas ellas sonrían felices, cada fotografía guarda una información de su historia, y de la mía. Sobre mi cama tenía un registro gráfico de sus orígenes y de su vida normal y sana. Elegía una foto, y a veces dos, y las observaba detenidamente mientras recordaba la pequeña historia de cada una.

Ante mis ojos tenía la evidencia impresa de tres vidas unidas no sólo por la sangre, sino también por la desdicha, la injusticia, la separación. Y por la comprensión, la solidaridad, la fortaleza y, a veces, por la incertidumbre. Pero, sobre todo, por el amor.

¿En qué momento empezó a correr riesgos la muchacha de las esposas?

De pie, junto a la cama, observaba mis fotos y me llenaba los ojos con Rodrigos y Valerías de distintas edades. Imaginaba la cara de la joven asaltante y trataba de ubicarla en sus propias fotografías. ¿Cuál de ellas escondería tras de sí los orígenes de su desvío? ¿Habría evidencia en algunas del inicio de un caminar equivocado? ¿O tal vez existiría alguna donde hubiera quedado plasmada la mirada del abandono o del maltrato? ¿Cuál sería la foto del último día en que fue feliz? ¿O quizá nunca lo fue?...

Seguí buscándola en medio de mis fotos y en medio de mis pensamientos, la encomendé en repetidas ocasiones al poder divino.

Las fotos eran tantas, que algunas resbalaron y cayeron al piso. Todas, excepto una, quedaron apiladas casi perfectamente, como si una mano las hubiera acomodado. Las volví a colocar junto a las otras. La otra, la que había caído lejos de las demás, estaba boca abajo junto a la puerta de entrada. La levanté y la observé por

largo rato, mi corazón empezó a sentirse otra vez en paz. Sonreí de manera espontánea y casi pude sentir mi mirada ablandada y tranquila al observarme abrazando por la espalda y rodeando con mis brazos la cintura de Valeria mientras ella recargaba su cabeza en la mía.

Era la foto más reciente que nos habíamos tomado juntas. El 22 de diciembre de 2012, en la casa de Cholula, y donde yo viví por varios años cuando formábamos una familia.

Celebrábamos por adelantado su cumpleaños número veinte. Ella nació el día veinticinco, pero desgraciadamente ese día es poco propicio para celebrar. De tal modo, ha quedado en la tradición familiar festejarla antes de Navidad.

Es una de las fotos más bonitas que tengo de mi hija por varias razones. Para mí es una foto simbólica que dibuja el amor de una madre y de una hija. Es la viva imagen del regreso al seno materno que espera, paciente y confiado, el retorno de la hija para abrazarla de nuevo con su amor eterno e incondicional de todos los tiempos.

Hace poco más de doce meses que recuperé a Vale después de tres largos años de una ausencia cargada de reproches, reclamos y silencios fríos y dolorosos que amargaron el corazón de mi hija, robándole la felicidad y conduciéndola a una actitud inestable y agresiva que le produjo un gran vacío y una pérdida lamentable y dolorosa que la obligó a madurar a través de la renuncia.

Miraba la fotografía recordando cuántas veces deseé mirarme en una de ellas. Así, a su lado, tan felices como se nos veía en la que sostenía en mis manos.

Sus constantes desprecios, sus rebeldías, sus palabras hirientes, las Navidades y años nuevos sin poder verla ni escucharla; sus cumpleaños sin mí, mis cumpleaños sin ella, los largos días en espera de verla llegar al cuarto de hospital donde convalecí de una cirugía mayor. Todo, absolutamente todo, quedó fuera de esa fotografía. La imagen habla por sí sola. Se nos ve ligeras, felices, confiadas... ¡unidas!

Es una fotografía viva y siempre lo será. Mi niña, mi muñequita de cara dulce, con una sonrisa peculiar que le arruga la nariz y le convierte los ojos en dos chispas luminosas. Pequeñita, menudita y graciosa, como menina de Velázquez moderna que llegó a esa foto para recordarme que los hijos no siempre se van para no volver, y que tampoco se pierden definitivamente porque, a veces, se recuperan, se reconstruyen, se fortalecen, maduran, sencillamente... crecen.

Noviembre de 2010

Los padres intentamos capacitar a nuestros hijos para que puedan resolver sus vidas. Creemos que por haber vivido más, sabemos más que ustedes. Pero a veces sabemos más y otras no. Habrá muchas cosas que yo sepa que quizá te sirvan de mucho, pero otras no. Yo viví en mis tiempos, como mis padres en los suyos. Y las heridas y alegrías que recibí provienen de ahí. Pero tú y Rodrigo están viviendo su propio tiempo, en el que tal vez las herramientas que recibieron de nosotros, sus padres, les sirvan para muy poco. Por eso te entrego esta crónica de nuestra historia en familia, porque algún día tendrás que soltarte para volar con tus propias alas. Porque ni yo ni Javier estaremos para siempre. Y para que te hagas cargo de ti misma con toda la salud emocional que sea posible cuando llegue el momento...

Esto es un retrato hablado, vivo, con movimiento y vaivenes entre el pasado y el presente, con una que otra escapada ilusoria a los confines de un futuro desconocido. Y narrado por mí, la verdugo de manos inseguras que cortó una de las cabezas de la sinrazón y el dominio. Usureros de vidas y hacedores de lágrimas penosas y frustradas.

Socorro Miranda, mi abuela, tenía dieciséis años cuando se casó con José Montero, mi abuelo. Ellos fueron los padres de mi mamá.

Soco, como le decían en la familia hasta el día de su muerte, había sido una niña alegre y especialmente bromista, que soñaba con casarse de blanco en medio de una gran fiesta. Y bailar y reír feliz y despreocupada siendo el centro del convite. Creo que para ella el vestido blanco y el festejo representaban una especie de juego mayor en el que los padres premiaban a sus hijas, por alguna razón desconocida, con una gran celebración, y el novio de ella contaba con permiso para acompañarla en ese gran momento.

Vestirse con un largo y hermoso vestido blanco, con el que asistiría a la iglesia para que el sacerdote la bendijera nuevamente, como en una segunda primera comunión, era el gran ensueño de mi abuelita. Después, vendría la gran fiesta, en donde ella sería la más bonita y la más feliz, luciendo su vestido nuevo bajo la mirada curiosa y complacida de los invitados.

Desde que tenía catorce años le decía a mi bisabuela Nachita que soñaba con ese día. Y, según la narración de mi madre, mi bisabuela siempre le respondía: “Sí, Soco, ya pronto tendrás tu boda...”

Mi bisabuela, Ignacia Porras (mamá Nachita), tuvo seis hijos: Luz, Pachita, Chucha, Leoncio, Soco y Tere.

Mi tía abuela Luz, trabajaba en una fábrica de medias, en donde conoció a mi abuelo José, quien en esa época era gerente de Al Puerto de Veracruz y regularmente visitaba la fábrica por asuntos comerciales. Esto los convirtió en buenos amigos, aunque, en el fondo, mi tía Luz sentía algo más que amistad por mi abuelo. Sin embargo, él nunca sintió por ella la misma atracción. Menos aún después de conocer a la que tiempo después convertiría en su esposa: Socorro, hermana menor de Luz.

Por aquellos tiempos, Soco consiguió el permiso de sus padres para empezar a trabajar. Fue entonces cuando mi tía Luz la llevó a la fábrica para recomendarla. Ignoro el tiempo que mi abuela laboró en esa fábrica; mi madre tampoco lo recuerda. Lo único que sé es que en ese lugar se conocieron ella y mi abuelo. En

esos momentos, Socorro ignoraba que su vida estaba a punto de cambiar y que, en un salto cuántico, una extraña metamorfosis la convertiría en una niña-mujer.

Al cabo de un tiempo, y después de haber pedido permiso a mis bisabuelos para visitar formalmente a Soco, se celebró la tan esperada boda.

Para mi abuela fue un día mágico e infortunado por varias razones. Acre y dulce a la vez. Para ella, todo había salido a la perfección desde el inicio de los preparativos, el vestido, la iglesia, la fiesta, todo. Supongo que el contingente de invitados estaría formado sólo por la familia y algunos amigos cercanos. Seguramente habrá gozado como la niña ingenua que era, mientras sus padres y su novio hacían los arreglos pertinentes para celebrar el gran día.

La fiesta transcurrió como lo había esperado. La imagino disfrutando sonriente, bromeando y jugueteando por toda la fiesta. Sintiendo como una reina... hasta que llegó el momento de la despedida. Mi abuelo José, amable, ceremonioso y firme como era, se dirigió a mi abuela:

—Soco, despídete porque ya es hora de irnos...

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Pues a nuestra casa, Soco, ya eres mi esposa y ahora estás bajo mis cuidados. Anda, despídete que ya nos vamos...

Puedo imaginar la cara de confusión de mi abuela, quien no sabía que las fiestas del vestido de novia terminaban en un cambio definitivo de domicilio.

—¡No! ¡Vete tú! ¡Yo aquí me quedo, en mi casa! ¡Mamá Nachita! ¿Verdad que yo me quedo aquí?

Después de una pequeña plática, mamá Nachita sacó de su error a su hija. Socorro obedeció asustada, sin terminar de comprender lo que pasaba: ahora debía ser una esposa obediente, hacendosa y amable con quien se haría cargo de ella.

Por supuesto, de los asuntos de cama quien habría de enseñarle era su nuevo guarda, o marido, daba igual. Mi abuela fue una niña

inocente más, como muchas otras, que tendría que crecer en medio de las responsabilidades domésticas y, supongo, también en el despertar de una sexualidad violentada cuando su conciencia inocente poco o nada sabía del lado áspero de la vida.

Descontando que mi abuelo fue un buen hombre, buen esposo, padre responsable y un abuelito maravilloso, la sociedad masculina decidió una vez más, y el cuento de algodones rosas de mi abuelita se había terminado.

Cuando yo era una adolescente, mis sueños eróticos se limitaban a evocar los besos, los abrazos y las miradas románticas de un novio imaginario. Sin rostro y sin nombre, que a veces aparecía en medio de la gente, en una fiesta, o llevándome en su coche a algún lugar tranquilo para poder decirme las cosas más lindas, y después besarme y acariciarme el cabello, la cara, las manos, la cintura... ¡y ya!

El amor romántico, carente de atracción sexual, era lo que llenaba mis sueños de quinceañera, pese a que fui una niña precoz. Recuerdo varias escenas aisladas de mi niñez lo suficientemente claras como para evidenciar que mi naturaleza fue controlada e inhibida por la cultura del tabú.

Durante una fiesta, cuando tenía alrededor de cinco años, me metí junto con otro niño, más o menos de mi edad, debajo de una mesa cubierta con un mantel blanco que llegaba hasta el piso. Recuerdo que fui yo quien lo llevó ahí debajo con el cuento de las escondidas. Me senté junto a él y, minutos después, lo besé en la boca. El niño, que no recuerdo quién era, me miró extrañado. ¡El pobre no sabía que en ese juego de las escondidas el premio era un beso! Me aproveché, ¡y lo besé de nuevo! Me hubiera gustado besarlo una vez más, de no haber sido porque mi mamá levantó el mantel y me pilló en el momento más romántico de mi infantil escena!

Me alegra mucho no recordar las cosas que me dijo para reprenderme. Seguramente fueron duras, a juzgar por la sensación

que tengo de mucha vergüenza y enojo por las nalgadas que me propinó en frente de toda la concurrencia. Por fortuna, mi madre nunca supo que ese juego de las escondidas era uno de mis preferidos. Y que varios niños incautos abrieron los ojos como platos después de haber recibido el premio por haberme seguido a esconderse debajo de las mesas o detrás de alguna puerta.

Continué creciendo y enterándome de otras cosas sobre el amor y el sexo. Mis deseos y mi comportamiento erótico se vieron influidos por las creencias, los valores, las costumbres, pero sobre todo por un modelo cultural en el que los derechos de las mujeres eran (y poco han cambiado) inferiores a los de los hombres. Mis expectativas sobre mi primera vez y sobre las relaciones sexuales eran un tema del que poco me ocupaba. En realidad, mis sueños de amor se distraían con un romanticismo que me alejaba de manera inconsciente del miedo que tenía a involucrar mi cuerpo en asuntos del corazón. Lo que yo más deseaba era un amor en el que no tuviera que intervenir el sexo. De alguna manera, mi mente bloqueaba esa parte y se entretenía siempre en la ensoñación.

Mi primera vez la tuve con el hombre con el que cinco años después me casaría. Debo decir que, para mí, el haber roto las reglas del recato y la castidad con que las mujeres de mi familia (y de la sociedad en general) se comportaban para llegar vírgenes al matrimonio significó un acto de profunda independencia en mi vida. Aunque eso no me libró de haberme sentido culpable por mucho tiempo. Las sentencias de la sociedad de mis tiempos me persiguieron por largos años. Pero yo pensaba diferente. Y, aun cuando me era difícil ponerles nombre a mis actos rebeldes, sabía que había cosas que podía hacer, aunque mis padres pensarán lo contrario y aunque tuviera que ocultarme entre silencios para escaparme de su supervisión moral, y escabullirme de mis propios prejuicios.

Yo, como la mayoría de las mujeres, puse toda mi emoción en la gran ocasión en que tuviera mi primer episodio sexual. Idealicé el gran momento, a pesar de que las constantes insistencias y manoseos de mi novio para que por fin me entregara a él y lleváramos una vida sexual moderna, como se empezaba a estilar en esos tiempos, me molestaban. Siempre me hizo sentir como un objeto sexual y, desafortunadamente, continuó haciéndolo por casi veinte años.

Sin embargo, minimicé tal hecho y me entregué a su pasión. Lo digo así porque, en realidad, yo jamás sentí esos deseos que supuestamente debería. Pero lo amaba, o inconscientemente lo quería satisfacer para sentirme querida y aceptada, por lo que me comportaba como una buena chica. Eso fue lo que escuché desde que era niña. La esposa obediente y sumisa se entrega cada vez que los apetitos de su marido así lo requirieran. “La mujer debe ser una buena esposa, una buena ama de casa, una excelente madre... y una prostituta en la cama”.

Había que ser la mujer perfecta para que el marido no se buscara otra, u otras. Pero eso era mentira, pues, a pesar de mi empeño, jamás pude evitar que mi marido usara las regalías que su calidad de hombre le permitían: revolversse con otros brazos y en otras sábanas.

El miedo que me acechaba en el fondo del corazón era siempre muy grande. Y no sólo era miedo, también había una necesidad enorme de afecto, de amor, respeto y protección masculinos. No obstante, había un fantasma que se colaba con insistencia en medio de todos mis sentimientos: el rencor y el despecho; el encono por todos esos hombres que hacían sufrir a las mujeres de mil maneras: en su autoestima, en su amor lastimado, en sus cuerpos utilizados, en su economía, en su salud cansada que termina enfermándose por el trabajo pesado.

Era el fantasma del resentimiento por mi padre, que lesionó a mi madre. Pero yo no lo sabía. En aquella época estaba muy

lejos de siquiera distinguir entre amor y necesidad de escapar del encierro ideológico en el que crecía. Tampoco era capaz de aceptar que mi resentimiento era también para mi madre por haberme convidado de muchas de sus frustraciones. Por haberme hecho temer y desdeñar al sexo, enseñándome a verlo como algo sucio y aterrador que “sólo sirve para que el hombre se sirva de él y nos use de mingitorio”...

Noviembre de 2010

Eso me hacía sentir utilizada y me dolía muchísimo. Puedo decirte que, hasta el día de hoy, el miedo a ser tratada así aún me persigue. Me lastimaba tanto como darme cuenta de que él tenía amores con otras mujeres. Y que encima de esto, me hacía responsable de tales cosas, pues justificaba sus deslices con mi falta de interés en el sexo. No había tal cosa, pues ya te mencioné que mi valor como ser humano y como mujer estaba devaluado desde el principio a los ojos de Javier. Esto no quiere decir que estuviera casada con un mal hombre que disfrutara con minimizar mis valores. De ninguna manera. Simplemente digo que estuve casada con alguien en quien la educación sexista rindió frutos. Alguien a quien el pensamiento machista le impedía ver a las mujeres desde otro lugar. Eso me imposibilitaba para entregarme al sexo de una manera sana y natural. De hecho, lo hacía como una más de mis obligaciones, para sentirme un poco querida y también protegida en el terreno económico. Así era como aseguraba mi hogar, mis hijos y mi persona. No obstante, detestaba que Javier pensara que el ochenta por ciento del éxito de nuestro matrimonio recaía sobre mis hombros, pues no tenía mayor responsabilidad que la de hacerlo feliz en la cama y cumplir con mis demás obligaciones. Éstas eran las palabras que tu padre me dijo en repetidas ocasiones. Yo también estaba llena de dudas educativas y batallaba todos los días con lo que me habían enseñado cuando era niña y con la rebeldía que me causaban los dolores y las frustraciones en las que vivía todos los días. Terminé odiando el sexo. Crecí temiéndole y temiendo la idea de que un hombre utilizara mi cuerpo para satisfacerse y mandar sobre él. Siempre supe que no había cosa más natural que vivir la propia sexualidad, pero lo que mis oídos escucharon a lo

largo de mi infancia fueron palabras dolorosas acerca del amor y el sexo. No quería encontrarme con un hombre así, que ponderara el cuerpo por encima de los sentimientos de una mujer. Como podrás ver, no tuve mucha suerte. Pero no es culpa de nadie, simplemente no supe escoger al hombre adecuado para mí...

Por fortuna, mi reconciliación con mi propio cuerpo es algo que he conquistado después de varios años y de algunas experiencias. Un triunfo de mi naturaleza sobre los prejuicios que me fueron heredados.

Mi primera vez, en lo único que se pareció a lo que soñé fue en que había una cama, y sobre ella estábamos mi novio y yo. Por lo demás, mi cuerpo no fue acariciado como lo esperaba. Desde entonces, la parte de mi humanidad más importante sería mi vagina. ¡Dudo mucho de que mi exmarido sepa del lunar que heredé de mi padre, y que está en el lado derecho de mi cadera!

Cuando oigo aquella canción de José José que dice: “Guardaré tu cuerpo que llenó mis alegrías”, me pregunto: ¿a qué parte del cuerpo se referirá?

También me dolió mucho. ¡Nadie me dijo que me dolería! Bueno, inadie me dijo nada! Y para cerrar el cuadro: ¡no sentí nada! Eso sí, jamás le oculté a mi novio que cada vez que teníamos un encuentro sexual, no tenía orgasmos. Esperaba con esto el reconocimiento por ser una novia moderna que hablaba con franqueza de lo que no sentía en la cama. Y también deseaba recibir más atención, y unas manos más intensas que recorrieran y exploraran otros centímetros de mi piel, en donde las sensaciones estaban a la espera de ser despertadas con tal fuerza que tendieran una mortal emboscada a las normas, al pecado y a las culpas.

En varias ocasiones vencí mi timidez y pedí lo que quería. ¡Pero descubrí que aquello era el juego de Juan Pirulero, y que cada quién atiende su juego!

Todas esas historias que había escuchado de algunas amigas acerca del orgasmo, ¡conmigo no se cumplieron! Más aún, después de cuatro meses de noviazgo húmedo, decidí empezar a mentir respecto a mis orgasmos, pues la última vez que volví a hablar con la verdad fui acusada de frígida. Eso me dolió mucho, y también me avergonzó. Desde entonces, comencé a falsear la información encubriendo mi falta de placer con el acto fingido. Como un mago, pero en lugar de sacar palomas de un sombrero, yo me sacaba orgasmos de la vagina.

Nunca tuve sueños inocentes sobre la fiesta de bodas como los tuvo mi abuela Socorro. Pero sí soñé con mi vestido blanco y con la celebración de mi casamiento. El vestido que usé me lo hizo mi madre, justo como yo lo había diseñado un año antes de casarme. A mi mamá le ilusionó mucho coser mi vestido y el de Lourdes, mi hermana. Ese vestido, elaborado por sus manos, siempre será mi orgullo, y uno de los regalos más especiales que conservaré siempre de ella.

Aun cuando mi historia sobre la boda, en nada se parece a la de mi abuela, sí tenemos algo en común: el sexo como obligación, pues aunque en mi época ya se hablaba de este tema con menos reservas, y del derecho de la mujer al placer, todavía era un problema considerable. En mi vida, y supongo que en la de la gran mayoría, el sexo era un verdugo encapuchado esperando cortar mi cabeza si no hacía feliz a mi marido en la cama, y si olvidaba que él siempre alcanzaría la exoneración, sin importar el tamaño de la lista de amantes que había tenido. ¡Nació perdonado por haber sido hombre!

Mi “frigidez” continuó a lo largo de mi matrimonio; algo había de verdad en las palabras de mi marido cuando me puso esa etiqueta en la época de nuestro largo noviazgo. Era una frigidez mental, ideológica. Tan fuerte, que las sensaciones eróticas y sensuales de mi cuerpo solamente se encendían como luciérnagas generosas en

las contadas noches de mis encuentros con mis deseos húmedos y mis manos complacientes.

Varios años después fui comprendiendo que, en el fondo, lo único que yo quería era ser dueña de mis decisiones; tomada en cuenta como persona y no solamente como mujer sin derecho a usar su inteligencia. A menos, claro está, que ésta fuera encaminada a pensar en las mil formas en que podría hacer feliz en la cama a mi esposo. Tenía todo el día libre para ocuparme de esos menesteres... Palabras textuales de él mismo.

Mi rebeldía y mi sentido común nunca fueron destruidos, pero sí se vieron intimidados por el miedo a no ser amada por mi hombre, lo que me traería el abandono afectivo y material por no cumplir con mis “deberes”. ¿Y de la culpa? ¡Ni hablar! Su presencia invisible y pesada se adueñó del único lugar donde vivía absuelta. Y durante mucho tiempo llegué a creerme la mala del cuento.

Lo que había aprendido del “dar y recibir” tenía que ver con la medida en que debería sacrificar mi derecho a decidir por mí misma sobre mi sexualidad y sobre casi cualquier cosa para ser amada, protegida y respetada. Pero no existe ningún respeto cuando se toma el cuerpo de una mujer como propiedad privada, y a su inteligencia como rehén; las probabilidades de escapar son pocas cuando el raptor aumenta cada vez más el precio del rescate.

Fui educada para depender de un hombre y, a lo largo de mi aprendizaje, me encontré con incongruencias que me rebotaban constantemente en el cerebro. No podía entender cómo era posible la ausencia de reconocimiento a mi excelente desempeño como ama de casa, como madre, como cocinera, como mujer limpia y siempre bien arreglada. Como amante complaciente que fingía disfrutar del sexo y los orgasmos como cualquier mujer liberada de la basura ideológica que mantiene la guerra eterna entre hombres y mujeres. Esa batalla de sexos que se pelea cuando se está de pie, en la cocina, cuando se plancha, cuando se limpia. Fuera

de casa, en la oficina, en los sueldos para hombres y en los sueldos para mujeres. Una guerra sin fin que a veces nos da una tregua en la cama, pero que a veces también se extiende debajo de las sábanas.

Me dolía y me indignaba tener los cuernos tan grandes como los de un alce canadiense, a pesar de ser la “esposa ideal”. Y con cada amante que mi exmarido tenía, crecían y se elevaban cada vez más, como queriendo implorar al cielo una justicia que nunca llegaba.

Era un objeto sexual, mi marido jamás se enteró de mi falta de placer al tener sexo con él. Y si alguna vez el tema le llegó a intrigar, prefirió dejarlo pasar. Justo como la gente desordenada ignora la mugre y la suciedad de sus casas. La esconden debajo de los muebles, dentro de los armarios, en las alacenas y en el refrigerador, hasta que ya no queda dónde ocultarla. Entonces comienzan a convivir con ella; esa mugre no es más que un reflejo de la basura que llevan dentro. Y crece tanto que se materializa y se reproduce. Se desborda de sí mismos y son incapaces de enfrentarla, porque hacer limpieza general, profunda, es una faena larga, cansada y sacrificada.

Era una mujer-objeto, trabajadora doméstica, madre de mis hijos y nodriza de su marido, que tenía un sólo defecto: me gustaba pensar y manifestar mis ideas. Me gustaba leer, aunque un poco a escondidas para no tener que soportar las miradas descalificadoras y los comentarios mordaces de un esposo aterrado con la idea de perder el control, de dejar de ser el rey de la selva. Amenazado por mi naturaleza libre y cada vez más cansada de ser doblegada y agredida por un esposo que se quejó amargamente de que le plagiaba sus pensamientos y le quitaba la exclusiva, ya que tuve la osadía de liberar mi tiempo de su monarquía; de leer en las horas muertas del fútbol; de traicionar las telenovelas por ponerme a escribir mis propias líneas; de dejar de reclamar sus infidelidades y de ya no pensar en cómo complacerle.

Entonces, apareció en mi vida el amigo perfecto: el tiempo. Me empezó a regalar las primeras canas y las primeras arrugas (¡aunque siempre digo que son prematuras!). También me regaló el momento de mis primeras manchas en la cara, resultado de toda la mugre que escondí en mi hígado. Y me condecoró con un colon que, a fuerza de estrés y de disgustos, me puso de cara frente al peligro de muerte.

Me estimuló con el dolor de saber que no era nadie porque no me permitía soñar de noche ni realizar mis anhelos de día. Y me gratificó con la parálisis que el miedo a hacerme cargo de mí misma me ocasionaba.

Pero también me recompensó con una tierra de oportunidades para poder rescatarme de aquel arraigo domiciliario mediante mi fuerza y mi carácter para tomar decisiones que pusieron de cabeza mi mundo y el de mi familia.

Hubo varias amantes con las que compartí a mi marido a lo largo de nuestro matrimonio. A algunas las llegué a tratar como amigas, a otra la tuve como invitada a mi mesa sin saber que usó mi coche en repetidas ocasiones a lo largo de dos años, gracias a los engaños y la confianza que deposité en mi marido. Con su secretaria tuvo un hijo casi al mismo tiempo en que nacía mi hija. La violencia física y las humillaciones de que fui objeto una vez, la frustración de mis anhelos y las alas mutiladas de mis proyectos, fueron los tacones sobre los que caminaba una casi cuarentona, que asomaba la nariz al mundo por primera vez, bajo una libertad desconocida e intimidante a los treinta y nueve años.

Estaba sin dinero, llena de miedo y de tristeza por las condiciones en que me separaba, pero feliz por mí, pues hasta el aire que entraba a mis pulmones lo respiraba diligentemente y se sentía limpio. Desde la primera noche que dormí sola, lo hice a pierna suelta. Me di cuenta de que las ilusiones habían encontrado la puerta abierta y, sin pensarlo dos veces, se mudaron a vivir conmigo para siempre y le dieron a mi existencia un nuevo sentido de vida.

Así fue como mi primer deseo húmedo y la fantasía de mi primera vez después de casi veinte años de matrimonio, se hicieron realidad.

Noviembre de 2010

Y así, mi niña, comencé con una nueva vida casi a los cuarenta años. Sin trabajo, sin dinero, sin profesión. Llena de angustia por el sufrimiento y consternación en los que estaban sumidos tú y tu hermano. Sintíendome culpable por haber tenido que ser yo quien les causara tanto dolor, y con la hiriente convicción de que no tenía otro camino. Cargaba todos los días con el dolor de tu ausencia y la de Rodrigo, y con el miedo infinito de no saber cómo empezar a vivir, cómo trabajar... ¡con qué comer!

En esta historia hay muchos pasajes dolorosos, pero ninguno lo es tanto como la pena que me causa nuestra separación. Han pasado ya varios años, y sé que nunca me dejarán de doler los dos más grandes amores que jamás tendré. Para mi desdicha, tengo grabadas en mi memoria cada lágrima y cada carita de angustia y desolación de ustedes dos. Sé que en estos momentos podrás estar pensando que ni tú ni Rodrigo fueron responsables de lo que tu padre y yo hicimos, y que cuando se es niño, es imposible entender de razones, pues una criatura lo único que desea es vivir al lado de sus padres. Esto es absoluta verdad.

Cuando yo era niña tampoco comprendía las situaciones dolorosas que se sucedían entre mis padres. Yo los quería a los dos, así, sin comprender lo que pasaba. Hasta que un día crecí lo suficiente como para cometer mis propios errores. Até algunos cabos sueltos de mi niñez. Recuerdos que empezaron a tomar forma, hasta que poco a poco entendí a mi madre y, algunas veces, a mi padre. Fui tomando de aquí y de allá y armé mi rompecabezas: las exigencias e intolerancia de mi papá sobre la limpieza, el trabajo duro, la sumisión y el casi servilismo que mi madre debía tener con él, con sus suegros y con toda su familia sin replicar. Los múltiples amoríos extramaritales de tu abuelo, y su falta de amor y consideración hacia mi mamá. El derroche de dinero con sus amantes, y su egoísmo económico con su esposa. Su "otra familia" y los hijos que fue engendrando al mismo tiempo en que íbamos naciendo los hijos

del matrimonio. Su falta de tacto y el abandono emocional en que tenía a mi madre, su rechazo hacia ella mientras se divertía con otras, las mantenía y hasta les ponía casa propia. Una historia de violencia emocional y abandono que llevaron a mi madre al intento de suicidio en dos ocasiones. Una historia triste que la llevó desde casi una niña hasta convertirla en una mujer joven con una gran amargura guardada en su corazón.

Tal vez mi madre nunca me escribió nada, probablemente nunca platicó conmigo de tantas cosas como lo hemos hecho tú y yo, porque eran otras épocas. Pero entre ella y yo hubo otras circunstancias. Y, sobre todo, vivimos juntas más años de los que tú y yo vivimos. Eso me permitió, a lo largo de mi juventud, saber un poco más de ella y de mi padre. Pero lo más importante de todo esto es que he podido ir sanando mis heridas al darme la oportunidad de comprender que todas las decisiones que tomaron y que me hicieron mucho daño, no fueron mi responsabilidad y tampoco fueron tomadas con dolo; que todos los traumas que yo o el resto de mis hermanas y hermano pudiéramos tener, han sido consecuencia de la cultura y la educación arrastradas a través de generaciones enteras. He comprendido, para la buena fortuna de mi corazón, que ahora yo soy quien puede sanar mi vida. Y tú, mi niña adorada, también puedes hacer lo mismo.

La tarde era improvisada, sin guión. Perfecta en la compañía de Gunter, a quien mi corazón adoptó por su capacidad para la amistad sana con una mujer, su buen corazón, su cultura terapéutica para mí, su criterio, etcétera. Y en la compañía de Beatriz, quien desde antes de ese suceso, y hasta ahora, sigue siendo una amiga tan grande como una hermana.

El tiempo también me ha retribuido con ella, mi otra hermana, en cuya sangre no corren los mismos genes que los míos: Blanca.

Beatriz, Gunter y yo estábamos en el bar Reforma, de tradición poblana y cholulteca (no sé si siga conservando el mismo estatus). Gunter se dirigió a la barra al descubrir ahí a un viejo amigo suyo. Al cabo de unos minutos lo llevó a nuestra mesa, nos lo presentó y le invitó una cerveza. Los cuatro platicamos aménamente por largo rato. Desde un principio me di cuenta de que la manera en que el

amigo de Gunter se dirigía a mí y su forma de mirarme mostraban un interés especial. En realidad, no fui la única en notarlo.

Yo estaba fascinada, pues desde el primer momento en que lo vi, llamó mi atención. Después de haber platicado con él por un buen rato, pude darme cuenta de que era el hombre que reunía todas las características que había imaginado en mis fantasías rescatadoras de los últimos y más tristes años de mi primer matrimonio.

El hombre de cincuenta años, alto, delgado, cabello con un corte moderno y de un largo de bohemio seductor, lacio y entrecano, ojos azules, simpático, y con el don hechicero de la cultura, era con quien yo deseaba abandonar mi virginidad de mujer madura, madre de dos hijos. Como niña de treinta y nueve años, estaba ansiosa de conocer la pasión compartida y conciliada entre dos adultos que se reconocieran como sujetos sexuales y no como objetos de uso personal.

Casi cuarenta años y un alto grado de desnutrición afectiva eran la sangre que corría por mis venas y encendía el deseo de ser amada en mi cuerpo, de sentirme penetrada desde la carne hasta llegar a lo más sensible de mis emociones y pensamientos.

Así me permití encontrar las razones para una segunda cita. Pero esta vez fue planeada con la ayuda y aliento de mis dos solidarios amigos y, por supuesto, después de haberme enterado de que Ramiro, príncipe del siglo veintiuno, había sentido la misma atracción que yo.

Llegué a la cita de cuatro amigos muerta del miedo y reanimada por la emoción. De sólo pensar que me encontraba ante la posibilidad de tomar una decisión inusitada en mi vida, el corazón se me aceleraba tanto, que el pecho me brincaba y en mi cuello podían advertirse las fuertes pulsaciones. Como cuando se está frente a un micrófono y se tiene que hablar ante un nutrido público sin tener experiencia y sin saber qué decir. Desde luego, podía dar marcha atrás y retirarme junto con mis amigos en el momento en que ellos iban a despedirse para dejarme a solas con mi candidato a guía

por el mundo de una nueva sexualidad libre, sana y reconciliada con mi mente y con mi alma; en un equilibrio justo que reconoce la naturaleza del ser humano sin culpa y sin vergüenza.

¡Pero yo no quería huir, aunque mis prejuicios me gritaban lo sucia que era! La verdadera Zandra empuñaba la espada con que se defendería de las culpas heredadas. Con miedo ipero decidida a enfrentarlas!

Me quedé, me despedí de mis amigos, quienes me dejaron como último sostén sus miradas y sus abrazos cómplices.

No sabía qué decir cuando estuve a solas con ese hombre que me miraba indulgente, sabedor de que tenía ante sí a una principiante recién salida de un matrimonio de utilería, a quien la realidad la había llevado hasta ese momento de emancipación tardía de un cuento de hadas, cuyo final feliz sólo fue real en la mente de un mundo manipulador.

Me ofreció otra cerveza, pero hubiera preferido algo más fuerte, como un tequila doble, para envalentonarme y no llegar con tanto susto al momento de mostrar mi cuerpo desnudo ante la mirada deseosa de unos ojos desconocidos.

El mesero puso delante de mí la botella de cerveza oscura. La tomé fingiendo una mundanidad que no tenía. ¡No me atreví a poner mi cara de animalito asustado por pura vergüenza!

Sus manos comprensivas sostuvieron una de las mías y me sonrió con amabilidad mientras acariciaba mi cabello. Me preguntó si estaba dispuesta a pasar la noche a su lado. ¡Sentí que la cara me reventaba de tanto calor! ¡Temí que bajara la mirada y se diera cuenta de que en mi cuello se libraba una batalla de pulsaciones que se podían advertir a simple vista! Con rapidez le respondí que no sabía, en un intento por mantener su mirada lejos de mi garganta; le pedí que me dejara terminar mi cerveza mientras lo pensaba, porque era algo que nunca había hecho y me sentía nerviosa. “Lo sé, no es fácil para ti, y no tienes por qué hacer algo de lo cual no te sientes cien por ciento segura. Haremos lo que

tú decidas, y si prefieres quedarte un rato y platicar, entonces eso haremos”...

¡No sé cómo me contuve, primero para articular palabra, y luego para no levantarme de mi silla y salir corriendo del bar! Me sentí como el típico personaje de película que tiene a cada lado de su cabeza a un ángel aconsejándole no sucumbir ante sus bajas pasiones, y a un demonio, pequeño y rojo, conminándole a que se deje caer en los brazos del desenfreno.

Para cuando terminé mi cerveza, ésta ya estaba caliente de tanto que la hice durar.

—¿Quieres otra?

—No, gracias.

—Entonces, ¿ya lo pensaste?

—Sí, me voy contigo —contesté.

Guardó silencio por unos segundos, y con una cara sonriente dijo:

—¡Acabas de provocarme una erección inmediata de sólo saber que sí vendrás conmigo!

¡Jesús! Un completo desconocido acababa de decir una de las muchas palabras que solamente con escucharlas me causaban una vergüenza morbosa. ¡Y me la dijo a mí! Sonreí sin saber qué decir, pero no me gustó mucho ese lenguaje que llama a las cosas por su nombre. Pero ahí estaba, dispuesta a abrirle la puerta de par en par al conocimiento nuevo, con todo y su idioma de nombrar blanco al blanco y negro al negro.

Cuando estábamos en la calle, me tomó del brazo con suavidad y me señaló el lugar donde se encontraba estacionado su coche. En ese momento sentí temor de dejar el mío estacionado junto a la banqueta hasta la mañana siguiente y, sin pensarlo, le pedí que nos fuéramos en el mío. No opuso resistencia. Me abrió la puerta y después se subió a mi lado. Cuando llegamos al motel me di cuenta de que no podría esconder la cabeza como lo hacen (o hacían) la mayoría las mujeres para no ser vistas en sus actividades

nocturnas. ¡Yo iba manejando! Mi corazón ya no podía latir más rápido de lo que ya lo hacía. Para colmo de males, había sólo una habitación desocupada, la cual tenía la cochera ocupada con mobiliario que la administración había colocado ahí para que a la mañana siguiente fuera llevado a reparación. ¡Esa noche todo el mundo decidió salir a hacer el amor!

Yo estaba tan inquieta y tan saturada de emociones, que preferí quedarme en ese lugar, con tal de no pasar dos veces en la misma noche por la puerta grande del pecado, con esas letras rojas gritando en la espesura de la madrugada la palabra MOTEL. De este modo, tuve que cruzar caminando por las puertas de un paraíso candente y rojo en la noche de mi primera vez.

El miedo y el pudor se peleaban el primer sitio con un sentimiento de triunfo y orgullo por haber vencido en mi primera batalla contra mis propios esquemas mentales, cargados de sitios ocultos donde mis temores y culpas se agazapaban. Fue la primera noche de una vida que me auguraba múltiples decisiones tomadas por mí, asumidas por una madurez en ciernes. Entraba a la vida adulta convertida en una incipiente mujer que poco sabía de los asuntos de cama. Era como una quinceañera entrando a la vida de manera simbólica con una gran fiesta de vestidos de colores pastel.

Así entré al motel, caminando como una soberana el día que toma la corona y el cetro para convertirse en reina.

La habitación con su media luz me remontó a mis dieciocho de un sexo de jovencita moderna que miraba el mundo con los ojos entrecerrados y con una rebeldía que se escapaba a hurtadillas una vez a la semana.

Había un abismo de diferencias entre aquella primera vez de mi adolescencia y la primera vez de mis treinta y nueve.

Nos sentamos en una pequeña salita que había a un lado de la habitación. No recuerdo en qué momento mi príncipe del nuevo siglo pidió una botella de whisky ni de qué cosas platicamos mientras bebimos la mitad. Lo que no se me olvida fue lo bien

que me iba sintiendo a medida que el excelente sentido del humor y los enormes recursos culturales en que Ramiro se apoyaba me relajaban cada vez más.

Fue inteligente y delicado conmigo. Un conocedor que sí sabía que en todo mi cuerpo había una fuente de placer para ambos. Para cuando terminé de quitarme la ropa, yo ya había cambiado casi todo mi pudor por deseos.

Varias veces estuve a punto del orgasmo, y de no haber sido por una vergüenza que me persiguió como perro fiel a lo largo de muchos años, lo hubiera conseguido sin mayor problema. La idea de comportarme frente a otra persona tal y como lo hacía en mi intimidad, me apartaba de mi propia concentración. Sin embargo, lo disfruté muchísimo. Descubrí que podía sentirme satisfecha si era tratada con generosidad y delicadeza, si era respetada en mi cuerpo y en mi calidad de ser humano y mujer.

Fui besada y abrazada con mucho cuidado. La ternura y la pasión se hicieron amigas en esa noche de cama. Me exploró y, con esto, me enseñó que hasta en mis manos puede dar comienzo un orgasmo.

Me sentí feliz y muy agradecida. Con él y conmigo, porque ambos trabajamos en mi propio placer. La plática que sostuvimos antes de quitarnos la ropa sirvió como antecedente para que yo tuviera en mis manos la certeza de que sí se puede encontrar afuera lo que nos hace falta, siempre y cuando se cuente con la determinación y la disposición para pagar los altos costos que la libertad ideológica y el respeto por una misma como mujer y como ser humano implican.

A la mañana siguiente nos despedimos en la calle, frente al bar. Me dio un beso y una tarjetita con su número de teléfono. La rechacé argumentando que no podía seguirle viendo porque había quedado tan peligrosamente contenta con nuestro encuentro, y tan maravillada con su personalidad, que me daba un terrible temor introducir un motivo tan fuerte, como lo era él mismo, en las razones

que tenía de sobra para separarme legalmente de mi marido. Sabía que si lo hacía, a la larga me arrepentiría de haber mezclado en asuntos de dos a un tercero.

Me despedí con un nudo en la garganta, pero sabía que me encontraba ante la segunda decisión difícil como mujer libre: la de ponerles freno a las nuevas ilusiones innecesarias que me pondrían en riesgo de enamorarme de la persona equivocada otra vez.

Mis primeras expectativas sobre el sexo y el amor como mujer divorciada nunca se cumplieron. Yo era una joven heredera de un romanticismo poetizado que me mantuvo en las nubes hasta que, en teoría, el peso de los años y los hombres sin alas de ángel, disfrazados de príncipes azules, vencieron la fragilidad de los algodones rosas y me obligaron a caer sin más protección que la de mi propia fe en que viviría hasta los ochenta. ¡Las mujeres tenemos más vidas que los gatos!

Después he tenido nuevas expectativas. Sobre todo porque he ido conociéndome mejor no sólo por dentro, sino también por fuera. Vencí el pudor inútil que me impedía mirar mi cuerpo desnudo completamente. Aunque para esto he tenido que “espejarme” para poder decir: “¡Mucho gusto, al fin los conozco!” a mis genitales. Las primeras veces me resultó muy incómoda la idea de aceptar que en mi cuerpo tenía una zona más fea que mis orejas. De manera que decidí pasar a saludarlos todas las mañanas después de la ducha para acostumbrarme a ellos.

Con el tiempo fue surgiendo una amistad entre mis genitales, mi vagina y el resto de mi cuerpo, que rompió con la barrera de la separación generacional que nos había dividido. Entonces sucedió algo maravilloso... mi vagina me enseñó a hablar con otra clase de lenguaje, que incluso me ha servido de escudo protector para ocasiones como aquella en que la poca fortuna me puso en manos de un mal hombre que me violó en momentos de despecho y furia. Me mostró que ella podía recibir en su casa la presencia cálida y amorosa, pero también recuperarse del agresor que invade

y lastima. Por lo tanto, yo podía lograrlo al igual que ella, pues no hay nada ni nadie que pueda violar el alma, esa zona donde radica la verdadera inteligencia del ser divino.

Me recordó que ella no podía ser una vagina con una tristeza larga y, por lo tanto, yo tampoco debía seguir triste. Así que fui recuperando poco a poco mi alegría natural de siempre. Mi sentido del humor típico, a veces irónico, que me alienta a reírme la mayoría de las veces de mí misma. Un sarcasmo amable y divertido que me ha enseñado el valor incalculable de no darme tanta importancia, porque el cuerpo se recupera mucho más rápido cuando entendemos que, aunque haya sido profanado y ofendido, la fuerza que lo anima permanece digna e incorruptible.

Mi mente y mi cuerpo se convirtieron en un solo individuo que se lanzó al mundo a hacer uso de su derecho a sentir, a amar y a pensar. Y así, en esa unidad, me topé con otro problema, además de mi deseo de encontrar el amor verdadero, consciente y maduro, que era ya en sí un gran problema: ¿cómo alcanzar esos singulares y a veces múltiples orgasmos de mis momentos de recreo íntimo en una sesión de sexo compartido? Sólo existía una manera: la práctica. Aunque eso yo no lo sabía, con el tiempo fui descubriendo que el sexo y el amor no necesariamente van de la mano. Al igual que el placer tampoco culmina necesariamente con un orgasmo. He vivido dentro de un caldo espeso de romanticismo. En todas mis relaciones he puesto el corazón, incluso en aquellas contadas fantasías de una noche en las que el príncipe, con las primeras horas de la mañana, partía en una simple y burda calabaza.

El corazón se me cuarteaba cada vez que mi teléfono dejaba de sonar. Y rompí en llanto varias noches, cuando el sentido común me decía que los hombres de quienes me enamoré, no me amaron lo suficiente como para caminar juntos en la misma dirección.

Corroboré que el cerebro masculino funciona distinto del femenino, pues, cuando un hombre quiere sexo, no necesariamente quiere amor. Sin embargo, también aprendí que hay hombres

generosos que, no obstante su falta de amor por una mujer, no se limitan para dar y compartir su placer. Descubrí que la cama tiene un extraño poder que no sólo desnuda el cuerpo, sino también el alma.

La cama ha sido una gran aliada mía. En ella descubrí lo simples y ordinarios que son algunos hombres (aunque hayan representado el amor romántico para mí). Y lo ardoroso, inflamable, enardecido y, a veces, desenfrenado de otros.

En varias ocasiones, con su ayuda generosa, conseguí los tan esperados orgasmos que tanto soñaba en equipo, pero la mayoría de las veces sólo conseguía noches de pasión altamente memorables, refrescantes y muy satisfactorias, sin llegar al máximo clímax. Sin embargo, no me quedaba con esa sensación ácida de antaño de muñeca sexual de uso personal.

Mis relaciones sexuales de mujer madura, libre, consciente y autónoma han sido muy sanadoras. Y, aunque no todas me han satisfecho, su presencia en mi cama ha representado para mí la absolución del pecado de haber nacido mujer, de haber sido joven, ingenua y prisionera de un sistema social misógino.

Mi cama o las camas, ¿qué más da?, no sólo son un mueble, también son un símbolo; el de la reivindicación de mi cuerpo plagiado y usado como reservorio de secreciones masculinas convertidas en residuos que se depositaron en mis vísceras y en mi desesperanza. Acepté, muy a mi pesar, que mi madre tenía la razón en eso.

Las camas son el emblema de las expectativas ingenuas de sábanas marcadas con el rojo de la virginidad rota y el placer amenazado, convertidos en libertad y en propiedad privada, en residencia del erotismo y la sensualidad sin pecado ni culpa.

Son una metáfora, la de dejarse entrever por fuera y también por dentro. La de la ropa translúcida que apenas cubre las memorias del cuerpo con sus sonrisas sugerentes y felices, y con sus cicatrices. La del desnudo auténtico, y a veces empírico, que dice,

mientras deja caer la ropa, que las mejores cosas de la vida ocurren cuando dejamos que la espontaneidad dirija nuestros actos más humanos, locos y nobles.

Son una alegría de los besos intensos, del arrebatado del deseo, la dicha o el infortunio de cada lágrima, la lección y la moraleja de cada error.

Hace años estaba lejos de disfrutar del sexo. Un cigarro me daba más placer que hacer el amor. Hoy en día ya no fumo y, por fortuna, mi salud me permite disfrutar del sexo como nunca antes pensé que lo haría.

Primero, porque los prejuicios que me fueron heredados se me han ido cayendo, y los que quedan son tan débiles que, cuando es necesario y en nombre de mi salud mental, simplemente los ignoro.

Y segundo, porque dejé de pelearme con la idea de querer tener mis orgasmos por la fuerza, cada vez que el brazo fuerte del amor y la pasión me penetran!

En lugar de eso aprendí, y sigo aprendiendo, el lenguaje de mi cuerpo. Descubro lo que le gusta y cómo le gusta. Me muevo, sugiero, pido, juego, imagino. Y también lo respeto cuando sólo desea usar la cama para dormir o ver televisión. Pero, sobre todo, me entrego al amor de mi hombre, hermanando por fin el romanticismo y el amor con el sexo, haciendo locuras y escribiendo libretos nuevos con mi cómplice.

El sexo es un parque de diversiones que siempre se renueva. Igual que la vida, igual que el amor. Eso lo comprendí al matar la bacteria generacional que enfermó mis ideas. Entonces quedaron al descubierto mis verdaderos anhelos, mi sensualidad y mi erotismo. ¿La medicina? Indudablemente el tiempo, que me dio el valor para rescatarme y hacer una versión renovada de mí misma. ¿Las experiencias? Todas, las buenas y las malas.

El saber lo que no quería se convirtió en el camino correcto que me conduce a descubrir lo que sí quiero. Me liberé, y el primer

paso ha sido recuperar mi persona. Comencé por mi sexualidad, al ser yo la que tomara las decisiones sobre mi cuerpo. Temerosa, pero decidida a aprender de mí misma, porque todas las respuestas, mis respuestas, las he llevado dentro.

Noviembre de 2010

Mi niña, sanar mi vida ha sido una tarea difícil, pero mágica. Ha sido una aventura en la que me he adentrado en mi mundo privado de anhelos y sueños. De aspiraciones y apetitos. En mi mundo ideológico, donde encontré la raíz de la abolición y donde pude legitimar mis derechos y las concesiones con que todo ser humano debe vivir. Descubrí que podía alcanzar más pronto el perdón en la medida en que yo misma me fuera entregando mi libertad. Viví por varios años como un pueblo invadido, rebelándome a veces, y pactando otras pocas. Me di la oportunidad de amar otra vez y de probar otra clase de amores. La juventud, con su habitual despreocupación y apasionamiento, salieron a la calle escondidas debajo de mi disfraz de más de cuatro décadas. Y mis sentimientos encontraron un vestido nuevo para salir.

No sé exactamente cuánto tiempo transcurrió antes de que apareciera un nuevo amor desde la última vez que Ramiro y yo nos despedimos. Uno o dos años quizá. El tiempo se lleva hasta nuestros tesoros más preciados, pero nos recompensa con la posibilidad de nuevas joyas para guardarlas en el lugar donde es posible la memoria: el corazón.

En medio del día y las actividades, deslizándose clandestinamente entre los descansos de la marcha cotidiana, el arribo de un recuerdo me ha alcanzado. Sin remedio, he tenido que darle tregua a la rutina.

Y cuando la memoria se extravió, me beneficié de las evocaciones del alma. Las mismas que me ayudarán cuando ya no tenga otra cosa que no sea repasar mi propia historia. Convertiré las largas horas de mis últimos años en cortos instantes de intensas y

vibrantes imágenes, palabras, colores, olores y sensaciones, reclamando con potencia arrebatarnos su lugar a los años viejos y achacosos.

Una sensación de felicidad y romanticismo me envuelven mientras la tarde transcurre. Ahí estaba yo, caminando al lado de mi amiga. Habíamos llegado casi juntas a la entrada del café que por tantos años fue nuestro lugar de reunión de los viernes. La “oficina del grupo de apoyo”, como en infinidad de ocasiones le llamamos. El tan apreciado lugar de nuestros acostumbrados encuentros. La mesa de café que tantas mañanas fue oyente infatigable de incalculables relatos, de éstos que solemos hacernos entre amigas. Las confesiones semanales, las opiniones, los consejos, las quejas, los desamores, los exmaridos, los hijos... los miedos perseguidores.

Caminábamos en medio de las mesas y la gente, platicando de minucias y sonriendo felices. De pronto, Blanca detuvo su paso frente a una mesa ocupada por un hombre. Se miraron sonriendo con actitud familiar. Mientras ellos se saludaban con afecto y mencionaban la casualidad de encontrarse y conversar de nueva cuenta después de varios meses, yo me servía del momento para mirarlo con especial atención. En ese instante comprendí por qué lo sorprendí mirándonos con una sonrisa insistente mientras caminábamos en dirección a nuestra mesa. Su estilo, de un gusto actual, me había resultado muy grato, me pareció en verdad atractivo y muy perturbador.

Yo estaba separada del que había sido mi marido por casi veinte años, y el alma me gritaba, desde hacía largo tiempo, su necesidad de amar de nuevo, con el reclamo rebelde por los besos y la ternura que hacía tanto me mataban de hambre.

Era la primera vez que veía con libertad a un hombre. Con un “vistazo” discreto, pero placentero y libre, caí en la cuenta de que ya podía darme ese lujo sin sentir que faltaba a la promesa de antaño: “Y prometes serle fiel hasta que la muerte los separe...” Me

sentí como toro de lidia al que, después de una cruenta corrida, escupiendo sangre, con el lomo arponeado y las cuatro patas bien firmes, un juez le otorga el indulto. Casi podía verme salir de la plaza en medio de vítores y aplausos al compás de un pasodoble, pero eso sí, icon los cuernos bien puestos!

¡Qué bien me sentí volviéndome a ilusionar con libertad y sin culpas! ¡La fantasía, por años contenida, voló! Con la velocidad del pensamiento me imaginé sus besos, sus abrazos. Y, con el conjuro de la imaginación, imonumentales noches de incendio y arrebató!

Mientras todo esto pasaba por mi mente, y el corazón me latía tan rápido como el de un maratonista en plena carrera, intentaba mantener en mi cara la sonrisa educada de quien espera con amabilidad el momento de las presentaciones de rigor. ¡Ja! ¡Lo que hacía un corazón medio marchito y una mente inexperta en los anticuados zapatos de una cuarentona!

Al estrechar su mano y verlo a los ojos, volví a nacer. Quien diga que no hay constancia humana de la vida después de la muerte, no me conoce aún. ¡Yo sí sé lo que es regresar de entre los muertos!

En los minutos anteriores a ser presentados, yo había fabricado toda una historia de amor. Nunca tuvimos una discusión de ésas que se quedan a vivir en el resentimiento, hablábamos con libertad y confianza, y lo que yo tenía que decir, siempre resultaba de interés para él. Mi lugar en la casa y en el corazón de mi consorte era de primerísimo orden. Mi cargo como gerente de mantenimiento, cocina, enfermería, guardería, psicóloga y aparición de ultratumba, había quedado atrás. ¡Jamás me volvieron a salir en la frente ese par de cuernos tan grandes como percheros! Y, por supuesto, inunca más volví a tener un dolor de cabeza que cancelara mis noches de pasión!

Sin darnos cuenta, iniciamos una charla ahí, de pie, bajo la mirada complacida de nuestra amiga. No recuerdo cómo sucedió,

pero al cabo de unos minutos ya lo había invitado al café del siguiente viernes, llevándome como respuesta un “sí” que me sonó muy formal.

Los comentarios entre Blanca y yo en el trayecto a nuestra mesa fueron muy moderados. No podía hablar todavía con la emoción adolescente que me daba vueltas en el estómago y me llenaba la cara con una sonrisa desconocida.

La siguiente semana llegó. A causa de algunas punzadas y desconsuelos que quedan después de cada separación y el mal hábito inconsciente de no permitirle a la vida entrar por la puerta grande, olvidé por completo a mi nuevo invitado a nuestra mesa de café.

Llegué puntual como cada viernes, ansiosa de reunirme con el grupo. Para mí, ellas, mis amigas, y Rubén (único elemento masculino de aquellas mañanas medicinales, y quien se convirtió con los años en mi mejor amigo-consejero por la generosidad de su corazón incondicional, y su sabiduría), eran en gran medida parte de lo que me daba fuerza. Obtenía por su conducto toda la aceptación, consejo y apoyo que tanta falta me hacían.

Al cabo de dos horas, mientras charlábamos y deliberábamos sobre la mejor forma de cómo arreglárnoslas sin los hombres, desvié la mirada hacia una mesa alejada de la nuestra. Mi vista de lejos no era (ni es) de confiar, pero al advertir en ella a un hombre solo que parecía tan atractivo como el de la semana anterior, el estómago se me hundió. Un poco por la emoción que me dio percibir que su presencia era una clara señal de interés, y un mucho por el enorme desaire que le había gastado con mi imperdonable olvido. ¡Qué vergüenza! Sin pensarlo, un impulso me levantó de mi asiento y me dirigió hacia él.

Sí, ¡por supuesto que sí era él! Al encaminar mis pasos directo hacia su mesa pude ver con claridad el encanto de hombre de piel blanca e inquisitivos y pequeños ojos casi verdes. Ahí estaba, poniéndose de pie y sonriendo para saludarme. ¡Dios! ¡Qué atractivo

se le miraba! ¡No lo podía creer! Yo, que hasta hacía poco sólo ocupaba la mente en la lista del supermercado, las tareas de mis hijos, las actividades del colegio, las necesidades de mi ex y el oscurantismo de mi triste historia, de pronto me veía pensando en él.

Me disculpé de mil maneras por mi descuido, y él, educado y sutil, minimizó mi falta de tacto y pactó conmigo el siguiente encuentro. ¿Dónde más? Ahí mismo, en el café de los viernes donde, en medio de la amistad de todos, podíamos esconder cada uno las miradas furtivas imposibles de controlar.

Al cabo de año y medio de ininterrumpidas asistencias, se convirtió en miembro activo de aquella “hermandad” de férreos amigos. Cómplice de los secretos expuestos en aquellos añorados foros de terapéuticos cafés. Yo acababa de recuperar mi libertad después de un largo “secuestro amañado”. Había descolgado de la pared mi título de esposa. Tiré a la basura cuanta constancia tenía de mi paso por el territorio donde los hombres son muy machos. Donde las mujeres, en medio del cumplimiento de todas sus labores, adoctrinan a sus infantes para dominar los diversos caminos y llegar a ser dignos representantes de esa raza de “hombres, muy hombres”, capaces de llevar el sustento a sus hogares y el calor a múltiples camas. ¿Y qué decir de las asignaturas de las infantas? Los temas sobre abnegación, dependencia, inseguridad, autoestima... Ingredientes indispensables en esta escaramuza que tanto daña y vulnera a generaciones enteras.

Después de transcurrido año y medio de un “querernos” disfrazado, y escondidos tras las miradas y comentarios amistosos de aquellas que todo lo veían, pero también callaban respetando ese coqueteo entre dos adultos adolescentes, finalmente algo empezó a cambiar.

Mi aspirante a enamorado oficial pecaba de prudente y riguroso, pero empezaba a dar pequeñas muestras de una extraña debilidad. Algo raro comenzaba a suceder. Y como decía Emerson: “El antecesor de todo acto es un pensamiento”.

Gracias al cielo, yo llevaba varios años de experiencia en la práctica diaria de la paciencia. Por lo tanto, y habiendo salido airoso de innumerables faenas venciendo al “novillero” y conservando las orejas, el rabo —y los cuernos también—, era de esperarse que ciertas evasivas y suspicacias suyas se convirtieran en dulces provocaciones para mí. Nada de lo que veía en él me remontaba al pasado. Su presencia era como una medicina. Me divertía mucho con el juego de palabras, de miradas...

Los saludos y las despedidas eran el mejor pretexto que tenía para tener de cerca su olor y sentir esos brazos sujetándome suavemente contra su pecho.

Se han ido varios minutos desde que escribí el último párrafo. No puedo evitar cerrar los ojos y viajar a través de mis recuerdos. Me vi ahí, despidiéndonos después de nuestra acostumbrada reunión semanal. Sus brazos me acercaron hacia él. Aquella vez, a diferencia de las demás, una fuerza ajena a sus convicciones lo impulsó a romper con el protocolo acostumbrado e impersonal con el que siempre nos despedíamos. Con su mano acercó mi cabeza mientras me besaba con suavidad la oreja a través de mi cabello. Me aferró contra su cuerpo con una ternura infinita cansada de ser contenida. Cerré mis ojos mientras instintivamente me acurrucaba en su pecho. Por unos instantes, el silencio sólo dejó escapar el sonido de su respiración tocándome el alma.

El bullicio, el ruido constante de mis insatisfacciones, los malos recuerdos, los buenos, el mundo, el pasado, el futuro, todo se fue... desapareció.

Aquel abrazo duró apenas unos segundos. Pero hay segundos con atributos tan grandes que no requieren de un minuto para pasar a la inmortalidad. Han pasado varios años, y cada vez que el recuerdo emerge, siento aquella emoción que penetra mi pecho, tan auténtica, que aún puedo percibir el roce de su piel y su distintivo olor.

Él, cauteloso, obcecado e inflexible, llevaba a cuestas su propia historia, origen de su extrema precaución. No puedo negar que

sus razones siempre me parecieron tan dolorosas como las de cualquiera, y muy inocuas también. Pero nunca debemos juzgar los dolores ajenos por la sencilla razón de que nunca nos duelen igual. Además, el tamaño del sufrimiento siempre va en función de las circunstancias. Por otro lado, gracias a sus temores, era la primera vez que podía sentir ternura por un hombre que no fuera mi hijo adolescente. Él representaba todo aquello que yo desconocía. Jamás había tratado a un hombre que entregara el corazón como lo hace una mujer. Sin restricciones y sin deslealtades, y con todos sus miedos también. Eso, según mi corta experiencia, lo hacíamos sólo las mujeres.

Era un hombre sumamente sensible que nunca se había casado. Abogado únicamente para darle gusto a su padre, pero había colgado el título en la pared para perseguir su sueño. Su verdadera profesión era la de compositor. Aún conservo el CD donde aparece la canción que me escribió.

Las novias que había tenido, siempre habían sido solteras. Yo era la primera mujer divorciada que había atrapado su interés poco más de un año antes de que nuestra amiga en común nos presentara. En ese tiempo acudía al mismo café que yo sólo para verme, sin atreverse a abordarme y buscando sin éxito que mis ojos se encontraran con los suyos cada vez que me levantaba para ir al baño. Se limitaba a sacar sus propias conclusiones acerca de mi persona. ¿Soltera, casada, divorciada? No lo sabía, pero, para él se había convertido en un refrescante hábito sentarse en una mesa y mirarme mientras yo desahogaba, por horas, todas mis tristezas y frustraciones ante la comprensiva presencia de las que hasta hoy siguen siendo mis entrañables amigas.

Quedé verdaderamente asombrada y complacida cuando me hizo esta confesión casi tres años después. Fue el regalo más hermoso que alguien me había hecho en muchos años. ¡Nunca pensé ser la idea romántica de nadie! ¡El amor silencioso de ningún hombre! Quizás éste sea un fenómeno más frecuente de lo que yo pueda

pensar. Tal vez esto sucede en la vida de muchas personas, pero de lo que sí estoy segura es de que no siempre podemos enterarnos de este maravilloso suceso. Para mí, haber sabido algo así, fue y seguirá siendo motivo de un infinito agradecimiento a la vida por haberme dado la oportunidad de saber que he podido llenar los ojos de alguien, mientras los míos se llenaban de lágrimas.

Con el recelo casi felino de sus pensamientos, me mantuvo siempre a distancia. La tiesura de sus ideas lo mantenía apartado de su corazón. Sin embargo, sus dudas fueron lanzadas poco a poco hacia el destierro, quedando un espacio libre para la adopción de un modo de pensar distinto y para arrojarle a los brazos inciertos de un nuevo amor. En algún momento halló la forma de provocar un encuentro más privado, ya sin la presencia absolutamente innecesaria de nuestras entrañables escoltas. Claro, para que algo se manifieste hay que hacer ciertos arreglos. Por lo tanto, no le quedó más remedio (y a mí tampoco), que dar un salto mortal hacia lo desconocido.

Algunas de mis tardes comenzaron a tornarse más importantes que otras. Después de varios años de “retiro”, había perdido casi por completo la capacidad de soñar de día. Se me fueron veinte años manteniendo la imaginación con las alas cortas. Tal vez por el miedo inconsciente de llevar a la realidad lo que tanto deseaba. Me sentía con una vitalidad renovada, sobre todo en aquellas tardes en que conveníamos vernos a solas. Yo no tenía idea de lo que era saborear palabras y café en un perfecto coctel, acompañada de un hombre, mientras el tiempo se iba tan rápido como la juventud.

La verdad, me cuesta mucho trabajo recordar nuestros temas de conversación. Lo que sí recuerdo es que varias veces tuvimos que continuar nuestras pláticas sentados en el coche, pues en repetidas ocasiones fuimos invitados con amabilidad por el mesero a pagar la cuenta, pues ya era el momento del corte de caja. Por lo que respecta a mí, esperaba con ansia el momento de ser

“corridos”. Continuar la charla dentro del vehículo nos permitía estar más cerca cada vez... y la pasión hacía su trabajo.

La primera vez que nos besamos fue ahí, dentro del coche. No hay nada mejor que los besos y las caricias dados conscientemente. Nada que pudiera comparar con los besos del pasado. Los besos de mi edad madura han sido, con una diferencia abismal, más elocuentes, más amorosos, más vivos. Y, por supuesto, han sido besos que he dado con la decisión de mi sangre y con la libertad de mis prejuicios rotos. ¡Y qué decir de compartir las sábanas después de haber resucitado cuando estaba cercana a los cuarenta!

No me cabe duda, el amor con sus complementos los he paladeado mejor con los años, después de haber madurado la piel con el llanto de los amores jóvenes y la inocencia transmutada en una madurez que se aferra a seguir vibrando.

Han pasado algunos años y he permitido, e incluso intervenido, para que muchos de mis sueños se realicen. Muchas veces sentí que la sombra de la injusticia me seguía. Finalmente comprendí que la justicia y la injusticia son términos inventados por el ser humano y que, en todo caso, son actos llevados a cabo solamente por la raza humana. Pero la vida tiene su propio ritmo. La vida solamente es de equilibrios. Puedo decir, citando una vez más la fiesta brava, que si creyera que la justicia es verdaderamente justa, sería tanto como creer que un toro no me va a embestir si le digo que no como carne.

Noviembre de 2010

Así es, hija, viví una época en la que una parte de mí no soportaba a la otra y busqué aliarme con ideas guerreras, carentes de miedo y con voces estruendosas y firmes que vencieran los temores e inseguridades de mi otra parte, frenada y sometida por una autoridad ideológica escrupulosa y convencional que no me dejaba soñar y luchar por mis convicciones sin paralizarme por la culpa. Soñé muchas noches con las mieles de la autonomía; con el buen

sabor de las decisiones carentes de patrocinador, y con un amor noble, sin espinas.

Con una mota de nostalgia recuerdo algo que nunca pudo nacer. Un amor lejano con quien mantuve por largos años un vínculo de confianza y tintes de complicidad. Era, muy a mi pesar, algo más parecido a la amistad, aunque yo me contara todos los días la “historia” del hombre enamorado que quería terminar sus días a mi lado. Sin embargo, en el fondo sabía que nunca podría referirme a un “nosotros” construyendo un destino unidos por el amor, a pesar de que a él le gustara profetizar sobre la unión de nuestras vidas a final.

Fue una amistad que se dio con el tiempo y se fue convirtiendo en algo más que eso. Sin embargo, se diluyó poco a poco, hasta quedar reducida sólo a recuerdos. Mientras tanto, me alimentaba con la ilusión y el apasionamiento; comprendiendo sus constantes ausencias, pero sin poder evitar que me lastimaran. Fernando nunca pudo establecer ese compromiso interno que impulsa a los que se aman a construir un ensayo que tal vez dure para siempre.

Asistíamos al mismo gimnasio todas las mañanas; sin embargo, ignoré su presencia durante varios meses. No me había dado cuenta de que él existía. De entre tantas caras que veía todos los días en el mismo lugar, la suya era una de las que no había notado. Hasta que una mañana, mientras me agachaba para realizar un ejercicio, este simpático hombre dejó escapar una exclamación que me sacó la risa: “¡Sí hay, y bien!” De manera muy oportuna y extravertida, aprovechó para iniciar una amistad relajada y placentera. Me pareció vital que un hombre se me acercara mostrando interés por mí. Me hacía sentir segura y me devolvía la dignidad y la estimación por mí misma, después de varios años sin escuchar un solo halago de un marido que había quedado en el pasado, junto con su único interés en mi buen desempeño en el hogar, y debajo de las frías sábanas que cubrían nuestra atormentada cama. El que un

desconocido tuviera curiosidad de saber qué pasaba por mi cabeza, y que yo dejara escapar frases agudas de mi boca, me sabía a manjar y a golosina. Entonces, ya sin tener detrás a mi carabinero vigilando mi “buena conducta”, mi vida era mucho más ligera.

El oxígeno que respiraba había dejado de ser una simple ventilación. Se había convertido en una brizna de aire fresco, en una cana al aire, en hacer castillos en el aire, en ir a mi propio aire... ¡en la fuerza y la libertad del aire!

Despertar a un nuevo ciclo me llevó a enamorarme varias veces. Después de un hundimiento me encontraba atontada, pero recuperando la conciencia. Era sobreviviente de una familia desmembrada y con dos hijos lejanos. Pero estar a la deriva no era precisamente mi ideal de supervivencia. Tenía que idear alguna forma de navegación, incipiente tal vez, pero capaz de conducirme a una ribera segura, porque, de otra manera, me encontraría a merced de la providencia o del azar.

Algo tenía que hacer. Mientras tanto, aquel aspirante a amante y detractor de la pareja, comenzaba a hacer su labor. Tenía una especial simpatía y veía las cosas de la vida sin tensarse. Creo que, en general, le daba la dimensión adecuada a cada momento. La única zona sin cultivar que tenía era en los terrenos del amor. Lo suyo más bien era un “querer” dulce, divertido, romántico. Pero era un cariño distante, apartado. Sin embargo, lo que él sentía por mí era sincero. En aquel entonces yo podría ignorar algunas cosas, pero nunca sus sentimientos.

De alguna manera, su afecto enamoradizo me acompañó por varios años acariciando mi corazón. Nuestra relación era más bien un convivir de vez en cuando muy a mi pesar. Ahora, gracias a sus lecciones, huyo hacia el lado contrario cada vez que reconozco a otro de su misma especie. Morir en los brazos de un amor suspendido como péndulo. Oscilante en un vaivén de atrasos, encuentros esporádicos y reencuentros anhelados que me devuelvan la vida, y después de algunas horas inolvidables, me la arranquen de un

solo golpe. ¡Espero nunca más! Cuando se recibe una lección, imás vale aprenderla!

No es que me queje, ésta es otra historia que me ha dejado inolvidables episodios, pero en algún momento se tienen que dejar atrás los amores quebradizos, aunque su endeble consistencia nos haya dejado los mejores recuerdos. Con toda seguridad, con este amor (y con algunos otros), viví la locura del cielo y el infierno. Esperando saber de ellos, me devanaba el cerebro imaginando cien diálogos para nuestra próxima cita. Fantaseaba con un romanticismo novelero que nos conduciría a un encuentro pasional, pleno de erotismo amoroso. Inventaba mis escenarios, cargados de palabras dulces y ardientes, de caricias amables, pero candentes, donde yo me encontraba a merced de la fuerza y la ternura de mi amado, como un boceto donde se planea el origen de un gran amor.

Sin lugar a dudas, viví ese amor más que de “cuerpo presente”, de “cuerpo ausente”. Entonces me inventé una historia romántica y fabriqué a mi ideal masculino. En ella el “flechazo” fue inmediato y certero. Y, después de un rato, al bailar abrazados, mecidos por una canción romántica, nos dimos nuestro primer beso. Y después de una inolvidable noche de besos y pasión, felices y mareados por el nuevo y prometedor amor, nos despedimos derretidos y eróticos. Y yo, ¡mentecata!, con la seguridad de haber encontrado al hombre de mi vida. Como ese héroe desconocido que esconde el rostro bajo una máscara, pero que al fin se despoja de ella para quedarse para siempre conmigo... el resto de esta historia maravillosa terminaría en el mundo de mi imaginación novelesca. Escrita con la tinta de mis deseos y mis más imposibles anhelos.

Así somos las mujeres, imaginativas y soñadoras. Intuitivas, un poco clarividentes, a veces, y otras, nos apartamos de la realidad, pagando adoloridas con las eternas horas de nuestro llanto. He de admitir, sin embargo, que mi tendencia soñadora, en algunas ocasiones, me sirvió para llevar mis sueños a la realidad. Soñar no cuesta nada, pero los dividendos pueden ser onerosos... aunque,

a veces, soñar puede resultar muy caro. Sin embargo, también he tenido momentos de amor inciertos en los que, como diría mi querido amigo Rubén, no he tenido ni pajolera idea de las correrías de quien, supuestamente, sólo pensaba en mí. Supongo que de haber conseguido arrancarle lo irrealizable a ese frustrado idilio, habría acumulado muy buenas memorias, pues en siete años de encuentros aislados logramos afianzar un cariño y solidaridad resistentes.

Complacido y desenfadado respondió a los cuatro intentos fallidos de las primeras citas, en los que después de haber estado en un bar, bailando salsa toda la noche y satisfechos cada uno con la presencia del otro, nos disponíamos a abandonar el lugar. Cada uno en su coche (las primeras veces así lo preferí) para continuar la velada en su departamento. En aquella primera invitación, y en las tres siguientes, decidí no seguirlo a última hora (¡aunque moría de ganas!), y perdérmele doblando por otra calle distinta. Creo que era la inseguridad y el miedo de mis años inexpertos. Curiosamente, esto sirvió para añadirle los primeros toques simpáticos a nuestra relación.

Él era una pareja verdaderamente divertida. Siempre tenía una respuesta ingeniosa y chistosa para cada momento. Y así, entre ingredientes de aquí y de allá, las cosas se fueron dando, al tiempo que nos conocíamos como pareja, con todas las cosas que llevan a cabo las parejas: ir a bailar (era nuestro hábito favorito), solos o en compañía de sus hijos; comer o cenar, amanecer y después ir a desayunar juntos. Todo esto era maravilloso, pero tengo que recordar que era sólo de vez en cuando.

Me presentó a los dos hijos que aún no conocía: la hija mayor y el hijo menor. A la segunda de sus hijas la conocí al mismo tiempo que a él, porque lo acompañaba todas las mañanas al gimnasio. A ella, Fernanda, me une un especial afecto que mantiene viva nuestra amistad hasta la fecha. Una amistad independiente de aquella relación que ya terminó. Ella siempre fue la compañera

inseparable de su papá. Y, dicho por él mismo, la que nunca quedaba convencida con las parejas que él había tenido en el pasado. Para mi fortuna, yo corrí con mejor suerte, pues desde un principio hubo entre las dos una química perfecta. Con los otros dos hijos, la aceptación también se dio de manera sencilla y casi natural. Ellos eran una familia muy divertida y unida. La mecánica relajada, independiente y muy afectuosa de su relación se conformó con los años y a partir de las circunstancias. Él se había quedado al frente de sus hijos después de su divorcio, cuando eran apenas unas criaturas. Las razones que él y su exesposa tuvieron para separarse son cosa personal; por lo tanto, me abstengo de hacer comentarios.

Al cabo de cierto tiempo conocí al resto de la familia, y también caminé con el pie derecho desde el principio. Había por ahí dos tías en la parentela que cocinaban exquisito, y quienes, en los festejos familiares a los cuales fui convidada, no perdieron oportunidad de manifestar su deseo de que pronto nos casáramos. Esto me trae a la memoria uno de esos recuerdos inolvidables. Aunque parezca raro, volví a casarme, ¡pero no con él... con un alemán!

Había mencionado que los dos rasgos característicos de esta relación fueron: que duró años y que era intermitente. Fue justamente en uno de esos periodos en el que me encontraba insatisfecha y desalentada por esta relación en la que predominaba mi inseguridad, causada por su falta de claridad, cuando conocí a quien sería mi segundo marido: un extranjero a quien me unió un amor que no perduró como hubiera querido.

Dando un salto, me remonto a esta anécdota... Yo me encontraba de visita en mi país. En aquella época vivía en Alemania con mi segundo marido, pero venía de regreso a Puebla cada vez que podía para estar con mi familia y mis hijos. En esa ocasión coincidió con mi estancia, la celebración del bautizo del primer nieto de Fernando, a quien aún no había olvidado. Lo conservaba en un lugar especial de mi corazón. De hecho, nunca perdimos contacto

gracias a internet, aunque para esas épocas nuestra relación ya sólo era de amigos. Incluso mi segundo marido lo conocía y sabía que habíamos sido pareja. La mentalidad europea no tiene, en ese sentido, los prejuicios de la mente latina.

Fui invitada formalmente a la ceremonia bautismal por la mamá del bebé y por toda la familia, incluido él, por supuesto.

Llegué a la iglesia acompañada de mi añorada expareja, quien se había ofrecido a recogerme en mi casa. Yo no tenía vehículo. Cuando me fui a vivir fuera del país, había vendido mi coche.

La atmósfera empezó a tornarse algo extraña para los dos. Era como si el tiempo no hubiera transcurrido y fuéramos aún enamorados. No pude evitar sentirme feliz y, a la vez, un poco nostálgica. Estoy segura de que él también compartía conmigo los mismos sentimientos; su mirada anhelante y su comportamiento de enamorado así me lo decían. Pero había en todo ello un dejo de luto y conformidad.

Durante la ceremonia de acristianamiento, Fernando y su hija mayor (madre del bebé) me pidieron que estuviera a su lado en el momento en que el sacerdote pidió a los padrinos y a los abuelos que se acercaran a la pila bautismal. ¡Sentí que el piso se hundía bajo mis pies! La exesposa, por derecho, también se encontraba presente. Era la primera vez que la veía y pensé que mi presencia ahí le causaría incomodidad. Si así sucedió, jamás me lo hizo notar, ni siquiera en el momento en que, ya en el salón de la recepción, fui convidada a sentarme con ellos en la mesa principal. Y, por supuesto, ¡sentada todo el tiempo al lado de mi enamorado de antaño! ¡La exesposa se sentó en otra mesa!

Bailamos tanto, reímos tanto, que fuimos algo así como un feliz matrimonio departiendo alegremente con toda su familia. En algún momento, la madre verdadera se despidió discretamente y se fue.

Al caer la tarde, la recepción también comenzó a decaer, y el recién inaugurado abuelo me llevó de regreso a casa sin que hubiera

necesidad de más palabras. Sólo un largo y cálido abrazo y un beso de despedida en la mejilla lo dijeron todo.

Cada detalle y cada momento de aquella ocasión son imborrables, como lo han sido otros instantes de no menor categoría y mérito y que, por supuesto, formarán parte de los recuerdos que habré de conservar en los campos más verdes y soleados de mi memoria.

Mi amor, dices que no hay amor a menos que dure para siempre. Tonterías, hay episodios mucho mejores que la obra entera...

WILLIAM BUTLER YEATS

Nunca sé el día en que vivo. La fecha y el reloj son temas que hace mucho dejaron de preocuparme; una cuestión de responsabilidad es la que toma el mando cuando hay que estar pendiente de los horarios y las fechas en las que algún suceso importante tendrá lugar, como alguna reunión, mis clases sobre autobiografía, los cumpleaños de mis hijos, de mi familia, de mis amigos.

Para el caso de los cumpleaños he contado a lo largo de varios años con la ayuda de diferentes personas para recordarlos. Reconozco que a veces he llegado a olvidar algunas de esas fechas importantes. Incluso, una vez llegué a pasar por alto mi propio cumpleaños y, de no haber sido por una buena amiga que me invitó a comer para festejarlo, lo habría olvidado por completo.

Mi amigo Rubén me dijo que eso era un síntoma de salud espiritual, o algo así. En todo caso, creo que es un reflejo de mi tranquilidad, porque hace algún tiempo que vengo deshaciéndome de una que otra tensión. El irme despojando de pesados lastres ideológicos, y de algunas rémoras insidiosas, ha repercutido favorablemente en mi salud emocional. Los largos periodos de angustias y ansiedades provocados por un sinfín de tribulaciones emocionales, dificultades económicas, dilemas de salud y

demás avatares que tenían estancada mi serenidad, han quedado atrás.

He hecho limpieza en mi vida y continúo con la faena porque es un trabajo que nunca termina. Mi tranquilidad depende de conservar objetivos sencillos que no sean tan altos como el cielo. Lo único que deben mantener es la capacidad de llevarme a mi propia gloria cada vez que me ocupo de ellos.

Ayer terminó el mes de junio y yo no había caído en la cuenta. De manera un poco inconsciente viví ese mes igual que todos los meses del año, con la certeza de saber qué mes corre solamente cuando necesito saberlo para apuntarlo en mi carpeta de clientes, junto con el día y el año, cada vez que tengo que cobrar o vender. Inmediatamente después me desentiendo del tiempo. Sin embargo, uno de mis pasatiempos favoritos, es medir el tiempo por acontecimientos, por anécdotas. Me gusta encontrar los matices de mi vida en cada hecho importante para mí; encontrarme y reconocerme en cada uno de ellos. Descubrir las tonalidades y las diferencias sobre las cuales he viajado. Y entonces aparece el prodigio de vivir. Me recuerdo en el pasado y me comparo en el presente. Algunos eventos me duelen más que otros, porque los añoro, o porque los repelo. Pero cada uno es importante como las cuentas de un collar, como mis equivocaciones que tienen un número sin fin, o mis estancamientos, que me recuerdan dolorosamente las veces que me he extraviado. Estar mal se había convertido en una costumbre. El amor verdadero de una sola noche se desvanecía a la mañana siguiente, dejándome el azote de una posdata: “Unas horas de amor verdadero borraron veinte años de uno artificial”...

Así, me encontré con mis historias personales ocurridas el día primero de mayo. Fecha memorable para mí sólo por el día de hoy; pero, únicamente la fecha, que quedará en el olvido más pronto de lo que pueda imaginar. No así los acontecimientos, que

regresarán a mí cada vez que la necesidad de palpar las pruebas de la vida me obliguen a resucitar a los muertos vivientes de mi existencia.

Diciembre de 2010

Tengo muchos recuerdos dolorosos. Una lista de heridas pequeñas y grandes que forman parte de mis años más jóvenes. Aunque sería injusta si sólo hiciera mención de lo triste. Sería ilógico pensar que nunca hubo una parte buena y digna de ser recordada. ¡Claro que la hubo! De no haber existido recuerdos gratos, no habría existido dolor alguno en la separación. No habría ninguna pérdida que lamentar. Las ilusiones jóvenes, los momentos en familia, las bromas, las Navidades y los años nuevos, los nacimientos, las primeras palabras de mis bebés, sus primeros pasos, el primer día de clases, sus cumpleaños, los besos, los abrazos, los partidos de voleibol, los juegos de cartas, los afectos de familia acumulados con los años, la construcción de nuestra casa, las fotos del recuerdo, tú y Rodrigo.

Primero de mayo de 2003. Llegaba apurada al zócalo de Cholula para formar parte del contingente del Ayuntamiento que desfilaría para conmemorar el Día del Trabajo. Hacía ya más de un año de mi segundo intento de suicidio, del que habría de derivar mi reconciliación con Dios. Mi atuendo blanco y negro, de esa mañana, era como un símbolo de la tregua entre la muerte y la vida. Todo marchaba sobre ruedas, y nada parecía indicar un cambio drástico en mi existencia.

Entrelazando mis brazos por la espalda con los brazos de mi secretaria, y los de la secretaria del presidente municipal, desfilé por las calles principales de Cholula. Me sentía satisfecha y confiada, con el aire triunfante de quien sale vencedor. Era la primera vez que desfilaba un Día del Trabajo; y también la primera que lo hacía llevando a cuestras la responsabilidad de una dirección. Durante todo el trayecto tuve una imagen clavada en

mi mente: yo, vestida con mis *pants* gris Oxford, holgados, poco femeninos. De esos que reclamaban desde las alturas de un cuello cerrado y unas mangas solapadoras, un arraigo domiciliario permanente.

Ahí estaba, en el lavadero de la azotea con las manos metidas en el agua jabonosa. Tallando un par de calcetas que luchaban por cambiar su blancura por el moca característico de las medias de un adolescente que juega al fútbol.

Nunca me expliqué por qué jamás tuve una lavadora (Javier nunca pensó en comprarme una), y por qué toda la ropa habría de lavarse a mano. Entre la señora de la limpieza y yo nos turnábamos esas pesadas jornadas de lavadero. La imagen era vívida: el lunes nublado, la vista rural de casas a medio terminar, con ladrillos rojos y varillas coronadas por botellas de refrescos. La cúpula de la recámara de Valeria, y yo supliendo las labores de una empleada que no faltaba a su compromiso de hacer “San lunes” cada semana.

Desfilaba en la primera fila del contingente, a dos personas del presidente municipal, con la imagen fija de ese lunes nublado de dos años atrás. En otro Primero de Mayo y en otro Día del Trabajo en el que el desaliento de una vida mal aprovechada me orilló a soñar con una vida luminosa que me atemorizaba no alcanzar.

Diciembre de 2010

He recordado algunas cosas, pero quiero enumerar para ti lo más posible. Tal vez porque las circunstancias no nos han permitido convivir todos los días. Por lo tanto, tampoco he tenido la oportunidad de ser para ti una madre típica. Y aunque no queramos aceptarlo, esa realidad nos ha transformado.

Hace pocos días, y por obra de la casualidad, me enteré de lo que piensan algunos amigos de Javier respecto a nuestro divorcio. De forma ridículamente

injusta, la opinión ajena borró por completo el largo historial de infidelidades y errores en los que incurriera él y se dio el lujoso permiso de descalificarme sólo a mí por haber “abandonado” a mis hijos y a mi marido, a quien le dejé la terrible y triste tarea de hacerse cargo de ustedes dos y dividirse penosamente entre su trabajo, tu educación y la de tu hermano. No me sorprendió saberlo. Me pregunto ¿qué hubiera pasado si yo, alguna vez, me hubiera atrevido a darle un beso en la boca a otro hombre que no hubiera sido mi marido? Sólo un beso, no hablo de nada más. ¡No puedo imaginarme de lo que yo hubiera sido acusada!

Me gustaría, como un regalo divino, que alguno de éstos que se atreven a opinar pudiera sentir el dolor de despedirme de mis hijos, quizá para siempre, llevándome clavadas sus miradas llorosas y sus caritas llenas de dolor. Y no sólo eso, me encantaría que alguno de ellos pudiera experimentar el dolor, la frustración y la impotencia que se siente al alejarse de lo que más se ama porque, quien debería hacerlo no tiene ni la conciencia ni los valores éticos suficientes para realizarlo!

Qué fácil es juzgar, sobre todo para aquellos que tienen la cara sucia. Para aquellos que tienen toda una historia de fechorías encubiertas. Con vidas llenas de apariencias y matrimonios de utilería. Con historias ocultas de abusos y manipulación a sus mujeres.

Primero de mayo de 2004, Bielefeld, Alemania. Otro Día del Trabajo. Un año atrás desfilaba en las calles de Cholula formando parte del gabinete municipal. Y, tres años antes, lavaba las calcetas de mi hijo, vestida de tristeza y aridez, teniendo como único horizonte, las casas de ladrillos y varillas cubiertas de botellas verdes y transparentes.

¡Los matices del tiempo que se mide por sentimientos y por recuerdos!

La última vez que me había subido a una bicicleta tenía diez o doce años. Nunca imaginé que la siguiente ocasión sería a los cuarenta y dos, en las calles de mi nuevo hogar: Bielefeld, Alemania, otro Día del Trabajo, otro Primero de Mayo...

El tiempo se me ha vuelto elástico, conmemorativo, invocador. Se ha vuelto luz y, en ocasiones, sombra. Pero ya no me persigue, ya no me intimida y ya casi no me presiona.

La vida es el tiempo, y el tiempo se desperdicia o se aprovecha. Se necesita para aprender y también para desaprender. Con el tiempo, el tiempo se vuelve importante, valioso. Cuando se es joven, el tiempo camina lento. Cuando se es mayor, el tiempo vuela.

Es difícil restar importancia a los problemas, a los afectos... y a los recuerdos. Pero es más difícil no tomarse la vida tan en serio, aunque deberíamos hacerlo, porque lo único seguro es que de ésta nadie saldrá vivo.

“*Sie ist starb*”. Ésa fue la respuesta que me dieron mis amigos de la pequeña cafetería enclavada en las afueras de Bielefeld cuando pregunté por los recién casados, Martina y Dirk. La noticia me cayó como balde de agua fría haciendo aún más gélida la acostumbrada baja temperatura de esa ciudad del norte alemán.

“Ella murió”, ése fue el veredicto que me devolvió el pequeño diccionario que cargaba entre los indispensables de mi bolsa de mano. Entre lo que yo estudiaba del idioma germano por mi cuenta, y lo que el contacto social cotidiano me enseñaba, había acumulado una serie de oraciones y palabras que ya entendía casi a la perfección. De modo que cuando escuché la frase, supe que se trataba de muerte. Sin embargo, decidí cerciorarme deseando con todas mis fuerzas haberme equivocado. Pero el pequeño diccionario confirmaba la triste verdad por segunda vez.

La de Martina y Dirk fue una historia de amor por demás romántica, estimulante y esperanzadora para mí. Ellos se convirtieron en la prueba viviente que mi corazón necesitaba en aquellos momentos de abandono sentimental, de que el amor se encontraba flotando invisible y liviano como el aire. Tal y como estaba en el preciso instante en que se me metió por los ojos cuando vi por

primera vez a Jörg, con quien ahora compartía la vida en tierras alemanas y con quien contraería nupcias en unos cuantos meses.

Sabía muy dentro de mí que quien se convertiría en mi segundo marido, ciertamente no sería el último (aunque ignoré la voz de mi intuición). Y al haber sido testigo presencial de ese amor invernal entre Martina de ochenta y cinco, y Dirk de ochenta y tres, me sentí reconfortada al ver con mis propios ojos que el amor reverdece en cualquier corazón con sangre suficiente para regarlo; sin importar que los ojos ya hubieran perdido el brillo de la juventud. La mirada que deja entrever al mundo exterior las siluetas del amor siempre joven danzando en el fondo era lo único significativo.

Y si la piel había sido marcada por las cicatrices de las arrugas, el alma por las del llanto, y la edad por las de los años, existía una fuerza poderosa capaz de transportar por el torrente sanguíneo, hasta el último rincón del cuerpo, la felicidad del amor, la ilusión nueva, la mocedad resucitada: la vida misma que trae consigo sus regalos... hasta que el alma se muda de casa.

La primera etapa de mi relación al lado de Jörg (*el Káiser*, como terminé por nombrarlo al final) fue un cuento de hadas en la aurora del siglo XXI. Pero, cuando su trabajo en Puebla concluyó, tuvo que regresar a la oficina que lo esperaba en Alemania. Entonces, mi oficina y mi naciente carrera que daba sus primeros pasos firmes, en medio del equipo de una campaña política, se cerraron para seguirlo sin mirar atrás.

Así, sin voltear, me mudé de casa. Bien lejos, al otro lado del mar; exactamente como lo había soñado a la edad de doce años. Pero la segunda parte de mi cuento cambió de color. Partí llorando del aeropuerto Benito Juárez en medio del abrazo reconfortante de un germano atractivo y amoroso. La despedida entre mis hijos y yo fue más dolorosa que la primera, hacía pocos años.

Al bajar del avión en el aeropuerto de Frankfurt, mis brazos sólo se vieron cobijados por las plumas de ganso de una chamarra

blanca que apenas conseguía mitigar un poco el frío congelante que me obligaba a castañetear los dientes, mientras esperaba a un lado de las maletas a que apareciera Jörg con el coche. Su hermano mayor lo aparcó por la mañana en el estacionamiento del aeropuerto para llegar en él a nuestro destino final. Por alguna extraña razón, que nunca podré conocer (todo lo que he pensado, y lo que pueda pensar en el futuro, siempre serán meras conjeturas), jamás volví a quedar envuelta en medio de la protección de los brazos que unas horas antes todavía me buscaban para darme alivio. Mi cuerpo se congelaba todos los días en medio de la nieve y el gris cotidiano de un cielo que se pintaba de azul para resucitar muertos en vida, dos o tres meses al año. Pero mi corazón se iba llenando de frío peligrosamente sin el calor del hombre al que amaba. El vino tinto de las mesas alemanas no me quitaba la sed, pero sí adormilaba mi lengua tres veces al día. Y, sobre todo, por las noches, que quién sabe por qué, eran mis predilectas para buscar tontamente en Jörg cualidades que nunca tuvo.

El nuevo continente marcó con gran claridad la línea divisoria entre la Zandra madre de familia: mexicana de trapeador en la mano izquierda, y libros y discursos en la derecha, que cruzó los cielos montada en un Pegaso de alas de metal. Igual que ese cielo dividido con una línea perfecta, en cuyo lado derecho era de día, y en el izquierdo, de noche.

La noche y el día juntos, inseparables en el fondo de la ventanilla del avión. Coexistiendo al mismo tiempo, unidos y divididos a la vez por una línea perfecta trazada en las más profundas alturas. Ésa fue la primera imagen prodigiosa que entró por mis ojos y se instaló en mi memoria para siempre.

Tenía ante mí un espectáculo portentoso. Uno de los muchos regalos que la vida me devolvería por haber pagado el boleto más caro. “Éste es el único sitio donde los opuestos se unen, pero nunca se invaden”, pensé. “No sé si empecé a vivir tarde, supongo que lo hice en el momento justo, pero al fin lo hice”, me dije al tiempo

que descubriría otra verdad tan clara y real, como el firmamento azul y negro que tenía ante mi mirada: la vida no tendría sentido si no nos atreviéramos a explorar nuevas posibilidades.

Martina y Dirk formaban parte de un grupo de seis amigos de la tercera edad (tres mujeres y tres hombres), que se reunían los miércoles y los viernes en una pequeña y acogedora pastelería. La dueña, una mujer de unos sesenta y cinco años de nombre Elizabeth, había acondicionado el ala izquierda del establecimiento para convertirlo en un agradable y cálido cafetín de mesitas labradas, con un toque de sofisticación y brillo de color chocolate. Los pequeños y cómodos silloncitos tenían el mismo labrado, cuya discreta elegancia hacía resaltar la tapicería de sus asientos, de tono azul plúmbago con pequeños ramitos de rosas bordados en hilo dorado. Una discreta cortina translúcida enmarcaba el ventanal que daba a la calle.

La alfombra, del mismo color del tapiz de los sillones, y la media luz de las lamparitas de pared afrancesadas, daban una sensación de silencio y confort en un ambiente sacado de otra época. Este juego armonioso y relajante de luces y colores fue lo que atrajo mi atención una de esas tantas tardes de largas caminatas que daba para hacer tiempo antes de regresar a mi departamento de Bielefeld. Ésta fue una de las terapias que me impuse para no convertirme en un mueble más de ese encierro de largos silencios y soledad pesada en que mi príncipe de hielo me había confinado.

Por costumbre llevaba conmigo un libro. Lo leía casi siempre sentada en alguna banca de esos maravillosos parquecitos que, más que eso, eran bosques a escala en medio de las ciudades alemanas. Casi todos tenían un pequeño lago donde de pronto pasaban frente a mi mirada una familia de patos o de orgullosos gansos.

El frío me hizo pensar en una taza de café, así que saqué mi cara de su escondite de bufanda y cuello alto del abrigo que mi nueva suegra me había regalado. Issa era su nombre.

No tuve que buscar mucho. Unos diez metros adelante, un anuncio prendió su luz para dar vida a un letrero que decía: Kaffee und

Kuchen. El resto de mi interés fue conquistado por esa ventana con una treintena de cristales rectangulares y una artística jardinera multicolor, de donde se desprendía una cautelosa enredadera, ocupada en enmarcar solamente los bordes, y pintar de verde la vista interior de mesitas de café. Mis pies me condujeron al interior casi con iniciativa propia.

Ahí estaban, ellas y ellos. Con sus maneras lentas y cuidadas. Sus dedos voluminosos levantaban sus tazas de té o cortaban un pedazo del tiramisú elaborado por Elizabeth. Platicaban, pero a pesar de ello, el lugar conservaba ese silencio que existe en toda Alemania.

Me sentí cómoda, pero algo extraña al estar acostumbrada a mis memorables viernes de café que por casi quince años compartí con mis amigas de siempre: Beatriz, Blanca, Laura y, por supuesto, mi entrañable Rubén. El grupo de apoyo, como solíamos llamarle, donde pasamos largas horas compartiendo historias de madres de familia. Y donde, después, compartimos historias de mujeres divorciadas. Ahora me encontraba ahí, en un mundo lejano, con una lengua que casi no entendía.

Noté algunas miradas curiosas y discretas. Y también recibí algunas sonrisas amables y educadas que me hicieron sentir como en un pequeño refugio donde, con el tiempo, comenzaría a asilarme los miércoles y los viernes.

Al poco rato entraron al lugar otras tres señoras que provenían de la misma década que Martina y los demás. Se sentaron en la mesita del rincón. Entonces entendí que ese comfortable lugar era frecuentado por adultos mayores. Pero decidí adoptarlo por la sensación de paz que me causaba.

Le di un sorbo al café americano y abrí mi libro: *La metamorfosis*. Jamás hubiera imaginado que leería a Kafka por primera vez en tierras alemanas. Ese libro, y el de *Siddharta*, los había comprado un año antes en la Casa de la Cultura de Puebla, una tarde que salí del Congreso del estado, cuando trabajaba para el Ayuntamiento de Cholula.

La cotidianidad nos fue acercando cada vez más a los siete. Yo asistía casi todas las tardes a mi único refugio alemán llamado Kaffee und Kuchen. Sólo falté cuando la aventura y la soledad me llevaron a escaparme en tren, o en coche, a otras ciudades. Pero los miércoles y los viernes procuré nunca faltar.

Elizabeth mandó construir una mesa rectangular con su hijo mayor para que la ocuparan esos días: Martina, Dirk, Michael y su esposa Opra, y Usi y su esposa Eva. Martina y Dirk eran viudos.

Sonrisas, saludos y despedidas cordiales fueron abriendo los afectos. Una tarde, Michael se paró junto a mí con sus acostumbrados pantalones grises cortos de lana que abotonaba justo abajo de las rodillas. Era bávaro, nacido en Múnich, de tirantes, camisa blanca, gorra de lana y calcetas grises hasta las rodillas; lo recordaré siempre. Me miraba con amabilidad y algo que parecía ser una sonrisa. Sostenía un platito de porcelana en la mano y, poniéndolo sobre la mesa, me dijo: “*Nun, Tiramisu als meine Frau tut*”.¹ Lo miré y sonreí mientras trataba de descifrar lo que me había dicho. “*Ein moment, bitte*”,² respondí mientras sacaba de mi bolsa mi pequeño diccionario. Un minuto después, Martina estaba parada junto a él y me preguntó: “¿Española, habla poquito inglés?” Le sonreí juntando mis dedos índice y pulgar y, haciendo un pequeño guiño, le dije: *A little bit*.

Martina y Michael hablaron entre sí por unos minutos. Algo logré captar de su conversación y, momentos más tarde, Martina ampliaba en inglés lo que yo había entendido. Según sus palabras, Michael aseguraba que yo era turca, por lo tanto no podría hablar en español, y Martina lo corrigió diciéndole que yo era española! Me provocaron mucha ternura, no pude evitarlo. ¡Eran tan dulces como el mismísimo pastelito que Michael puso delante de mí!

¹ “Como el tiramisú que hace mi esposa.”

² “Un momento, por favor.”

En mi precario alemán les dije que yo era mexicana: “*Ich komme aus México*”. “¡México!”, exclamó Eva desde la otra mesa. “*¿Wo liegt Mexico?*” ¡Eso sí lo entendí a la primera! La abuela de Jörg me preguntó lo mismo un día que fuimos a visitarla al hospital. “*¿Dónde está México?*”, eso fue lo que dijo con una expresión en la mirada que me observaba como si fuera tan irreal como mi país. ¡Qué ironía! En el mundo entero hay quienes no nos quieren, otros que nos reciben con los brazos abiertos, ¡y otros más que ni siquiera saben que existimos! “*In Amerika*”, respondió Michael en alemán.

Al cabo de unos minutos me encontré sentada en medio de ese entrañable grupo de gente mayor. A partir de esa tarde tuve un lugar en esa mesita de café.

Martina era mi traductora oficial. Ella, con su encanto natural, convenció a una joven estudiante norteamericana para que viviera en su casa en una de las dos habitaciones que tenía vacías. Todo a cambio de una cómoda renta y un poco de charlas en inglés. Para cuando su inquilina partió, Martina ya era casi bilingüe. El resto del grupo hablaba poco inglés.

Martina era una gran mujer con una sonrisa permanente en la cara. Ella quedó viuda casi diez años antes. Nacida en Bielefeld y casada con un campesino polaco en el año que finalizó la segunda Guerra Mundial. Ella y su madre se quedaron solas cuando su padre, un piloto alemán, perdiera la vida en combate. La mamá, por alguna razón que Martina no recordaba, decidió llevársela a vivir a Polonia. Ahí se casó con un hombre que la adoraba y con el cual solamente pudo tener un hijo que nunca quiso salir de su país. Prefirió quedarse en Varsovia y formar una familia. Ella y su marido regresaron a Alemania para tratar de curar un cáncer de pulmón que, posteriormente, lo llevaría a la tumba. Lo cremaron en Bielefeld, donde Martina decidió vivir los últimos años de su vida.

Así, todos fuimos compartiendo historias. Les hablé de mi país, del clima, del sol, las playas. Ninguno de ellos había viajado al

continente americano. Mi computadora me sirvió de mucho en esta labor. Les mostré todas las fotos que tenía en mis archivos. Conocieron a mis hijos, mi familia, mis amigas.

Ellos me regalaron sus anécdotas, me dejaron mirar sus fotos. A veces, hasta una que otra lágrima se les escapó cuando sus recuerdos los debilitaron. Y, mientras tanto, Martina y Dirk se regalaban miradas disimuladas que mi intuición y malicia descubrían. Dirk la procuraba cada vez que ella intentaba levantarse, como si fuera una muñequita de porcelana. Y le ofrecía su brazo para escoltarla hasta la pequeña puerta del baño.

Debo admitir que mi intromisión me llevó a representar el papel de cupido. Y, siendo tan mexicana, me atreví a sonrojar a Martina en repetidas ocasiones, haciendo bromas sobre la coquetería de la mujer latina. Pero ella nunca dejó de iluminar la mesa con sus tiernas sonrisas.

Las cosas se fueron dando entre ese par de octogenarios enamorados. Al final, el resto de ese grupo de amigos se unió a mi causa, de manera solemne, pero siempre dispuesta a fomentar ese amor joven que terminó por contagiarlos a todos. Era evidente que, en medio de Usi y Eva, y Opra y Michael, había un aura delicadamente melosa que los fue envolviendo poco a poco.

Dirk era amigo y vecino de casi toda la vida de esos dos matrimonios con los que tomaba café dos veces por semana. Y fue él mismo quien les presentó a Martina al poco tiempo de haberle vendido la casa en la que ella vivía, hacía ya varios años. Dirk enviudó cuando sus dos hijas eran aún muy pequeñas. Nunca se volvió a casar. En lugar de eso, cuidó de ellas y trabajó muy duro rentando y remodelando casas. Con los años empezó un pequeño negocio de bienes raíces, mismo que llevó a Martina hasta las puertas de su establecimiento. Ahí comenzó su larga amistad que culminó con una propuesta matrimonial muchos años después. Yo aún me encontraba en Alemania cuando esto sucedió. Me llenó de felicidad y esperanzas su larga y paralela historia, que

culminó en un amor que condujo al invierno a las puertas de la primavera.

Sería una boda religiosa con una recepción sencilla a la cual yo no podría asistir. El avión que me traería de visita a Puebla por dos meses salía una semana antes del casamiento. Me dolió mucho no poderlos acompañar. Algo me decía que no los volvería a ver, pero me deshice de esos temores con muchos esfuerzos por el miedo supersticioso de traer a la realidad mis presentimientos.

Esos dos meses se me fueron tan rápido como dos semanas. Lo primero que hice al regresar un lunes por la noche, fue dormirme con el firme propósito de reencontrarme con mis entrañables amigos, ahora formado por tres matrimonios felices. Quería verles otra vez, mirar las fotos de su boda, mirar sus caras de un amor que desafió al tiempo y se burló de las arrugas y los pasos cansados.

En su lugar, sólo me encontré con cuatro rostros ensombrecidos y resignados con el destino cercano rondando sus puertas.

“Ella murió.” Con un inglés mezclado con su idioma natal y la ayuda de mi diccionario, me contaron los hechos. Lo que entendí fue que la boda se llevó a cabo tal y como se había planeado, y que Dirk le había regalado a Martina un viaje de bodas a España. Pero primero irían a Polonia a visitar al hijo de ella, que por cuestiones económicas no había podido asistir al enlace matrimonial de su madre. Martina tenía la ilusión de volver a ver a su hijo y a sus tres nietos adolescentes.

La vida la premió con un nuevo amor y le concedió su deseo, pero no le otorgó ni un día más. Aunque la coronó con el sueño de los justos: su corazón se detuvo mientras dormía al lado de Dirk en la noche del mismo día en que llegaron a Varsovia.

Una semana como marido y mujer fue lo que el tiempo les concedió de gracia. A los seis días de sus nupcias, partieron rumbo a Polonia, de donde habría de regresar dentro de una pequeña urna de madera.

Según las palabras de Michael, Dirk no salía de su casa. Sus hijas lo procuraban mientras él pasaba la mayor parte del día acostado en su cama con su inseparable urna de madera y una foto de Martina sobre la mesita de noche. Como esperando paciente a que su esposa de la sonrisa permanente fuera por él, acompañada de la misma muerte que se la había llevado a ella.

¡Turca o española, pero nunca mexicana! Así me veían en el mundo alemán. Por más que me esforcé por convencerlos de mi origen latino, jamás lo conseguí del todo. La gente siempre dudaba de mis palabras cuando les decía que había nacido en México. El colmo de los males lo viví cuando asistí al partido entre México y Brasil en la Copa Confederaciones.

Caminaba al lado de Jörg frente al estadio en Hannover dos horas antes del gran partido. Por cierto, fecha memorable para México y los amantes del fútbol: aquella tarde del 19 de junio de 2005, México vencía a Brasil, todavía campeón del mundo, por una diferencia de un gol a cero en el segundo tiempo.

A nuestro paso nos topábamos con todo tipo de personajes. Todos con el ardor futbolístico del momento. Alemanes vestidos con la camiseta brasileña, mexicanos gritando: “¡Sí se puede, sí se puede!”. Y, por supuesto, brasileños y brasileñas llevando su carnaval por las calles de Hannover, con sus sinuosas mujeres que hipnotizaban miradas propias y extranjeras batiendo y meneando sus caderas, apenas sostenidas por unas diminutas cinturas, y asentadas en un par de portentosas piernas que no se cansaban de danzar sobre sus puntas.

Un grupo de siete nortños mexicanos llamó mi atención. No se movían del mismo lugar: un pequeño muro de varios hombres separados entre sí, simulando una valla alrededor de uno de esos jardines que abundan por esas tierras. Mis “paisanos”, estaban felices, con la bandera tricolor dibujada en las mejillas, los típicos y exagerados sombreros de campesino (que bien pueden guarecer de un buen chubasco a dos personas), el tequila en una

mano, la gigantesca matraca en la otra y las obligadas playeras verdes del equipo mexicano. Cantaban eufóricos, y ya medio borrachos, una rara mezcla entre el *Cielito lindo* y *El rey*. “¡Ay, ay, ay, ay!” , gritaban como mariachis. Al vernos pasar a Jörg y a mí, nos llamaron entre gritos, señas y risas. “¡Ven para acá, güerito! ¡Tómanos una foto! ¡Mira, hasta nos vamos a tomar una con tu novia, antes de que se enoje! ¡Porque cuando le ganemos a su país, ya no nos va a querer!”

Hasta en mi propio país me han confundido algunas veces con costeña, lo cual me parece un tanto exagerado, pero ¡brasileña! ¡Ja! La comparación me hizo reír mucho, y me divertí aún más cuando mis compatriotas se disculparon conmigo por el error. “¡Ay, señora, disculpe usted, no se vaya a molestar!” “¡No, si lo que me molesta es no haber tenido ni la mitad de uno de esos voluminosos traseros que andan sacudiéndose a lo largo de toda la avenida! ¡Mírenlas, danzando como si estuvieran en su sambódromo! ¡Y miren los ojos de mi marido, danzando detrás de ellas! ¡Nunca lo había visto tan despierto!”

Las carcajadas cómplices entre ese grupo de regiomontanos y yo me recordaron de qué estaba hecha. La mirada glacial y estupefacta de Jörg no alcanzó a congelar ese momento de identificación entre paisanos. Nos tomamos la foto del recuerdo y nos despedimos deseándonos suerte; no sé si por el partido, o por todo en general.

“¡Adiós, güero, y ya no te enojés!” Jörg tomó mi mano y empezó a caminar de nuevo. Levantó el brazo derecho, y echando la mano hacia atrás y luego hacia abajo, pronunció su vocablo favorito: “¡*Ach!*”

Fue una tarde inolvidable para mí en Hannover. Tan inolvidable como todos los días que visité sola, o acompañada, cada ciudad alemana.

Mi relación era ya muy triste y Jörg se había convertido en un autista por decisión, que sólo me hablaba para lo más mínimo.

Pero Alemania sin él era maravillosa; todo lo que ofreció a mis sentidos fue inolvidable, intenso, medicinal y muy aleccionador. Me rescató de mí misma cuando estuve cerca de convertirme en una alcohólica encerrada en mi departamento sin hablar con nadie. Fueron meses de frío, silencio y soledad que anestesiaba con el vino tinto de las mesas alemanas.

Me sostuve de cada botella con el autoengaño de que eso era lo que ahí se tomaba. Por eso recuerdo ese partido en Hannover, y no porque yo sea fanática del fútbol. En realidad lo alucino, pues por casi veinte años seguí cada partido, cada liguita, cada jugada, cada repetición y cada comentarista, para tener contento al papá de mis hijos. Aunque nunca lo conseguí, ni con eso ni con nada. Ésa es la razón por la que las voces del *Perro* Bermúdez y Toño de Valdés son las únicas que no quisiera volver a escuchar en lo que me resta de vida.

Pero el México-Brasil era distinto. Estaba envuelto en la magia que me había llevado tan lejos, en el pequeño restaurante donde tomaba mi cerveza una hora antes de que diera comienzo el partido. Rodeada de extranjeros en esa pequeña villa que albergaba a mis espaldas un hotel y una gran plaza, veía a mi derecha el enorme estadio, y al frente un generoso y ancho lago con una fuente en el centro, rodeada de plantas acuáticas bañadas por altos chorros de agua.

Agradecí el silencio desganado e indolente de ese *Káiser* convencional que olvidó las palabras de amor y las cambió por breves saludos en las mañanas, las tardes, y una que otra noche.

Me sentí libre al percibir con toda mi conciencia el viejo mundo que había conquistado. Como libre me sentí cada vez que con mi mapa buscaba caminos nuevos conduciendo mi coche, o me subía al tren para conocer otra ciudad.

Así, en ese moderno estadio repleto de alemanes vestidos con la playera verde-amarela, de cientos de samberos y monumentales mujeres de bustos discretos y caderas oscilantes, me sentí más

mexicana, más liberada que nunca. Ahí, verdaderamente lejos de lo mío, acompañada por varias centenas de paisanos que, pese a mis dudas, sus canciones, su bullicio y su alegría se impusieron de manera estelar y dominante por sobre ese aparato de fama y superioridad carioca.

El himno nacional de México se me anudó en la garganta, y la euforia se me escapó travestida de lágrimas en el segundo tiempo, cuando ese mar de hombres y mujeres verdes y amarillos se rindieron ante el embrujo futbolístico inhabitual de los mexicanos. El *Cielito lindo* en la media lengua de los alemanes inundó el estadio y se derramó por las calles aledañas y por la plaza. Y, si mis cálculos no me fallan, aquella explanada germana fue la anfitriona de esa fiesta mexicana que albergó alrededor de dos mil personas blancas, mulatas, negras y morenas. Yo estaba parada en lo alto de las escaleras que conducían al festejo. Decidí permanecer ahí y abarcar con la mirada ese festín de canciones y hermandad inusitadas. Disfruté por largo rato del escenario mientras Jörg me esperaba, apático, en la *Biergarten*³ con su cerveza en la mano y la vista clavada en algún punto del lago.

De pronto, a mi izquierda, llegó un contingente de seis caballos, montados por dos mujeres y cuatro hombres vestidos todos de charros. Una de ellas llevaba la bandera mexicana y detrás los escoltaba un nutrido mariachi con su tradicional traje negro de gala. ¡No sé de dónde los sacaron ni cómo lo hicieron! ¡Pero ahí estaban! Descongelando con el embrujo del folclor mexicano a los últimos alemanes que aún se resistían, parados con sus caras serias en los alrededores de esa verbena, a participar de esa feria de tres culturas.

Yo los miraba sentada en los escalones, cantando en voz baja y a veces en voz alta. Me sentí orgullosa de hablar ese idioma, oficial en más de veinte países. Y de ver que, hasta los que no lo hablan,

³ Cervecería.

pueden cantar aunque sea fragmentos de canciones mexicanas. Como aquel holandés que se ganaba la vida en una esquina de las calles de Bielefeld, donde yo vivía, cantando: “La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar, porque no tiene, porque le falta, marihuana qué fumar...” ¡Sólo cantaba ese estribillo, era el único que se sabía! Pero con eso y un sombrero de charro un jorongo, y una guitarrita, se hacía rodear los fines de semana por un grupo de al menos veinte personas que le llenaban un botecito con monedas de uno y dos euros. Hasta yo alguna vez cooperé con un euro después de haberlo escuchado. ¡Si se hubiera sabido toda la canción, le hubiera dado mucho más!

Terminé mi cerveza y me puse de pie. Estaba contenta por todo lo que mis ojos habían visto, por lo que había escuchado. Por todo lo que me hizo sentir viva y me permitió tocar una vez más las alas de la libertad.

Noviembre de 2010

Mi tendencia a rebelarme siempre sobre las conductas que me parecían injustas o atrasadas, y mis propios bloqueos ocasionados por una educación marcada por la sobrevaloración masculina y el menoscabo de la femenina, acabaron en una separación total. Pues no sólo terminé con un matrimonio que hacía muchos años me dañaba, también rompí con mi familia por un tiempo, y desde luego, con muchos esquemas mentales que me impedían avanzar en mi salud emocional. Tomé distancia, tuve que hacerlo. Me fui dando cuenta de que era yo quien, en realidad, siempre podía elegir.

Las razones que tuve fueron muchas. El amor se me fue acabando a medida que las exigencias, los engaños y la falta de comprensión se hacían más fuertes. Tenía muchos anhelos e ilusiones en lista de espera. Y poco a poco se fueron convirtiendo en imposibles, en deseos inalcanzables para una mujer en su calidad de esposa. Siempre supe que una mujer, antes que nada, es un ser humano con capacidades, habilidades y sueños. Pero, al lado de tu padre, jamás encontré ni la comprensión ni el apoyo, y mucho menos el respeto a mi

persona y al derecho de ser no solamente madre. También deseaba terminar una carrera y ejercerla. Deseaba poder leer mis libros con libertad, sin necesidad de ser criticada por tu papá...

Regresé al lado de mi autista de ojos azules. Sin decirme una palabra, se puso de pie y comenzó a caminar hacia el estacionamiento. Yo, como siempre, le seguía unos pasos atrás. Sus piernas largas avanzaban un paso por dos míos, nunca lo pude alcanzar. Pero ése era el ritual entre nosotros desde que llegamos a Alemania: él me esperaba en el bar que había en todas las salas de cine (yo siempre entraba sola), o me esperaba afuera de las tiendas, o del museo, o de la catedral de Colonia. Cuando me veía venir, sólo se ponía de pie y caminaba. A veces lo hacía tan rápido, que me esperaba una o dos esquinas más adelante, y al tenerme nuevamente a su lado, emitía su gutural vocablo: ¡*Ach!* y volvía a caminar...

Cuando vivíamos en Puebla, jamás caminó sin mí a su lado, y nunca me ignoró ni miró a través mío, como si fuera transparente.

Mientras lo seguía, miraba su espalda enfundada en su chamarra de piel negra favorita, comprada en Argentina. Sus cabellos rubios y despreocupados abajo de la nuca, las manos escondiéndose del frío en las bolsas de sus *jeans*. En esos momentos me pregunté: ¿por qué siempre que lo hacía, dejaba el dedo meñique de su mano derecha fuera de la bolsa? Como si fuera el único que sufriera de calor o claustrofobia.

Un hombre raro al que ya no entendía. Hasta su figura era encorvada, como un signo de interrogación humano que caminaba por las calles alemanas, exhibiendo en silencio el misterio de su vida. Un gran acertijo imposible de descifrar.

¿En qué momento del vuelo habrás cambiado? Me pregunté. ¿Sucedió durante todo el trayecto? ¿O cuando bajaste del avión recién llegados de México? Lo cierto es que, sin explicación alguna, en tu cama de Alemania nunca más volví a sentir tu calor. Si yo fuera tú, me enamoraría de mí.

El *Káiser urbano* me escudriñó de soslayo, como si hubiera escuchado mis pensamientos. El color de sus ojos era de un azul claro, tal vez por el hielo polar de sus pupilas. Cuando me observaba de esa manera, el frío alemán era juego de niños comparado con el glaciario de sus miradas. Pero esa noche estaba tan llena de entusiasmo, que nada podía entumecer el espíritu de libertad que revoloteaba en mi mente.

Sí, soy libre. Nadie que viva en una cárcel de esquemas llega tan lejos. Pensé. Pero, de alguna manera, ser libre significa estar solo.

Me sabía de memoria las calles que rodeaban la casa donde vivía en la pequeña ciudad de West Alle en Bielefeld, Alemania. Caminar en ellas era la única manera que había para mí de tener contacto visual con otras personas. Pero recorrerlas en cuarenta minutos era toda la libertad de que podía disfrutar cada vez que salía del encierro en el tercer piso de la casa de los padres de Jörg. Era un departamento pequeño de una sola recámara que, a la vez, servía de despacho y sala de televisión. Fue nuestro hogar mientras nos mudábamos a nuestro nuevo departamento en el centro mismo de la ciudad. Una habitación grande, dividida por un muro central que convertía el área de la puerta de entrada en un modesto recibidor que albergaba, del lado izquierdo, un amplio y moderno baño. En él, destacaba un techo inclinado que tenía una diminuta ventana por la cual se podía mirar únicamente al cielo. Al otro lado del muro cohabitaban en armonía la cama matrimonial, el despacho y la salita de tv. La mitad del techo era inclinada también. La terraza, que daba justo frente al escritorio, dejaba entrar a través de sus grandes ventanales las montañas con su bosque de pinos y árboles vestidos de todas las tonalidades de verdes, naranjas y amarillos. Invadidos casi idílicamente por los rojos de los sangre libanesas de follaje generoso que se colaban entre ese mar verde y dorado.

Cada vez que miraba esos oasis de rojo quemado recordaba el jardín de la que había sido mi casa de Cholula, en los tiempos

de mi primer matrimonio. El centro de un macetón, alto y muy ancho, era el nido donde crecía poco a poco un incipiente árbol de casi dos metros y de follaje rojo como el vino. En aquellos tiempos llené mi jardín de plantas: cipreses, un laurel, una yuca, un limonero que con el tiempo terminó dando naranjas (me vendieron gato por liebre), y un sangre libanesa que planté en una esquina, donde terminaba el pasto y comenzaba el andador de piedra; coloqué la maceta para que flanqueara la entrada de la sala junto con dos ángeles de cantera rosa, custodios de la entrada de piedra volcánica con su pesada puerta de madera, y de todo lo que había dentro, y de todo lo que había en mi vida. Una de mis grandes ilusiones como jardinera oficial de aquel pequeño vergel familiar era la de llegar a disfrutar de un robustecido árbol de tronco más grueso con ramas abigarradas de hojas color tinto. Pero los bosques de cuento alemán me dejaron sin aliento en comparación con mi pequeño árbol, que era apenas una rama en ese mundo de gigantes de color rojo.

El mundo se abría para mí a cada mirada y a cada paso que daba; el tamaño de todas las cosas aumentaba en dimensiones y en número. Caminaba sola, al otro lado del mundo, como lo había hecho antes en mi reducido mundo mexicano. Rodeada de una belleza inusitada, pero siempre sola; en otra cárcel de puertas abiertas, de falta de escucha, de miradas que se dirigían hacia otro lado, y de cansadas permanencias. Hermosa y nueva, pero cárcel.

Una mañana, Jörg me llevó a conocer un zoológico en medio de un parque nacional que conservaba algunos vestigios prehistóricos. Los animales en cautiverio habitaban grandes espacios, y otros, grandes extensiones de bosque. Nosotros caminábamos en silencio mientras algunos bisontes y otros animales aparecían a nuestro paso. Yo quería decir algo, tomar de la mano a mi esposo, abrazarlo, ipero siempre caminaba tan rápido! ¡Los bisontes resoplaban y tenían un repertorio de sonidos para comunicarse entre sí, mayor que el de Jörg! Él sólo sabía decir *iAch!*

Metí las manos enguantadas en las bolsas de mi abrigo y me resigné a disfrutar del paseo, como un perro manso al que su dueño lo saca a estirar las patas en una larga caminata.

Por unos minutos me olvidé de mi excursión de mascota solitaria para poner todo mi interés en un enorme oso *grizzly* que caminaba de un lado a otro en medio de un pastizal. No había jaula que lo aprisionara, y tampoco había ninguna cadena que rodeara alguna de sus patas. Únicamente una especie de cabaña de madera que le servía de refugio y de descanso. Supongo que para las horas en que el sueño y el hambre lo obligaban a detener su ir y venir eterno y repetitivo en un área no mayor de tres metros. Iba y venía de un lado al otro. Yo lo miraba a treinta metros de distancia recargada sobre una barda de madera que me daba a la altura de los codos.

Me preguntaba si las autoridades estarían conscientes de que aquel enorme animal podría cruzar o derribar la débil barda. Pero nada, no paraba de dar vueltas sobre la tierra, mientras sus tozudas pisadas movían siempre con la misma cadencia el precioso pelo que lo cubría. La luz del día formaba pequeños reflejos blancos que delineaban su enorme cuerpo y ponían al descubierto los tonos rojizos y cafés de su pelaje.

Una voz femenina me despertó de mi embelesamiento; el uniforme que usaba la mujer de unos treinta y cinco años me indicó que era una de las guardabosques del lugar. Le respondí en inglés que no hablaba alemán. Lo único que entendí fue algo sobre la historia del oso. Entonces me llevó al extremo de la barda, donde se encontraba un letrero que contaba la historia de ese desafortunado espécimen. Me hizo la traducción al inglés y, con una cara muy sonriente, me dijo: “Mí no español”. La historia era más o menos así: el oso había crecido en cautiverio; fue llevado junto con su madre para servir de atracción en un circo, y, siendo apenas un cachorro, fue encerrado en una jaula de dos por dos a lo largo de varios años. Esto provocó un desajuste en su cerebro que lo

imposibilitó para devengar en el espectáculo circense los costos de su manutención. Lo único que hizo por años fue dar vueltas en el interior de su jaula, que se convirtió en su único espacio vital. Cuando quisieron amaestrarle ya era demasiado tarde. Cada vez que lo sacaban de su cautiverio, simplemente continuaba caminando de un lado al otro en el perímetro imaginario que había quedado grabado en su cerebro. Finalmente fue donado al parque zoológico, donde pasará sus últimos días así, en su cárcel mental de dos por dos, girando de aquí para allá en un vaivén que terminará hasta el día de su muerte.

Los imponentes árboles rojos me mostraron que el mundo es más grande; el oscilante *grizzly* me dejó una gran lección: mi cárcel tenía las puertas abiertas, mientras yo vagaba de un espacio a otro dentro de mi mente. Ese día decidí salir de ella y conocer las tierras a las cuales llegué siguiendo a un nuevo amor.

Eran las seis quince de la mañana. Un lunes gris y frío como el martes, y como todos los días de la semana. Jörg estaba nuevamente de viaje de trabajo y yo me sentía descongestionada, como cada vez que él se ausentaba. Eran las únicas ocasiones en que su gélida mirada y el frío de sus silencios no me aplastaban.

Caminé casi cuatro calles hasta la estación del tren. En el paradero de espera aguardaban esas cuadradas y siniestras máquinas con sus burlones botones de colores, esperando mofarse de mí en el instante en que quisiera obtener de ella un boleto de tren a cambio de unas monedas de uno y dos euros. Llegué con tiempo de sobra a la estación, previendo que uno de mis primeros pasos a mi nueva libertad era, justamente, vencer el miedo a esas horrendas máquinas que tapizaban el país entero. Necesitaba tiempo de sobra para encontrar la manera de comprarle a ese robot mi boleto con dirección a Múnich. Jörg me había dicho que el tren salía a las siete, pero que tenía que esperar a que él pudiera llevarme porque yo no podría llegar hasta allá en un viaje de seis horas, sola, y sin

saber siquiera comprar un boleto. La imagen del oso me llenó de rabia la garganta y me prometí en silencio oscilar como él, de un extremo a otro, pero a lo largo y ancho de todo el país, y más allá de sus fronteras. Hasta donde el tiempo me alcanzara.

El miedo y la vergüenza me obligaron a permanecer por unos minutos parada frente a la perversa máquina, que me esperaba con las ranuras para las monedas como si fueran los ojos entrece rrados de un villano. Sólo rogaba al cielo que no llegara nadie en ese momento y se diera cuenta de mi torpeza.

Al fin entendí las tarifas y para cuántas estaciones me serviría el boleto. Oprimí el botón que marcaba el número dos euros, que representaba cuatro estaciones, mientras el corazón acelerado hacía retumbar sus latidos dentro de mi cabeza. El calor de mis mejillas me dio la seguridad de que me había sonrojado, ¡pero al fin tenía mi boleto! ¡Los boletos del metro mexicano con toda seguridad no eran tan intimidantes como los boletos alemanes! Di gracias al cielo de haber estado a solas en mi primer examen del uso de mi nueva libertad. Pero, de pronto, el estómago se me contrajo, y un nuevo susto me hizo sentir el corazón en mi garganta: ¡el tren también tenía otra máquina siniestra que mantenía la ranura para checar los boletos medio cerrada para dificultarme las cosas! Ya me había subido en repetidas ocasiones al tren, pero en compañía de Jörg, y siempre había visto que él checaba los boletos, pero saber que alguien hacía esas pequeñas cosas por mí, me alejó de observar con atención para cuando me tocara hacerlo por mi cuenta, nunca pensé en esa posibilidad. ¡Pero la necesidad es el detonante perfecto!

Seis cincuenta de la mañana, una joven de unos veintitrés años llega a la estación y se para junto a mí. No saludó y miraba constantemente el reloj que colgaba de un poste. Al igual que ella, me di cuenta de que el tren llegaría puntual a su cita con la estación como todos los días. Tenía el tiempo encima y no debía esperar más para hacerle la más tonta pregunta que había hecho en toda mi vida: ¡la de saber cuál de las dos caras del boleto debía poner

hacia arriba! La joven me miró con una expresión tranquila y tomó el papel, lo giró, y me lo entregó. Me sonrió al tiempo que yo le decía: *Ich come aus Mexico* (Soy de México, o vengo de México) ¡*Ach, Mexico!* ¡Tequila! Volvió a sonreír y yo le devolví la sonrisa sintiéndome la cuarentona más tonta del planeta.

El tren llegó después de cinco minutos tan largos como cinco horas, que fue el tiempo que duró el eterno silencio después de habernos sonreído la última vez.

Dejé que ella entrara primero que yo, un poco para fijarme en la manera correcta de verificar el boleto, y otro para evitar la pena de que notara mi inseguridad. Pero cuando una se cree inútil, imuy seguramente lo será!... Intenté introducir el boleto con el lado de color lila hacia arriba, justo como la chica lo había puesto en mis manos, pero mis nervios no me dejaron y algo hice tan mal que, simplemente, la pequeña caja intimidatoria no marcó mi boleto. La chica de la estación miró la escena, se regresó y checó por mí. Me devolvió el pedazo de papel con las marcas de tinta negra que indicaban que ya sólo lo podría usar en tres estaciones más. Pero mi libertad había empezado ahí, en el momento justo en que miré la espalda de la joven por última vez cuando se dirigía a su asiento al fondo del moderno vagón.

Las casas y los edificios pasaban al lado de mi ventana, y un pequeño bosque con su lago de cisnes citadinos, cuyos vecinos eran la estación del metro y el gimnasio al que asistiría en próximas fechas, una vez que nos fuera entregado el departamento que estábamos por rentar. El callejón que comunicaba a la calle de mi restaurant-bar predilecto: el bar Casa. Probablemente su nombre en español o el trato familiar y amistoso de los dueños, un par de turcos muy trabajadores, convirtieron al recinto en mi refugio de aquellas noches en que Jörg me hacía seguirlo hasta ahí, después de la función de cine, en donde yo siempre entraba sola mientras él me esperaba en el bar de la sala. Nunca dejaron de causarme cierta extrañeza las salas cinematográficas alemanas, cuyas dulcerías convivían de

manera democrática con sus alegres bares abarrotados de clientes que esperaban su turno para ordenar una cerveza, mientras otros ocupaban las mesitas fumando como chimeneas y sosteniendo su tarro en la mano. Como Jörg, que llevaba a cabo la misma acción ritualista de cada miércoles sin hablar con nadie y con la mirada clavada en ninguna parte. Cuando la función terminaba, él emprendía su silenciosa caminata conmigo a un lado. Las calles se me hacían largas cuando lo veía llegar a la primera esquina ya sin mí. Caminaba de prisa como si fuera solo. Se le había hecho una costumbre dejarme atrás mientras él caminaba a su propio ritmo, mismo que le permitía llegar con antelación al bar donde esperaba en la barra a que yo llegara para sentarme a su lado. Mis amigos turcos me aligeraban la carga hablándome de Estambul, de la familia que dejaron allá, de sus esposas que los acompañaron, de sus hijos, de sus costumbres, de su nueva casa. De todo. Es curioso, pero Alemania me regaló varias amistades turcas y muy pocas alemanas.

Se me acabaron las estaciones del tren ciudadano; mi boleto de la libertad había caducado, pero, por fortuna, las endiabladas máquinas dejaron de ser siniestras.

Cuando bajé del vagón, me di cuenta de que debía preguntar por la forma correcta de llegar a Múnich. Me alegré mucho al ver que dentro de la estación subterránea había varios establecimientos comerciales. Uno de ellos era una tienda de regalos y ropa atendida por un matrimonio turco que, a todas luces, se veía que eran los dueños. Me acerqué a la mujer que vestía *jeans*, suéter negro y un velo que cubría su cabeza entera y dejaba al descubierto parte de la nariz y los ojos color aceituna. En pocas palabras le dije que me dirigía a Múnich y que no sabía cómo llegar. Entre ella y su esposo me explicaron con detalle, dibujando un pequeño mapa para llegar a la terminal del autobús que me llevaría a mi destino. Con el tiempo, este afectuoso y benigno matrimonio se habría de convertir en parte de los buenos amigos que dejé en esas

tierras. Con frecuencia, callejear e ir de compras a las tiendas de los turcos me llevó a visitarlos en repetidas oportunidades. Tomar café turco con ellos era mi ritual de cada visita. Ruslana me enseñó a prepararlo, ella y Murat, su esposo, lo traían de su país para consumirlo y venderlo. Nos sentábamos alrededor de una moderna parrilla portátil colocada en la parte trasera del negocio. Había que quitarse los zapatos para sentarnos en los cómodos cojines colocados sobre tapetes turcos; la mesita de madera labrada, y su música popular moderna con sus notas orientales e influencia europea, me embarcaban hacia otras dimensiones. La primera vez que ayudé a preparar el café, me sentí como si hubiera saltado en el pasado a un país lejano y a una época desconocida, y me sentí parte de ese mundo. La sensación aún es extraña e indescriptible, y sólo la pueden definir mis entrañas sin voz. El aroma del café y los inciensos los vuelvo a advertir cada vez que me recuerdo sirviendo agua en la *cezve* (cacerola en turco), con dos cucharaditas de café molido por cada taza. Sin azúcar (*sade*, como ellos lo llamaban). Ruslana cuidaba que no tomara los asientos para poder leerlos y siempre me decía que volvería a casarme.

Eran las dos de la tarde cuando el autobús arribó a la terminal de Múnich. Durante todo el trayecto observé con detenimiento cada detalle del campo. Era como haber entrado a la campiña de un cuento de hadas con sus bosques y castillos medievales pintados de colores muy vivos. Las ciudades eran simplemente perfectas, sus paisajes antiguos y modernos se mezclaban de manera casi imperceptible, y el estilo gótico de las edificaciones antiguas ejercía una soberanía noble que nunca opacaba la presencia de la arquitectura moderna.

Salí de la nueva estación con un sentimiento de euforia y triunfo. ¡Había llegado ahí, tan lejos! Cuando me divorcié del papá de mis hijos, no sabía qué hacer y hacia dónde ir.

Nuevamente me encontraba sin saber a dónde dirigirme, pero aquella vez el horizonte me regalaba un sol que apenas despuntaba,

brindándome la seducción de viajar en la vida ligera de equipaje. Significaba que podía ir a todos lados, sólo tenía que decidir hacia dónde caminar.

Por una superstición casi tradicional, me encaminé hacia el lado derecho. Al llegar a una esquina me encontré con un mapa de la ciudad, donde hallé lo que no sabía que buscaba: la plaza principal. La famosa Marienplatz o plaza de María. Hermosa y llena de historia. Las esculturas y la torre del nuevo Ayuntamiento eran de estilo neogótico, según lo escrito en las placas informativas. ¡Floté por primera vez! Parada en medio de esa enorme explanada recordé los portentos que mis ojos habían mirado para vagabundear de un lado a otro de mi memoria: la línea perfecta que se dibuja en el cielo cuando el avión se acerca al otro continente, dejando ver en el horizonte el día y la noche; el mar que detiene su oleaje por algunas horas, como si fuera un lago gigantesco donde los lugareños más diestros pueden llegar a pie, caminando sobre una cama de arrecife, a las islillas que se encuentran frente a la costa del frío mar del Norte, y caminar vestida de esquimal para guarecerme del frío polar en sus playas soleadas, mientras algunos bañistas locales me miraban divertidos; las veinticinco obras de Rembrandt exhibidas en el museo Van Gogh de Amsterdam; los cientos de puentes del río Amshtul que cruza la ciudad holandesa, su museo del sexo, la espectacular mareada que me metí con el humo de decenas de cigarrillos de marihuana en uno de los múltiples bares de Amsterdam con licencia. ¡No tuve que fumar ni uno! Aspirar el humo de los demás fue suficiente para salir de ahí con los oídos huecos, las imágenes desproporcionadas, una risa incontrolable y sin razón, y después, ¡un hambre bárbara! Y qué decir de aquel mechón en mi frente que se congeló sin darme cuenta mientras caminaba a la parada del tren, y que se partió en dos cayendo al piso cuando, sin saber lo que sucedería, intenté hacerlo a un lado de mi cara. Lo levanté embobada y atónita. ¡Era un pedacito de hielo alargado de cabellos negros! La risa de niña se me escapó de mi disfraz de señora sensata y formal.

Inmovilizada con mis recuerdos fantásticos, y emocionada por los que estaba a punto de adicionar a mi lista, un golpeteo musical de campanas me hizo apartarme de mis pensamientos y buscar con la mirada el lugar de donde provenían. ¡Qué prodigio de la creación humana! El espectáculo musical de más de cuarenta campanas y más de treinta figuras del famoso reloj musical de Múnich: el Glockenspiel. ¡Si la vida se me hubiera terminado ahí, marcada por las campanadas musicales de la Marienplatz, hubiera muerto feliz! Sin embargo, la única muerte que presencié fue la de la tristeza, ¡y eso me puso muy feliz!

Me comí la tarde y la plaza de María, con su torre del campanario de la Peterskirche, a la que arribé después de subir por una infinitud de estrechos escalones para tener a mi alcance una espectacular vista aérea de la Marienplatz. El sudor me escurría por el cuello, pero agradecí esa oleada de calor que me hizo deshacerme por un rato del frío, parada en lo alto de la iglesia más antigua de la ciudad. Desde ahí pude admirar las cúpulas de color verde de la catedral de Nuestra Señora (*Frauenkirche*). Pregunté si ahí también se permitía subir a la torre, y la joven que estaba a mi lado me dijo que no sólo estaba permitido, sino que me lo recomendaba muchísimo, sobre todo la torre del lado sur, desde donde la vista de la ciudad y los Alpes es espectacular.

La chica me había dicho la verdad, y el cielo fue muy generoso al arrinconar sus nubes para que pudiera ver las cumbres cubiertas de nieve que con tanto recelo esconde.

Cuatro horas de caminar de aquí para allá, como el oso, siendo fiel a mi promesa. Economizando, manteniendo a raya a mi apetito con la distracción de un *bretzel*, luego una cerveza, más tarde una rebanada de pizza y, para el camino, galletitas de amaranto y cacahuete que había llevado conmigo desde mi casa en Bielefeld. No fue nada difícil, pues mis sentidos tenían más hambre de aventura, y el asombro y la fascinación abastecieron del alimento que me devolvió el sentido de vida.

Cuando regresé a casa pasaban de las doce, y el frío me congeló la piel de los muslos a través de mis pantalones, pero era la primera vez que caminar sola hasta la casa en medio del frío no me incomodaba. Mi andar entumido fue vigorizado por el calor de los amoríos que acababan de surgir entre las andanzas, las nuevas conquistas y yo.

Issa Dettmann, la madre de Jörg, una mujer dulce que lloraba la mala relación entre ella y su hijo, me recibió con un abrazo en la puerta. Como una madre preocupada por la hija que aún no regresa. Nos sentamos en su cocina y, mientras nos tomábamos un chocolate caliente con galletitas, le platicué mi travesía. Me escuchó con mucha atención, su inglés y el mío eran muy compatibles, y el diccionario alemán-español que ella había comprado desde mi llegada fue de gran ayuda. Nos dimos las buenas noches en alemán: *Gute Nacht*, llevándome su promesa de enseñarme a usar los mapas para cuando Jörg me dejaba el coche por dos o tres días, cada vez que salía de viaje de trabajo, y así poder viajar por carretera para seguir en mi redescubrimiento de las tierras alemanas.

Las aventuras no pararon y las historias tampoco: manejé en la nieve, me perdí, reencontré nuevamente la ruta, conocí ciudades, me encomendé a toda la corte celestial cada vez que manejaba en las modernas *Autobahnes* alemanas (pues la velocidad mínima era de ciento treinta kilómetros por hora), recorrí las largas carreteras de baja velocidad que se extendían entre los valles nevados y paisajes de tarjeta navideña, y también las que tenían kilómetros y kilómetros de techos de follaje tejidos por los árboles, que se pintaban de blanco y de los que colgaban cientos de ramas con gotas congeladas en un espectáculo de hielo suspendido sobre la cinta asfáltica.

Así fue mi vida de mexicana perdida entre las sábanas de una cama matrimonial fría y desolada. Reaparecida, reencontrada entre las bajas temperaturas, los paisajes de ensueño, los castillos medievales y la arquitectura vieja y nueva de un mundo que se reinventa a cada instante.

Mi regreso a México se dio en medio de la incertidumbre y el desaliento. La empresa para la cual trabajaba mi marido hizo recorte de personal y dos de sus direcciones fueron fusionadas en un solo departamento. Jörg fue uno de los directores que perdieron su puesto de trabajo, pero tuvo que permanecer en la empresa por tres meses más para cerrar las labores pendientes. Yo me adelanté a Puebla para economizar y buscar una casa para los dos. La intención de mi marido siempre había sido vivir en México, ése era su proyecto más importante. Hoy, con la claridad de la distancia, me pregunto si todo ese asunto del recorte de personal no sería más que una farsa suya para llevar a cabo sus planes de instalarse definitivamente en mi país. Lo único que le hacía falta para conseguirlo ya lo tenía: una esposa mexicana a través de la cual tramitar su residencia.

Mi boda por el civil tuvo detalles tristes. Durante toda la recepción no hizo más que ignorarme y mostrar un interés desmedido por una de mis amigas, quien prefirió abandonar el festejo mortificada por el acoso del recién casado. Todo fue desnudando la verdad: el abandono y la frialdad con que me trató cuando vivíamos en Alemania; el apremio con que me obligó a que hiciera los arreglos de nuestro enlace en Puebla antes de que terminara el 2005, y así poder recibir el reembolso de los impuestos por mi estancia en esas tierras. Mientras viví con él en su país, el desconcierto y la tristeza me envolvían a diario. No daba crédito a su indiferencia después de haber vivido juntos un cuento de hadas en mi tierra. Pero, cuando me adelanté a México para hacer los arreglos de nuestra boda, algo no olía bien. El 16 de diciembre de 2005 celebramos nuestro matrimonio. Para la noche del mismo día, mi corazón se había separado en definitiva de él. La realidad ya no podía darme más bofetadas.

Se regresó a su país sin celebrar noche de bodas; durante toda la recepción bebió como cosaco. De cualquier manera, yo no

hubiera permitido que me tocara con uno solo de sus dedos porque su imagen se me derrumbó como estatua de sal. Los meses siguientes fueron grises. Jörg se comunicaba conmigo constantemente, sus palabras y su actitud eran las de un hombre preocupado por no perder su matrimonio, pero para mí, el lazo que me unía a él había dejado de existir. Jamás volví a creer en sus palabras y el tiempo habría de darme la razón.

Cuando regresó a Puebla para quedarse, intentó reconquistarme, pero nunca lo consiguió; las botellas de alcohol siempre interferían en sus planes. Hasta que, una de esas noches en que me invitó a cenar, envalentonado por la bebida, me agredió verbalmente. Sus gritos y sus insultos se escucharon a través de las ventanillas del auto. Por unos instantes sentí temor de que me propinara un golpe, pero me armé de valor y le advertí el riesgo que estaba tomando si continuaba. Le dejé bien claro, levantando la voz y apuntándole con el índice que no me tocaría el corazón para encarcelarlo si daba un paso más en sus agresiones. El alcohol no impidió que su sentido común desapareciera, dicen que no hay borracho que coma lumbre. Con un portazo se bajó de mi coche dejándome en mitad de la calle con la garganta cerrada por la furia. Apenas podía respirar, mi cuerpo temblaba y las pulsaciones retumbaban en mi cabeza y mi cuello.

Lo que siguió después de esa terrorífica noche no fue más que una serie de eventos incómodos. Fue a dar al hospital, víctima de un ataque cardíaco. El médico que lo atendió me dijo que su corazón no podría soportar ni una gota de alcohol ni un cigarro más. Ahí me enteré de que padecía de afecciones cardíacas serias y nunca me lo había dicho. Igual que me ocultó su alcoholismo, del cual me habló tres meses después de habernos casado.

Me separé de Jörg físicamente, no quería saber de él hasta el momento de nuestro divorcio. Pero, aunque mis ojos no lo vieron, sí supe muchas cosas, muy a mi pesar. Su afán por establecerse en Puebla era casi obsesivo. De modo tal que se entendió con otra

mujer y se fueron a vivir juntos. Era imposible que no me enterara, cuando la mujer con quien se relacionó era nada menos que mi excuñada.

Volví a empezar de nuevo. Monté un negocio de transporte de personal extranjero, en el que yo era la chofer. Tuve una buena racha que me permitió viajar a Miami y comprar tres camionetas, mismas que tuve que convertir en una sola porque el éxito de mi negocio se basaba en mi presencia al volante. Pero la vida da giros inesperados, y lo que hoy representa estabilidad, mañana deja de hacerlo. La competencia de una flotilla de taxis irrumpió contra mi negocio, que no pudo competir contra las nuevas tarifas. Eso, y la amenaza de un cáncer socavaron mis reservas económicas y físicas. Lo perdí todo, empezando por mi salud. Mis fuerzas entraron en quiebra, pero esta vez no me abandonaron, a pesar de las nuevas lágrimas que habría de llorar y de los peligros inesperados que rondaban a mi alrededor. A nadie enteré de mis problemas físicos, hasta ocho meses después de haber tramitado mi cirugía en el Seguro Social. Una semana antes de ingresar al hospital informé a mi familia.

Treinta tumores, y ninguno maligno, fue el saldo blanco de aquella tormenta que se topó de frente con mi fe. Nunca le pedí a Dios que me salvara. Cuando supe que cargaba dentro de mi cuerpo múltiples tumores, y que mis finanzas sumaban la cantidad de cero pesos, entonces aprendí el valor de “soltar” lo que ya no tenía remedio y decidí, simplemente, ser feliz sin el desperdicio de mis energías en lamentaciones. Y muy pocas veces pensé en mi enfermedad, estaba más entretenida resolviendo mi deuda con el banco. Pero yo sabía en el fondo de mi corazón que se darían las condiciones para resolver el asunto de mi salud.

No me equivoqué, un buen amigo, dueño de una empresa para la cual yo trabajé transportando al personal que venía del extranjero, me llamó una mañana para preguntarme si ya no necesitaba

de mi Seguro Social para darle la orden a su secretaria de darme de baja. ¡Lo sabía! ¡Dios no falla! ¡Pensé que esa prestación había desaparecido cuando cerré mi negocio! En unos minutos puse al tanto a Wolfgang de mi situación y, por supuesto, su respuesta fue la que esperaba. Se mostró preocupado y me ofreció mantener mi seguro hasta que los médicos me dieran de alta. Él ha sido uno de los muchos ángeles que han aparecido en mi vida con un regalo divino.

La vida siempre deja huellas, y vivir con intensidad deja algunas cicatrices. Pero esas marcas son solamente para el cuerpo por ser la cárcel que aprisiona el alma. Como esas seis franjas atravesadas por una séptima que llenan las paredes de las celdas, para contar las semanas que nuestra libertad lleva presa, porque no hay vida sin duelo.

Noviembre de 2010

La vida está llena de intentos, de pruebas y errores. Y aunque doloroso para todos nosotros, mis errores me enseñaron que nada ni nadie se podrá comportar de tal manera que cumpla todos nuestros deseos. Aunque éstos no tengan que ver con simples caprichos, sino más bien con el deseo de tener una familia feliz, unida y llena de amor.

Gracias...

Así he decidido empezar con estas líneas. Justo como lo hago por lo menos de lunes a viernes mientras manejo de mi casa al gimnasio. Enciendo el motor y apago inmediatamente el autoestéreo para no distraerme con la música, o algún noticiero que pudiera interferir en mi ritual de agradecimientos, oraciones y peticiones personales que hago a la divinidad única. Gracias por todo... Gracias, gracias, gracias...

Si cualquier católico ritualista, de éstos que sólo encuentran acomodo en el rezo tradicional de Padres Nuestros, Credos y Aves

Marías, escuchara mis diálogos, demandas, bromas, peticiones y demás, dirían que mis plegarias no solamente resultan hasta insolentes, sino también absolutamente inútiles. Supongo que cualquier musulmán, judío, católico ortodoxo o practicante religioso radical, opinaría lo mismo. Y muy seguramente algún extremista islámico ya me habría mandado a apedrear hasta causarme la muerte. Si alguno de ellos pudiera entrar en mi mente en esos minutos de conexión y de alianza con el Dios de todo, y escuchara la voz de mis pensamientos, se indignaría al ser testigo de mi lenguaje desprovisto de postración ante un Dios colocado en las lejanas e inalcanzables alturas de las mentes con protocolos sacramentales. Por fortuna, en mis olvidos se quedaron los “Credos” aprendidos de memoria como si fueran las tablas de multiplicar, y hoy ocupa su lugar un recinto de dimensiones flexibles, donde mis oraciones son recitadas de manera sencilla. Así, con mi lenguaje de palabras muy mías, doy gracias por lo que recuerdo y por lo que ya olvidé. Con las frases fabricadas a mi gusto para decretar lo que quiero, solicito a la Inteligencia divina su intervención para manifestar lo que es mejor para mí y lo que me rodea.

Es un perímetro donde mis solicitudes a veces se transforman en plegarias, otras en encargos, algunas en apelaciones. En otras circunstancias, simplemente es un diálogo, o hago preguntas que la mayoría de las veces me son respondidas en un lenguaje sencillo y claro para mi entendimiento. Mi espiritualidad de ahora conserva muy poco de aquella actividad semirreligiosa de hace casi dos décadas. Cuando mi relación con la Unidad estaba cargada de temores y culpas. Y cuando mi “temor” de Dios y todas mis dificultades y atascamientos me llevaron a romper con su imagen prefabricada de justiciero implacable.

Dos veces planeé el suicidio. El recelo que me causaba una falsa creencia sobre mi libre albedrío me llevó a abortar mi plan perfecto. Aunque no niego que mi deseo de morir, en aquella ocasión, también se vio desdibujado por la imagen inocente de mis

hijos. El agua del W. C. limpió sin dejar rastro las huellas de mi primer intento. Le pedí a mi Dios de aquellos tiempos las respuestas, las señales. Le pedí que me devolviera el amor perdido entre los escombros de las infidelidades y desventajas en que la vida de esposa cargada de ayunos ideológicos, renunciadas y abstenciones, me había colocado. Y sin saber que caminaría descalza sobre una alfombra de vidrios rotos, las respuestas fueron llegando. Pero nuestro amor nunca regresó. En su lugar llegaron más interrogantes, más súplicas y más miedo.

Casi un año después, cuando algunas respuestas fueron tan claras y luminosas que hasta con los ojos cerrados me cegaron, no pude más que verme despojada de mil mentiras. Desnuda ante mi propia mirada, al fin podía ver de frente las cicatrices aún sangrantes de mis impedimentos. De tabúes que no eran míos, pero me pisaban los talones y se confundían con mi sombra a cada intento por deshacerme de ellos.

La determinación llegó, decidida, pero joven. Con la fuerza y resolución de la inexperiencia que nos impulsa por un ideal, una utopía y, a veces, hasta por un beso de amor verdadero.

Con esta osadía empecé a reescribir mi destino, teniendo como único principio el deseo de vivir fuera de ese oscurantismo de mi vida, y como único desenlace, un final feliz cargado de ideas y sueños que muchas veces me aturdían. Mi nueva historia sólo contaba con un principio de cuatro paredes rentadas, donde mis pasos resueltos no tenían claro hacia dónde ir.

Imposibilitada en esos momentos para pensar con claridad, me derretí entre frustraciones y un mundo de “porqués” que reclamaban una comprensión familiar casi ausente. Y un respeto social a mi vida privada que no llegaba.

Sin saber dónde buscar opciones, con hambre y con dos hijos que extrañaba y lloraba con lágrimas secas casi todas las noches, decidí abrir la última puerta que me quedaba. Las pastillas del

sueño eterno llegaron a mi torrente sanguíneo llevando consigo la noticia de la prisión destruida.

El pequeño departamento donde pasé muchas noches sin dormir, se convirtió en el escondite donde la soledad fue mi única acompañante durante el tiempo que planeé la llegada de mi último día. Una sensación de felicidad me envolvió cada vez con mayor fuerza a medida que la fecha se acercaba. Lo preparé como si se tratara de una gran fiesta. La gran fiesta del adiós, del último, donde el lugar del sufrimiento es ocupado por la liberación. Una liberación que festeja la mudanza a una casa hermosa, la mejor.

La primera cosa que aprendí sobre el libre albedrío fue que nadie podía decidir sobre el momento de llegar a este planeta (aunque hay algunas corrientes que aseguran que sí lo hacemos de común acuerdo con otros entes espirituales, con los cuales nos relacionaremos de diferentes maneras durante nuestra estancia en este mundo de seres humanos. Y que estos acuerdos los realizamos en otra dimensión donde no se habita en un cuerpo físico), pero sí podemos elegir el momento de partir. Y si la vida, o Dios, como sea que se llame, no tiene inconveniente, entonces nuestra decisión se llevará a cabo sin mayores contratiempos. La misma corriente que asegura que decidimos nuestra llegada al mundo, junto con otros espíritus, también asegura que no hay nada que un ser humano viva sin haberlo decidido en otro plano astral.

Ese primer gran conocimiento liberador sobre mi derecho a mudarme de mundo llegó a mí después de haber ingerido un coctel de pastillas que me mantuvo sedada por casi una semana, y después de haber conocido la decisión divina de no permitirme continuar con mis planes. Un libre albedrío relativo, igual que la libertad. Tal vez en este asunto de las decisiones libres la única ausencia sea la del pecado.

Creo que la primera respuesta de las alturas era que no era tiempo de partir. No encuentro otra explicación al hecho milagroso

de haberme salvado de ese envenenamiento, del que solamente tengo recuerdos aislados, como algunas imágenes vagas en las que en dos ocasiones camino con dificultad al baño no sé a qué. Supongo que a hacer uso del excusado; tal vez en algunos momentos de mediana lucidez, mi lógica adormecida me indicó que tenía que levantarme al baño para no seguir mojando la cama. Pues, en otro de mis recuerdos me veo palpando las cobijas mojadas y mis pantalones también.

El recuerdo más dantesco es de una de esas visitas al baño. Tomé agua de la llave con mucha dificultad, el agua se me salía de la boca. Al ver mi cara en el pequeño espejo, noté que el lado derecho de mis labios y la mejilla tenían una mueca tiesa que me impedían gesticular. La sensación era como la de la anestesia que queda por largo rato después de haber asistido al dentista.

La tarde que desperté como de una larga borrachera, con la boca seca, un sabor a medicina triturada entre las muelas, y un dolor que me partía la cabeza con una especie de ardor interno que llegaba hasta la frente y abarcaba la cuenca de los ojos, me di cuenta de que mi plan fue abortado por la única mano que esculpió el universo. Habían transcurrido al menos cinco días. Entonces perdí el miedo a rebelarme. Total, si ya me había quitado todo, bien podía arriesgarme a buscar al Dios del universo verdadero, al que crea todo a cada instante, y al que ejerce el equilibrio de todas las cosas.

Con el cuerpo tembloroso me levanté de la cama y me metí en la regadera. Así, con la ropa puesta. Me sentía sucia, frustrada y enojada con Dios. Lloré bajo el chorro de agua mientras soltaba la lengua por primera vez. Me agredí verbalmente por haber tenido miedo de estrellarme en mi coche, o de pintar de rojo un departamento que no era mío. Creo que hasta le idea de mi suicidio era romántica. O quizá quería tener, al menos en mi muerte, el derecho a no morir en medio de un baño de sangre. Miedo, simplemente miedo.

Al fin le reclamé a Dios, destruí su imagen de bondad infinita y castigos perpetuos. Comparé su amor por mí con el amor que tengo por mis hijos, y reconocí mi labor maternal mejor que su propia labor de Padre celestial que cobra su amor con altas facturas.

Rompí con Él, desgarrando su disfraz de redentor intolerante. Le reclamé su abandono y le exigí que me mostrara el camino de verdad. Le pedí una comunicación clara, adecuada a mis capacidades. Sin señales ininteligibles para mí. Demandé su presencia en mi corazón y no en las alturas inalcanzables, ni en los templos donde lucía como un maniquí dentro de un aparador de parroquia. Me arrepentí de haber tratado de creer en su ejército de ángeles, santos y vírgenes, que lo único que consiguieron fue meterme en un laberinto de mediadores y agentes celestiales que intercedieron por mí y hablaron en mi nombre sin grandes resultados. Cada vez lo hicieron más lejano e inaccesible, como el papa mayor del universo, envuelto en un traje de luces cegadoras y sentado en un gran trono de estrellas. Con una expresión de falsa misericordia, y custodiado por un ejército burocrático de seres iluminados.

Lo reté a manifestar su verdadera identidad escuchando paciente a una hija que deseaba comunicarse con el Dios de amor, desprovisto de su aura de superstición que sólo me generaba miedo y rabia. Le exigí que soportara todo lo que pensaba de Él, pues de una vez por todas tenía la obligación de mostrarme su amor comprendiendo y tolerando el miedo que ya le había perdido.

Demandé que bajara a la tierra y se sentara a mi lado haciéndome sentir que todo iba a estar bien. Después de todo, violó mi derecho a morir en el momento en que yo así lo había decidido. Lo culpé de todo lo que me pasaba; por el dolor de mis hijos y por el mío. Por haberme dejado creer y temer todas las mentiras que se contaban de Él. ¿Qué clase de Padre eres que te regocijas con mi dolor? ¿Qué clase de Dios es aquel que permite amarlo y temerlo? ¿Qué clase de Dios eres que permaneces inmóvil mientras me muero por dentro y me voy quedando sin nada? ¡Sin visión, sin

familia, sin hijos, sin justicia, sin tu luz, sin fe, sin ti! ¡Cumple con tu deber y muéstrame hacia dónde debo ir, ya que no respetaste mi deseo de largarme de aquí! ¡Enséñame quién eres en realidad! ¡Demuéstrame que no es verdad lo que se dice de ti! ¡Eras lo único que me quedaba! ¡No te vayas, regresa! ¡Pero sin rezos, sin túnicas y sin máscaras! ¡Permíteme hablar contigo sin intermediarios, con mis palabras, con mi cansancio y con mi rabia! ¡Demuéstrame que no estoy sola!... ¡Quédate conmigo, por favor!...

Lloré mucho, hasta que me cansé. No sé cuánto tiempo estuve bajo el chorro del agua, pero el frío me distrajo de mis protestas. Me metí a la cama después de haberme cambiado la ropa mojada por un pijama. Me quedé dormida con una sensación de agotamiento físico y mental. Mi mente estaba cansada de pensar y de afligirse por todo, pero esto no pudo evitar que en el fondo de mi corazón quedara un sentimiento de esperanza renovada y una libertad inusitada para hablar con Él sin templos ni rezos ajenos.

Mis problemas seguían ahí, donde siempre. Pero me sentí liviana, aliviada después de haber vaciado las vísceras.

Con una pequeña luz de certidumbre en el centro de mi pecho, me dormí...

Diciembre de 2010

Fue tal el peso de mis recuerdos dolorosos, y fue tal la frustración que sentía por tanta injusticia y por haber tenido que dejar en las manos de Javier lo que más amaba, que terminé por romperme. Todo se había combinado en momentos en los que ya no tenía trabajo ni dinero para comer. Así que opté por el suicidio y, aunque esto también lo sabías, no quiero omitirlo tampoco.

Tomé sesenta pastillas que había ido reuniendo a lo largo de tres meses, entre somníferos y medicamentos para el corazón y la presión que había ido sustrayendo de entre las medicinas de tu abuelo. Tengo vagos recuerdos del suceso, de hecho, creo que estuve inconsciente por varios días. Tengo imágenes en mi cabeza de algunos momentos en los que estaba recostada en la cama

casi sin poder moverme y sintiendo un pesado letargo en todo el cuerpo. Pero tengo una imagen especialmente particular de mí misma. Yo me veía en el baño tomando agua de la llave. El agua se me escurría de la boca. Estaba frente al espejo. La mitad de mi cara estaba como paralizada, y una de las orillas de mi boca estaba torcida hacia abajo. Creo que en ese momento pensé que me estaba muriendo.

Simplemente, un día desperté menos aletargada que antes, me metí a la regadera con la ropa puesta y después me acosté a dormir nuevamente. Al día siguiente aún me sentía mal, pero comprendí que no había podido concretar mi propósito. Mi depresión era muy profunda, pero entendí la gravedad de lo que había hecho. Sentí miedo porque supe que no me quería morir, pero no sabía cómo salir adelante. En esos momentos estaba sola, separada de mi familia. Sentía vergüenza de mí misma porque había sido una tonta que había dejado pasar sus mejores años trabajando para que otros crecieran y cimentaran sus vidas. Dejé mis años más jóvenes hasta casi llegar a la mitad de mi existencia, creyendo que algún día terminaría una carrera con el apoyo de Javier. Ahora tenía cuarenta años, estaba recién separada. Había perdido a mis hijos. Mi casa y mi herencia los había dejado para ti y tu hermano. Fui duramente criticada por mi familia respecto a la decisión que había tomado. Pero estaba ahí, atontada todavía, sin ninguna alternativa. Con una depresión enorme, pero ya sin querer perder la vida. Estaba sola y sin saber por dónde empezar.

Mis recuerdos son tantos que no veo para cuándo he de terminar esta carta. Te pido perdón por esto, pero no encuentro mejor forma de entregarte mis secretos. Aunque la gran mayoría ya los conocías, esta vez espero que te sirvan para pensar seriamente si en verdad quieres seguir creyendo que he perdido todo y estoy donde estoy porque soy tonta, o demasiado ingenua, como hace poco me dijiste.

Sé que tal vez ahora no comprendas cada línea que leas. De hecho, no te escribo para que me entiendas ahora. Lo hago para que tengas en tus manos la historia de tu madre, tal y como yo la viví y la sentí. Para que tengas las dos versiones y puedas entender a cada uno de tus padres. Para que, en caso de ser necesario, puedas perdonarnos por los dolores y quizá traumas que te causamos. Pero, sobre todo, para que te liberes de ellos. ¿Sabes por qué? Para que tengas la responsabilidad de tu propia vida, sin sentir jamás que tus

éxitos, o tus fracasos se los debes a otros. Que son producto de tus propias decisiones...

Los siguientes dos días permanecí en el departamento con casi nada para comer. Por fortuna, mi apetito era casi nulo. Sentía que las puertas seguían cerradas y no sabía cómo empezar. Pero recordé que tenía una sola opción... Al tercer día me presenté en el ayuntamiento de Cholula, donde desde hacía dos meses había ido a solicitar empleo sin haber tenido suerte. Sin embargo fui, pues algo tenía que hacer, aunque regresara otra vez con las manos vacías. Era viernes al mediodía. Esperé por casi una hora en la oficina del síndico. Él, el presidente municipal y yo habíamos sido compañeros de escuela desde muy niños. Nos conocíamos bien, pero en cuestión de plazas de trabajo poco habían podido hacer por mí.

Platicando mientras esperábamos a que el presidente terminara unas audiencias, Luis me comentó que un día antes habían recibido la renuncia de la anterior directora del área de Comunicación Social. Mi amigo quería que el puesto fuera para mí, pues pensaba que podría sacarlo adelante, dada la experiencia que había obtenido trabajando al lado de un gobernador del estado antes de casarme.

Mi cara y mis comentarios mostraron seguridad al quedar de acuerdo con el síndico. Sabía que tenía que adoptar una postura de determinación y maestría para conseguir el empleo. Pero, en el fondo, por el miedo a no saber qué hacer con el puesto, en caso de obtenerlo, tenía mi pulso acelerado, y un sudor me mojaba de manera incómoda la entrepierna y la nuca. Después de casi veinte años de depender del bolsillo de mi exmarido, tenía atrofiada la confianza en mí misma.

Pensé en la hora que era, y me remonté al pasado. Me vi dando los últimos toques al sazón de la comida, para después tomar mi bolsa, subir a mi camioneta y conducir hasta el colegio de mis hijos.

Una secretaria entró a la oficina y me pidió que la acompañara. Luis me dio un apretón de manos y después un abrazo. Me deseó suerte, y sentí en sus palabras de aliento una especie de protección y complicidad que me reavivaron. En pocos minutos me encontré frente al presidente municipal. Estaba sentado en el sillón de piel negra de una pequeña salita al lado derecho de su escritorio, del que se levantó al verme entrar. Me saludó de mano y con la cordialidad y el gusto que se tiene cuando se vuelve a ver a un viejo conocido. Me ofreció asiento y un café. “¿Lo toma con azúcar o solo?”, preguntó su secretaria. “Con una de azúcar”, respondí.

Una vez que la secretaria sirvió los cafés, se retiró despidiéndose amablemente. En ese momento, Alejandro empezó conmigo una plática de amigos, sin ceremonias ni protocolos. Me preguntó sobre las razones de mi necesidad de empleo, sobre mi familia, mi separación. Hablamos por largo rato mientras él compartía conmigo sobre su trabajo, su matrimonio y su vida en general.

Al cabo de casi una hora me dijo, así, sin más: “Tengo la Dirección de Comunicación Social vacante, trabajaste algunos años al lado del exgobernador Jiménez Morales en Relaciones Públicas, y eso te ha dado la experiencia que se requiere para la dirección. El puesto es tuyo”. Una sensación de tranquilidad me embargó, haciendo que mis hombros se relajaran. Hasta ese instante me di cuenta de que llevaba mucho tiempo con un dolor constante que iniciaba en la base del cerebro, bajaba por la parte alta de mi espalda y los hombros. De igual manera noté que la mayor parte del tiempo tuve los puños cerrados y las mandíbulas apretadas. Fue como soltar amarras en un mar calmo y azul. De haberme encontrado a solas, habría pegado de brincos al ser testigo de otro milagro.

“Muchas gracias. ¿Cuándo empiezo?”, respondí. “Si tienes tiempo, desde hoy mismo.”

Apenas si tuve tiempo de conocer a mi equipo de trabajo: dos secretarías, un fotógrafo y un diseñador gráfico. Alejandro me presentó como la licenciada Zandra Alavez Montero. ¡El estómago

se me hizo chiquito de sólo pensar que tendría que poner cara de licenciada, ¡cuando ni siquiera sabía cómo encender una computadora! ¡Tendría que aprender a usarla pronto y sin que nadie se enterara! Tenía dieciocho años cuando entré a estudiar computación. Desde entonces la tecnología había cambiado mucho y, a mis cuarenta, las máquinas ya no eran como antes. Yo tampoco era la misma, habían pasado más de veinte años, en los que todas mis capacidades las había puesto al servicio de mi familia. Estaba empolvada, al igual que mis viejos recuerdos, cuando una computadora necesitaba de un lenguaje, como Basic, o el Cobol. Yo misma necesitaba de un programa nuevo para empezar a perder el miedo.

Te dejo en tu oficina y te deseo mucha suerte. En veinte minutos tenemos una ceremonia en la Plaza de la Concordia. El programa está a tu cargo y tienes que dar un pequeño discurso después de los honores a la bandera. Tu secretaria te explicará los pormenores. Me dio la mano y se encaminó a su oficina.

¿Qué? ¡Dios mío! ¡Ahora sí manifiéstate! ¡Te dije que me ayudarás! ¡Ahora hazme el favor completo! ¡Baja de las estrellas y párate detrás del micrófono! ¡Sí, ya entendí que sí existes y que sí haces tu trabajo cuando se te habla claro! ¡Pero ahora pon las palabras correctas en mi boca, por favor!

No había ningún discurso preparado. La ceremonia era para dar comienzo a una serie de reuniones de trabajo con los presidentes de las juntas auxiliares. Eso, y algunos detalles más, fue todo lo que apenas me dio tiempo de averiguar para salir a enfrentarme a un micrófono, e improvisar sobre la necesidad de mesas de trabajo en bien de la sociedad cholulteca.

Recordé mis blasfemias y reclamos en la regadera, y supe entonces que sí había un Dios. Y que yo lo había encontrado entre los escombros de mi vida casi deshecha. En silencio le agradecí por haberme dejado hablar a mi manera. Y por haberme extendido su mano para mostrarme su amor incondicional. Y por

enseñarme que Él era el Dios verdadero que había llegado a mi vida para ayudarme a encontrarlo en todos los credos, en todas las religiones, en la ciencia, en la luz, en la oscuridad. En todo, en la energía, hasta en la batería de mi teléfono. Justo como yo imaginaba, más allá de las mentes humanas, de las ideologías, en el universo entero. Afuera y adentro...

Como pude, saqué adelante ese compromiso con el que ponía punto final a una historia y pisaba los inicios de otra. En mi primera semana como directora, bajé tres kilos de peso ide pura preocupación!, mismos que después fui recuperando conforme iba dominando el puesto, al tiempo que le imprimía mi toque personal.

Cuando me fui de ahí, dos años después, para casarme con mi alemán de hielo, ya había dejado buenos amigos y un equipo de trabajo solidario con el que me unió algo más que un compromiso laboral.

Prácticamente, mi vida empezó de manera formal en ese día. Con una ilusión, con un trabajo apasionante, con proyectos y con un Dios verdadero, al que acababa de descubrir por mí misma, y al que habría de llamarlo con distintos nombres en el inicio de la segunda parte de mi existencia. Y, aunque después de ese episodio, he vivido muchos más, y en escenarios diversos, en los que he vuelto a llorar, he estado en peligro de muerte, me he vuelto a sentir perdida y sin saber qué hacer, y he tenido que empezar de nuevo otras tantas ocasiones, jamás volví a pensar en el suicidio, aun cuando siga opinando que ése es mi derecho.

Nunca, ni siquiera en los momentos de mis otras pérdidas y mis otros peligros he dejado de encomendarme a Él, porque dondequiera que lo he buscado, no tardo en encontrarlo con distintos nombres y con distintas historias.

En el primer sitio que me encuentro con su presencia es en la libertad que tengo de buscarlo en otros templos y en otras filosofías. Él siempre está ahí. Y cuando, en medio de mis interrogantes, busco su presencia en otras prácticas espirituales que tengan un

lenguaje a mi medida para invocarlo y reafirmarme en mi fe, Él siempre está ahí.

Y hasta cuando pierdo la confianza y me olvido de su existencia, la Divinidad me manda sus luces intermitentes para llamar mi atención y conseguir la paz al volver a aferrarme a Él.

Me gusta creer en las fuerzas sobrenaturales porque son movidas por Él. Y creo en el poder de la meditación porque, cuando consigo concentrarme, siento con fuerza su infinita presencia. Y me gusta estar a solas, porque leyendo un libro me topo con Él. Y cuando mi hija me regaló una estampita de san Judas Tadeo, también estaba Él.

Me gusta mirar las fotos del universo, abigarrado de galaxias, sistemas solares, estrellas, polvo cósmico y todo lo que mis ojos alcancen a ver. Me gusta localizar la Tierra, tratar de mirarla y terminar por imaginar su presencia, justo en el punto en que una pequeña flecha roja la señala. Y ver que no se ve. Entonces, una gran calma entra en mi cuerpo como medicina. Esa calma es Dios, que muestra ante mis ojos la seguridad de que todo está bien. Porque en ese infinito de estrellas, dimensiones y años luz, no hay nada que deje de cumplir con su función de existir y transformarse.

Y así, por imposible que sea mirar la Tierra en medio de la inmensidad, no significa que no exista. Y si con la simple mirada es imposible divisar el universo microscópico de mis células, no significa que no estén ahí.

De igual manera Dios, el Universo, la Vida, la Divinidad, la Energía, el Amor, como quiera que se le llame, aunque no se le pueda ver, existe.

¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde me dirijo?

Yo soy Él. De Él vengo y hacia Él siempre iré... Y sé que, aunque fuera a misa los domingos, o platicara con Dios todas las mañanas mientras manejo, no será suficiente si mi comportamiento permanece inmutable. La doctrina de mi religión hecha de mis pequeñas verdades está en mi corazón. Y se ha convertido en la

fuerza que me ayuda a enfrentar los problemas, porque es una práctica que me da una garantía interior.

Y, como dijo Buda: “Sólo uno mismo puede ser su propio maestro”.

Un poco de aquí y un poco de allá. Un poco de vida, de mi vida, y un poco de sueños y locuras, todo me conduce a mis respuestas, a mis revelaciones personales.

Mis anhelos se convirtieron en proyectos realizables. Muchos de ellos están en proceso, y otros los realicé sin darme cuenta. Mi libertad, sobre todo la de mis ideas, fue una aspiración nocturna que ahora sueño en la realidad de la vigilia.

La relación ideal y objetiva con mis hijos ha sido una labor construida con mis deseos, mi amor, y muchas veces con el toque de la intuición. De igual manera, mi relación de amiga-hermana ha sido larga, duradera, comprometida y socorrida por la mano divina.

El deporte, que me reconcilia con la vida, es una pieza esencial en mi “canasta básica”. Y el acto de escribir ha sido una de mis mejores medicinas, y ha llegado a convertirse en mi otra pasión.

El amor de pareja es fundamental para mí. El romanticismo aún revolotea a mi alrededor. Y a lo largo de diferentes historias, algunas breves, otras fugaces, y las que fueron grandes, descubrí que en mi vida la esencia del amor es muy importante.

Pero mi columna vertebral, la que sostiene mi existencia, es el amor a mí misma. Los riesgos, las cicatrices, mis pérdidas y mis conquistas; mis ilusiones y mis sueños; cada instante de mi vida, sobre todo los momentos que resplandecerán en mi memoria para siempre, me han devuelto las alas que tenía perdidas. A mis ojos les restituyeron la memoria de los confines lejanos, y a mi espíritu le regresaron su corazón aventurero.

Mis intereses son muy grandes, pero son muy pocos. Y entre unos y otros he tejido un engranaje conveniente y oportuno. Así

que me lancé a la búsqueda del compañero más compatible. Y, confiando en la sabiduría divina, busqué donde mi olfato intuitivo percibió un hombre que quisiera atreverse a romper su cárcel ideológica para encontrarse conmigo.

“No busques, el amor te encontrará cuando menos lo esperes...” Siempre pensé que esa frase era una mentira y uno de los actos más irresponsables. Nadie que desee para sí mismo los sueños realizados, la felicidad, la prosperidad, la salud, la evolución misma, debe quedarse inmóvil esperando a que le caiga del cielo. En todo caso, si hay que quedarse quieto, será únicamente para dejar que la vida nos hable, pero nadie podrá escucharle si antes no educamos y afinamos el oído. Y, para eso, hay que estudiar, hay que aprender, hay que buscar.

“El que busca encuentra...”, pero el que quiere encontrar, asumirá el riesgo de vivir, de herirse, de perder para ganar. Porque el que no se arriesga, pierde mucho más.

En este acto adrenalínico del riesgo y las posibilidades, me adentré en el mundo virtual de las redes sociales. Durante casi dos años aprendí a relacionarme con otras personas que viven muy lejos de mí. De quienes sólo tenía algunas fotos y las líneas que escribían en sus perfiles. Pero mi decisión de buscar hasta debajo de las piedras a mi acompañante de guión y de andanzas, era irrevocable. El primer paso fue no llenarme de “amigos” a los que no podría conocer más que en la superficialidad de lo virtual, porque en la vida diaria mis otras actividades y mis afectos de carne y hueso son importantes, y son la realidad de mi vida cotidiana.

Me di a la tarea de abrir una ventanita para que entraran los rayos de sol provenientes de otros lugares. Al principio me sentí un poco temerosa y desconfiada, pero nunca dejé de sentir que hacía lo correcto. La parte superficial de todo esto también fue muy vivible. Mi autoestima se sintió acariciada por la cantidad de solicitudes que a diario llegaban a mi página. Sin embargo, mi objetivo estaba claro: encontrar al hombre correcto. Y para

lograrlo debía relacionarme con unos cuantos. No fue fácil, pero sí muy didáctico y aleccionador, porque encontrar a un hombre fiable y recto en un medio virtual no es algo que se logre al primer intento. Pero aprendí a leer entre líneas. La práctica me enseñó a descifrar hasta el detalle más pequeño de una palabra, de una imagen en una fotografía.

Tuve dos intentos que no resultaron como yo esperaba, pero lo importante fue que siempre me di la oportunidad de conocer en persona el lado seductor de la probabilidad. Aquellos momentos me regalaron tres buenos amigos, que hasta hoy se hacen presentes desde la distancia para saber de mí y conservar la amistad.

A finales de 2012, apareció en mi chat el saludo de una cara nueva. Algo que no sé explicar llamó mi atención, así que revisé minuciosamente el perfil del nuevo solicitante. Al mirar sus fotos, sentí un gran deseo de conocerlo en persona. Su tipo atractivo y muy masculino, y las breves, pero claras líneas escritas en su perfil, me provocaron un sentimiento de profunda confianza. Algo nos atrajo a los dos desde el principio, aunque tomé la decisión de no ilusionarme mucho con él, al comprender que José Juan tenía compromisos laborales que lo mantenían ausente por largos periodos. Incluso llegué a pensar, gracias a un amable correo que me envió en el que se disculpaba por su ausencia y en donde me decía que su trabajo lo mantendría ausente por varios días, que se estaba despidiendo de mí, y que con seguridad habría encontrado algún otro interés femenino más atrayente que yo. Me sentí muy triste al leerlo, pero admití que esas cosas pasan y que yo seguiría en mis propias búsquedas.

Respondí al correo. Fui amable y de manera soslayada me despedí, asumiendo que, lo suyo, había sido el “adiós” de un hombre correcto y educado.

Al abrir mi correo y saber de mi “casi” despedida, reaccionó llamándome por teléfono para aclararme que lo único que había querido era hacerme saber de su interés verdadero por mí. Que

su deseo era que no lo olvidara a causa de los días que estaría abortando en su trabajo. Lo único que deseaba era que lo esperara, ¡y yo entendí lo contrario! La emoción y la felicidad no me cabían al escucharlo a través del teléfono. El timbre de su voz, fuerte y varonil, fue la segunda cosa que de él me cautivó.

A partir de ese momento, no dejamos de comunicarnos todos los días. Por el chat, por teléfono, por Skype. Hablamos y hablamos por largas horas. En varias ocasiones nos sorprendió la mañana enfrascados en interminables charlas. Nuestra idea era conocernos en persona para iniciar una relación, pero no pudimos esperar. La madrugada del 23 de diciembre tomamos la decisión de formar una pareja virtual. Las circunstancias nos llevaron a conocernos personalmente hasta el 9 de febrero de 2013. Para entonces, las mariposas del amor ya revoloteaban alrededor. Nuestro encuentro fue mágico, nervioso. Los dos sabíamos que el momento de la verdad sería al vernos frente a frente, sin una cámara de por medio. Tocarnos, mirarnos, percibir nuestro olor, hacer el amor, dormir abrazados, despertar juntos, todas serían grandes pruebas para saber si estábamos en el camino correcto.

Yo lo esperaba en la terminal y no lo encontraba en medio de ese mundo de gente. A través del celular me decía lo que había a su alrededor para que nos fuéramos localizando. De pronto, una voz a mis espaldas respondió cuando pregunté: “¿En dónde estás?” “Aquí, detrás de ti...” Para cuando giré, haciendo una exclamación de sorpresa, ya sus brazos estaban rodeándome. Un momento mágico, con un beso tan largo que la gente comenzaba a mirarnos con curiosidad.

A partir de esos instantes no nos hemos separado. Tenemos una relación maravillosa que no ha sido nada fácil para ninguno de los dos. Mientras tanto, José Juan se traslada a Puebla, o yo viajo a donde él esté. El Skype nos permite vernos a diario, y dormir y despertar juntos con nuestras cámaras encendidas. La tecnología ha tenido un papel importantísimo en nuestras vidas. Pero,

sobre todo, el amor que nos une ha sido fundamental. Y si hay algo que yo deba reconocer y agradecerle, es su nobleza y todo lo que hace por nuestra relación. Es un ser único que se esfuerza todos los días por involucrarse en mi bienestar. Su constancia y su presencia a prueba de todo, su caballerosidad, su preocupación por mí, sus cuidados, su confianza y honestidad, sus mimos y sus detalles lo hacen hoy el hombre de mi vida. Reconozco como una gran prueba de amor su capacidad para remover las percepciones y conceptos que lo alejan de mí. Para encontrarse conmigo, para comprenderme, ha puesto el corazón entero y se domina a sí mismo. Me demuestra su amor batallando para liberarse de sus propias sombras. Me habla y también me escucha. Reconoce constantemente que le cuesta trabajo controlar su enojo cada vez que mi espíritu libre se le enfrenta y lo confronta. Me conmueve y me conquista, porque sé que no le es fácil demoler las barreras culturales que nos separan. Respeto y admiro su espíritu guerrero, y me provoca hablar de él sin poder vencer el temor de no hacerle justicia con mis palabras.

Tenemos una relación comprometida en la que trabajamos todos los días. A veces, mi comportamiento autónomo se convierte en una estocada para su sentido de pertenencia medio muerto, medio vivo, que todavía se resiste a no ser dueño de nada que no sea de sí mismo.

Una es como una extensión de las otras, de las demás mujeres, de las que están más cerca del corazón y de las que nunca lo han estado. Un enlace entre las que nunca conoceremos, de las muertas y de las que aún no nacen. Me impregné de la dote femenina, de su legado histórico. He sido aprendiz de mi madre, de mis abuelas.

Una lleva un poco de todas, de lo bueno, y de lo que no lo es. Algunas cosas se aprenden tan bien, que nos lleva una vida encontrar el camino para olvidarlas.

A veces, la amnesia es un recurso que se esconde en el corazón. Engaña al olvido, y lo hace tan bien, que la evasiva más digna es la reinención.

Mi carácter fue moldeado y sometido en ocasiones, y mi conquista no ha sido sencilla. Se ha convertido en una aventura que durará toda mi vida. El viaje ha sido íntimo, penetrando en los recuerdos y en mis verdades ocultas.

He conocido mucho de mí, pero apenas estoy comenzando mi viaje interior. Mi primer temor es pensar que en el futuro puedo convertirme en una reproducción de lo mismo, pero con más edad.

Por ahora, tengo lo que necesito y me mantengo constante en el proceso de mi aprendizaje. Los límites y las metas son para mi cuerpo, pero los confines de lo imposible y lo posible son para mi mente, donde las barreras se vuelven transparentes, y mis brazos y mis piernas se convierten en alas.

9 de noviembre de 2010

Hija:

Seguramente cuando tengas esta carta en tus manos, ya habrás olvidado el altercado que tuvimos ayer por la noche. Este hecho es el origen del escrito que ahora lees...

Anoche te llamé para recordarte la cita de todos los martes con Rubén para tus terapias, mismas que fueron canceladas definitivamente al ver tu falta de interés en continuarlas, la manera tan ligera en que rehuiste un compromiso y la forma poco responsable con que encaraste el asunto.

Me he sentido triste por tu comportamiento y tu reacción hacia mí. Me ha dolido muchísimo tener que aceptar, de una vez por todas, que te soy poco necesaria y que solamente me buscas cuando tienes algún problema mayor, o cuando necesitas dinero. A pesar de lo doloroso, he aceptado que tu amor por mí es poco en estos momentos. No eres responsable de las circunstancias en las cuales se ha desarrollado tu vida. Aceptar lo que significo para ti me ayuda a continuar con la mía y a vivir en la paz que se obtiene cuando se asumen los costos de cuanto se ha decidido. Por otro lado, lo único que busco es decirte, una vez más, lo mucho que te quiero. Y no de forma rutinaria y hueca, carente de verdad. No es un “te quiero” por compromiso. Los amores no sólo se platican, se dicen con miradas, con caricias y hasta con silencios. El amor también se dice con lealtad, con verdad y sin ocultamientos. Y, a veces, cuando las oportunidades son muy pocas, nos queda la opción de la palabra escrita, que en ocasiones es mucho más generosa y elocuente...

Es muy claro para mí que el cariño que me tienes creció del tamaño que tenía que crecer dadas las circunstancias. Y no espero con esto que me llegues a querer como siempre he deseado, pero sí espero poder dejarte muy claro que mi amor por ti es y será hasta el último de mis días, inmenso, leal y, sobre todo, honesto.

Creo que el amor, cualquier clase de amor, cada quien lo manifiesta desde su manera de ser y de relacionarse con el mundo. Nuestra forma de amar nos define como seres humanos. A lo largo de mi vida he transitado por experiencias que han ido conformando mi historia y la persona que soy en estos momentos. Pero nací con una característica muy personal de manifestar lo que pienso,

lo que advierto y lo que me conmueve. Desde luego que la forma de hacerlo es la que ha ido evolucionando. Ahora puedo decir, con toda la claridad de que soy capaz, lo que siento. Y lo hago con las herramientas que la libertad que tengo ahora me ha otorgado. Por eso mi amor por ti es y ha sido siempre honesto. Porque antes, como ahora, lo he expuesto. Tal vez pudieras pensar o incluso sentir que esto último no es cierto, pues sé de sobra que, para ti, vivir solamente al lado de tu papá desde que él y yo nos separamos, te ha formado un criterio diferente al mío. Con una visión, en parte, unilateral.

Es natural que así sucediera por diversas razones. La primera es porque te has ido construyendo a través de la relación y educación que has recibido de tu padre. Tenías nueve años cuando nos separamos. Otra de ellas ha sido mi manera de actuar permisiva y pasiva respecto a algunas cuestiones en las que debí haber sido justamente todo lo contrario. Este hecho me ha llevado a padecer muchas injusticias, por demás dolorosas para mí, como saberme alejada de ti y de todo cuanto más he querido y quiero. Y, muy a mi pesar, esta actitud excesivamente tolerante, con la cual estaba segura iba a mantener no sólo el cariño tuyo y el de tu hermano, sino también su respeto y consideración, solamente ha servido para convertirme en una madre desdibujada en el corazón de mis hijos. Las primeras injusticias las he cometido yo misma en mi contra. Por esto y por muchas razones más, he decidido poner los límites que antes no puse con la única intención de seguir en la lucha por ti, por tu hermano Rodrigo, y ahora también por mí. En esta nueva tarea iré conquistando aquello que merezco, y también lo que he perdido por haber hecho las cosas de acuerdo con la manera en que me educaron, y partiendo también de mi sentido de solidaridad hacia los demás desde una inmadurez que ha desaparecido.

Lo único que espero con todo esto son dos cosas muy importantes para mí. La primera: dejarles a ti y a tu hermano una visión mucho más clara de quién es su madre, y de lo que he tenido que vencer y sigo venciendo en el afán de vivir de acuerdo con mis propios valores, en vez de seguir con los miedos que tenía cuando era más joven y con dos hijos, por los cuales me mantuve firme para no quitarles el hogar que tenían, aunque éste fuera de utilería. Y la segunda: recuperar el respeto de mis hijos al enseñarles quién soy. No hablo de recuperar su amor, sobre todo el tuyo que es el más débil, porque tal vez ya sea demasiado tarde para eso. Me conformo con saberme comprendida

y respetada por ustedes. Además, el amor que les tengo es y será el más digno y fiel compañero de toda mi vida. Para un hijo es imprescindible contar con la confianza, el diálogo, la guía y el respeto de sus padres. Por eso consideré adecuado escribir esto para ti. Para que tengas mi versión de las cosas y sepas más de mí. Es la misma historia, los hechos son los mismos, pero con una interpretación y un sentir distintos. Para que entiendas que siempre he estado presente. Tal vez de una forma distinta, dadas las circunstancias, pero siempre igual de real, amorosa y solidaria, como si viviéramos juntas.

Espero que este pedazo de mi historia, a la cual tú perteneces, te sirva, no sólo para encontrar a tu madre en ella, sino para encontrarte a ti misma, y saber que llevas dentro parte del padre con el que vives, y parte de una mujer que, en vez de abandonarte, decidió dejarte en manos de quien sí podía mantenerte, pues estaba llena de miedo y de inseguridades al pensar que no podría darles a mis hijos la vida que estaban acostumbrados a tener. Por eso no hubo tal abandono, fue una renuncia por amor, en la que los dejé al buen resguardo económico de quien ya contaba con un modo de subsistencia. Eso sin contar con que, al principio, fue tu padre quien decidió irse de la casa, y Rodrigo lo siguió a pesar de mis súplicas. Y si elegí marcharme, fue para que tu hermano pudiera regresar y dejara de vivir en las pésimas condiciones en las que vivía al lado de Javier, sufriendo por no estar en su casa. Y para que esto pudiera suceder, tenía que aceptar que regresara también tu papá, pues Rodrigo no tenía corazón para dejarlo solo. Su negativa constante y el dolor de verlo viviendo fuera, me obligaron a pedirle a tu padre que regresara con mi hijo, aunque yo tuviera que irme, pues no podía continuar al lado de Javier. También les dejé el menaje no sólo de cuanto había construido en compañía de tu padre a lo largo de diecisiete años de matrimonio, también el producto de una herencia que me habían dejado mis padres con el único deseo de no desampararme por el resto de mis días...

Noviembre de 2010

Valeria, mi dulce menina, mi niña de siempre... me tuve que ir. Me fui sin "irme", sin dejarte, sin dejarlos. Algunas madres nos vamos para poder quedarnos. Como yo, que me fui para cubrir dos frentes. El suyo, que estaba

lleno de sus cosas, su seguridad y su sustento; de sus cimientos, que fueron contruidos para sostenerlos sin importar las fuertes sacudidas del terreno. Y el mío, que había perdido firmeza y densidad.

Porque las madres a veces nos tenemos que ir para recuperar nuestra otra mitad. La que nos fue arrebatada por los largos brazos del tabú, que nos domesticaron y nos negaron el derecho a mirar más lejos y a movernos sin tanta estrechez. Teníamos que usar una especie de camisa de fuerza ideológica, tan ajustada que casi cortaba la respiración y, a veces, nos mutilaba. En otras ocasiones nos inhabilitaba por largo rato, obligándonos a sentir culpa y casi vergüenza por atrevernos a soñar.

Me hubiera gustado llevar a cabo este rescate sin perderlos de alguna manera. Sin convidarles de mi escasez. Pero, en esta cruzada, decidí jamás guardar un espacio para los dos pedazos de mi vida cuyos ojos, entonces niños, me miraron como desamparados al toparse por primera vez con la palabra “separación”. Sus sentimientos dieron dolorosas vueltas en sus corazones ajenos e inocentes que sólo conocían el llanto de los niños, y no el dolor que a veces heredamos los adultos.

Pero me tenía que ir, y me fui varias veces; me fui de mis padres, me fui de mis hijos, y me fui de su padre. De hecho, lo único que quería era irme de él, pero a veces algunas renunciaciones son tan inflexibles y severas que cobran venganza imponiendo una sanción más dolorosa que la propia renuncia. Es como si la vida nos castigara por querer salir de prisión cuando somos inocentes.

Pagué por mi expiación, me rescaté y me fortalecí. Ahora soy una mujer madura, que continúa curtiéndose con los años, aunque nunca podré recuperar lo que más amo...

Y así, mi niña, comencé con una nueva vida casi a los cuarenta años. Sin trabajo, sin dinero, sin profesión. Llena de angustia por el sufrimiento y consternación en los que estaban sumidos tú y tu hermano. Sintíendome culpable por haber tenido que ser yo quien les causara tanto dolor, y con la hiriente convicción de que no tenía otro camino. Cargaba todos los días con el dolor de tu ausencia y la de Rodrigo, y con el miedo infinito de no saber cómo empezar a vivir, cómo trabajar... ¡con qué comer!

En esta historia hay muchos pasajes dolorosos, pero ninguno lo es tanto como la pena que me causa nuestra separación. Han pasado ya varios años, y sé que nunca me dejarán de doler los dos más grandes amores que jamás

tendré. Para mi desdicha, tengo grabadas en mi memoria cada lágrima y cada carita de angustia y desolación de ustedes dos. Sé que en estos momentos podrás estar pensando que ni tú ni Rodrigo fueron responsables de lo que tu padre y yo hicimos, y que cuando se es niño, es imposible entender de razones, pues una criatura lo único que desea es vivir al lado de sus padres. Esto es absoluta verdad.

Cuando yo era niña tampoco comprendía las situaciones dolorosas que se sucedían entre mis padres. Yo los quería a los dos, así, sin comprender lo que pasaba. Hasta que un día crecí lo suficiente como para cometer mis propios errores. Até algunos cabos sueltos de mi niñez. Recuerdos que empezaron a tomar forma, hasta que poco a poco entendí a mi madre y, algunas veces, a mi padre. Fui tomando de aquí y de allá y armé mi rompecabezas: las exigencias e intolerancia de mi papá sobre la limpieza, el trabajo duro, la sumisión y el casi servilismo que mi madre debía tener con él, con sus suegros y con toda su familia sin replicar. Los múltiples amoríos extramaritales de tu abuelo, y su falta de amor y consideración hacia mi mamá. El derroche de dinero con sus amantes, y su egoísmo económico con su esposa. Su “otra familia” y los hijos que fue engendrando al mismo tiempo en que íbamos naciendo los hijos del matrimonio. Su falta de tacto y el abandono emocional en que tenía a mi madre, su rechazo hacia ella mientras se divertía con otras, las mantenía y hasta les ponía casa propia. Una historia de violencia emocional y abandono que llevaron a mi madre al intento de suicidio en dos ocasiones. Una historia triste que la llevó desde casi una niña hasta convertirla en una mujer joven con una gran amargura guardada en su corazón.

Tal vez mi madre nunca me escribió nada, probablemente nunca platicó conmigo de tantas cosas como lo hemos hecho tú y yo, porque eran otras épocas. Pero entre ella y yo hubo otras circunstancias. Y, sobre todo, vivimos juntas más años de los que tú y yo vivimos. Eso me permitió, a lo largo de mi juventud, saber un poco más de ella y de mi padre. Pero lo más importante de todo esto es que he podido ir sanando mis heridas al darme la oportunidad de comprender que todas las decisiones que tomaron y que me hicieron mucho daño, no fueron mi responsabilidad y tampoco fueron tomadas con dolo; que todos los traumas que yo o el resto de mis hermanas y hermano pudiéramos tener, han sido consecuencia de la cultura y la educación arrastradas a través de generaciones enteras. He comprendido, para la buena fortuna de mi

corazón, que ahora yo soy quien puede sanar mi vida. Y tú, mi niña adorada, también puedes hacer lo mismo.

En esta larga carta no pretendo culpar a nadie. En todo caso, únicamente hay dos responsables que actuaron con las herramientas con las que fueron educados, y con la personalidad y comportamientos individuales con los que cada uno había nacido.

Siempre he sido de pensamiento libre y rebelde, desde que era una niña. A partir de entonces he tenido mi muy personal modo de ver el mundo, aun a pesar de mi nula experiencia. Tenía mis propios sueños, y mi propia idea de cómo sería mi mundo y mi vida de adulta. A lo largo de toda mi infancia me imaginé y soñé con mi vida ideal. Digamos que era una pequeña y silenciosa rebelde que compensaba con la obediencia hacia mis padres los pequeños contratiempos que mi particular modo de ser me ocasionaba. Desde luego que en la escuela era feliz, porque ahí podía desarrollar todas mis habilidades sin sentirme censurada o vigilada por nadie.

Tales eran mis planes que, al convertirme en adolescente, hice los arreglos necesarios (algunas mañanas específicas para evitar que mis padres se dieran cuenta) para cambiarme de escuela. Todo esto sucedió casi al mismo tiempo en que nos cambiábamos de casa. De Cholula, nos fuimos a la colonia La Paz.

Y así empecé a crecer. Me cambié de escuela dentro de la ciudad y alejada del ambiente provinciano que no quería para mí. En medio de personas totalmente distintas a las que había conocido a lo largo de mi todavía joven vida. El comportamiento de mis nuevos compañeros de preparatoria se adecuaba completamente al mío. Me sentía feliz y como en casa. Como bien sabes, fui educada con conceptos muy tradicionales en un lugar donde la gente vivía entre la religiosidad pueblerina y las costumbres de campo. Y yo, pues no nací con esas características ideológicas. Seguramente se lo debo a tu abuela Lupita y a su familia de ciudadanos, artistas, intelectuales y bohemios. Ya lo ves, tu hermano Rodrigo heredó la vena artística de los Montero. Nada podía yo hacer ante la naturaleza de mis raíces. De tal manera, mi tendencia a rebelarme siempre sobre las conductas que me parecían injustas o atrasadas, y mis propios bloqueos ocasionados por una educación marcada por la sobrevaloración masculina y el menoscabo de la femenina, acabaron en una separación total. Pues no sólo terminé con un matrimonio que hacía

muchos años me dañaba, también rompí con mi familia por un tiempo, y desde luego, con muchos esquemas mentales que me impedían avanzar en mi salud emocional. Tomé distancia, tuve que hacerlo. Me fui dando cuenta de que era yo quien, en realidad, siempre podía elegir.

Las razones que tuve fueron muchas. El amor se me fue acabando a medida que las exigencias, los engaños y la falta de comprensión se hacían más fuertes. Tenía muchos anhelos e ilusiones en lista de espera. Y poco a poco se fueron convirtiendo en imposibles, en deseos inalcanzables para una mujer en su calidad de esposa. Siempre supe que una mujer, antes que nada, es un ser humano con capacidades, habilidades y sueños. Pero, al lado de tu padre, jamás encontré ni la comprensión ni el apoyo, y mucho menos el respeto a mi persona y al derecho de ser no solamente madre. También deseaba terminar una carrera y ejercerla. Deseaba poder leer mis libros con libertad, sin necesidad de ser criticada por tu papá, o de causarle molestia. Recuerdo que una vez, en una época en la que el dinero era escaso, logré reunir cuarenta pesos para su regalo de cumpleaños. Emocionada le compré un libro de Og Mandino. Tontamente creí que le gustaría la idea de interesarse por la lectura. Solamente por darme el gusto de compartir conmigo algo que me agradaba, así como hacía yo al ver los partidos de fútbol y sus programas favoritos. Así como lo acompañé en sus gustos y aficiones. Pero todo fue un desastre, al tener el libro en sus manos, lo único que escuché fue el reclamo por haberme “esforzado tan poco” en la tarea de pensar en un regalo que sí le agradara, en vez de regalarle un libro que jamás iba a leer porque a él no le gustaba. Ésas fueron sus palabras.

Lloré a solas, llena de vergüenza y de frustración por no haber podido convencerlo de que lo primero que hice, justamente, fue pensar en él. Me sentí humillada por su actitud; dolida por su incompreensión.

Pero aún era muy joven para darme cuenta de que yo no era la pareja adecuada para él. Habíamos tenido un noviazgo de cinco años, en el cual nunca habíamos tenido ninguna dificultad. Siempre fui la compañera ideal (al menos eso creí). Jamás peleaba por nada, lo comprendía y lo ayudaba en todo. No era celosa, nunca lo he sido, y fue una deuda que pagué muy caro, pues con el tiempo fui acusada por él, en repetidas ocasiones, de no amarlo. Una mujer enamorada era aquella que, en vez de mostrar confianza y respeto por su pareja, manifestaba toda clase de celos para no dejar duda de su amor.

Entré a estudiar la carrera de computación porque sabía que me casaría con él, y pensé que sería bueno encontrar la manera de empezar a trabajar para hacernos un futuro económico que nos permitiera vivir bien. De modo que preferí algo corto para después encontrar un trabajo para ayudarlo y darle tiempo a que terminara su carrera de contador. Entre mis planes estaba estudiar una carrera formal, una vez que nuestra situación económica nos lo permitiera. Así que después de terminar mis estudios, logré que me dieran un trabajo muy bueno como parte del equipo del gobernador. Con eso pude ayudar a tu papá para que le dieran una plaza en la Secretaría de Obras Públicas. También juntábamos nuestras quincenas para compartir gastos, entre los cuales estaba el pago de sus colegiaturas en la universidad. Por supuesto, todas las tardes nos veíamos en mi casa y estudiábamos juntos cuando tenía algún examen. Sé que algunas de las cosas que te cuente, probablemente tu padre nunca las haya mencionado, pero te recuerdo que estoy contándote mis propios recuerdos y los sentimientos que tuve con cada uno de los episodios que aquí te comparto.

Mi vida al lado de tu papá fue como la de cualquier matrimonio joven. Nuestros primeros años corrieron en medio de sueños y luchas naturales con las que se empiezan a construir los cimientos de cualquier pareja. Los pequeños desacuerdos eran casi nulos, nada que no pudiéramos superar. No pude darme cuenta de que, aunque por encima, las cosas parecían marchar bien, la realidad era que, en el fondo, el fantasma de la frustración se iba haciendo cada vez más amenazante.

Pero las cosas suceden y las personas evolucionamos a diferentes ritmos. Poco a poco empecé a soñar de nuevo y a recuperar mis planes de antaño. Planes que no sólo tenían que ver con la idea de una mujer preparada y autosuficiente, sino también con la imagen de una mujer capaz de amar a mis hijos, mi marido, mi casa. Tenían que ver con el sueño de una mujer que se veía al lado de un hombre que la escuchara, la comprendiera y respetara su derecho a crecer en todos los terrenos. Quería a un hombre que me amara sin necesidad de compartirse con otras mujeres.

Después de diez largos años de miedo a enfrentar la parálisis en la que estaba sumida, acepté que no sólo estaba habilitada para amar a mi familia, también lo estaba para luchar por alcanzar mis sueños a pesar de mi edad. Acepté que tenía que ser valiente para empezar a amarme, a respetarme a mí

misma. Fue muy doloroso darme cuenta de que había dentro de mí muchos sentimientos que me negaba a sentir. Pero todo aquello que sentía y que me dolía, estaba más allá de mi propia decisión. Sin embargo, aprendí que nadie puede ser dueño de sus sentimientos, pero sí de lo que hacemos con lo que sentimos. Entonces me metí de lleno en mi realidad de aquellos momentos.

Lo que vi no me gustó en absoluto. Te repito que me llevé diez años en este proceso. Al cabo de los cuales, y de muchos problemas y lágrimas, terminé por aceptar mis circunstancias. Esto no quiere decir que me haya conformado con resignación, porque esto hubiera significado quedarme anclada, con los dientes apretados y aceptando tal vez para siempre mis tristes circunstancias, sin poder hacer nada, como cuando alguien se muere. Pero ése no era mi caso. El vivir una vida llena de preocupaciones, de frustraciones y de necesidades afectivas no cubiertas, no significaba que ya estuviera muerta. Sólo que no sabía qué hacer ni dónde pedir ayuda.

Mi modo de pensar, mi manera de entender la justicia y el equilibrio en una pareja, eran muy distintos a la idea que tenía tu padre sobre esos temas. Mi idea del derecho a ser lo que cada quien desea ser en la vida, y el respeto por los derechos ajenos, no tenían nada que ver con los conceptos de Javier. Y no era justo para ninguno de los dos violentar al otro para imponerle nuestra particular forma de ser. Éramos muy jóvenes cuando nos casamos, y muy tarde me di cuenta de que entre los dos no existía sintonía alguna entre lo que pensábamos y lo que queríamos. De tal suerte que, dada mi condición de mujer, y de una mujer dependiente económicamente de su marido, no me quedaba más remedio que doblar las manos ante su posición de superioridad. Pero al final me fue muy difícil continuar representando un papel que no era el mío. Era como conducir un auto en sentido contrario en medio de una gran avenida.

Noviembre de 2010

Jamás he creído en un matrimonio en el que el amor de una mujer quede enterrado en medio de obligaciones, limpieza, guisos y deseos de crecer postergados, mientras su pareja se pierde y se desdibuja en medio del trabajo, sus propios intereses y el amor de otras mujeres. Un matrimonio en el que, para ser bien querida, tenía que estar enfocada al cien por ciento a los menesteres

del hogar, los hijos y, por supuesto, darle un lugar preponderante al sexo. Sencillamente, no pude, y no porque no amara profundamente a mis hijos. O porque no disfrutara de encargarme de que mi hogar marchara correctamente. Ésas eran áreas que yo gozaba mucho y siempre las he extrañado.

El sexo con quien se ama es el binomio perfecto, pero cuando el hombre con quien una se casa no tiene el más mínimo interés de respetar que su mujer es un ser libre, con proyectos, que planea y sueña con llevarlos a cabo como cualquier ser humano, y en donde vivir para hacerlo feliz era lo importante; en donde mi cuerpo era más importante que mis ideas, entonces el sexo se convierte en un problema, en el dolor más grande, porque era la mejor prueba de que mi persona estaba dividida en zonas de importancia para Javier. Es decir, la parte de mi cerebro que tenía que ver con mi desarrollo personal, con mi derecho a prepararme y llenarme de herramientas para convertirme en una mujer que también pudiera ganarse la vida, y disfrutarla a través del desarrollo de una profesión, ésa no le importaba. Incluso, puedo asegurar que era la parte que él más detestaba, pues era la que lo hacía sentirse amenazado. Y por lo que respecta a mi desempeño como madre y ama de casa, pues no tenía queja alguna. No sé cómo decírtelo sin ser burda, de modo que espero me disculpes si no lo consigo, pero tengo que decirlo de alguna forma. Mi cuerpo era la parte más importante para él. Yo podía no pensar tanto, hasta podría haber sido tonta. Incluso, lo ideal para él, hubiera sido que no tuviera anhelos de superación, pero era un requisito indispensable tener mucho apetito sexual y pensar todos los días en las mil maneras en las que lo podría complacer. Por supuesto que jamás llevé a cabo esa tarea, era la forma de pensar de tu papá y no la mía. Eso me hacía sentir utilizada y me dolía muchísimo. Puedo decirte que, hasta el día de hoy, el miedo a ser tratada así aún me persigue. Me lastimaba tanto como darme cuenta de que él tenía amores con otras mujeres. Y que encima de esto, me hacía responsable de tales cosas, pues justificaba sus deslices con mi falta de interés en el sexo. No había tal cosa, pues ya te mencioné que mi valor como ser humano y como mujer estaba devaluado desde el principio a los ojos de Javier. Esto no quiere decir que estuviera casada con un mal hombre que disfrutara con minimizar mis valores. De ninguna manera. Simplemente digo que estuve casada con alguien en quien la educación sexista rindió frutos. Alguien a quien el pensamiento machista le impedía ver a las mujeres desde otro lugar. Eso me imposibilitaba para entregarme al sexo de una manera

sana y natural. De hecho, lo hacía como una más de mis obligaciones, para sentirme un poco querida y también protegida en el terreno económico. Así era como aseguraba mi hogar, mis hijos y mi persona. No obstante, detestaba que Javier pensara que el ochenta por ciento del éxito de nuestro matrimonio recaía sobre mis hombros, pues no tenía mayor responsabilidad que la de hacerlo feliz en la cama y cumplir con mis demás obligaciones. Éstas eran las palabras que tu padre me dijo en repetidas ocasiones. Yo también estaba llena de dudas educativas y batallaba todos los días con lo que me habían enseñado cuando era niña y con la rebeldía que me causaban los dolores y las frustraciones en las que vivía todos los días. Terminé odiando el sexo. Crecí temiéndole y temiendo la idea de que un hombre utilizara mi cuerpo para satisfacerse y mandar sobre él. Siempre supe que no había cosa más natural que vivir la propia sexualidad, pero lo que mis oídos escucharon a lo largo de mi infancia fueron palabras dolorosas acerca del amor y el sexo. No quería encontrarme con un hombre así, que ponderara el cuerpo por encima de los sentimientos de una mujer. Como podrás ver, no tuve mucha suerte. Pero no es culpa de nadie, simplemente no supe escoger al hombre adecuado para mí porque mis referentes estaban equivocados.

Durante muchos años viví sintiéndome culpable por no ser la persona que tu papá quería. Traté por muchos años de cumplir con sus expectativas de ser la madre modelo, el ama de casa inmejorable. Me convertí en una mezcla extraña entre lo que yo quería y me gustaba, y lo que los demás esperaban de mí. Terminé sintiendo la culpa injusta por lo que tu papá hacía. Y una parte de mí disculpaba sus constantes infidelidades. De alguna manera me convertí en cómplice al no oponerme a este tipo de comportamiento. Creí que reconociendo para mis adentros que cada engaño, cada gesto hostil que recibía por parte de Javier, eran exclusivamente su responsabilidad, y que con esto lograría vivir en paz y tranquila, pues eso me eximía de toda culpa. Pensé que podría, de esa manera, dedicarme a vivir para mí y mis hijos, y que en algún momento encontraría la manera de realizar mis sueños. Pero no sólo no lo conseguí —pues sentía el peso del reproche disfrazado y algunas veces directo de tu padre—, sino que también yo fomentaba esa clase de relación poco sana, pues mi silencio no era ningún freno para él. Los límites que ponía sólo me reprimían a mí, pues él seguía viviendo la vida que le gustaba mientras yo me marchitaba.

Como ya te lo he dicho, el miedo y la inseguridad me paralizaron por años. De modo tal que preferí no separarme de él y evitar que sus actos continuaran lastimándome. El miedo a no poder salir adelante con mis dos hijos era muy grande.

Así es, no podía conseguir que él cambiara para que yo fuera feliz a su lado. Años después comprendí que la que tenía que cambiar era solamente yo, y que mi felicidad y mi tranquilidad dependían sólo de mí misma. Claro que antes de entender que es uno mismo quien permite que se le lastime, tuve que pasar por muchos sinsabores más. Todavía perdono que Javier tuviera otro hijo fuera del matrimonio al mismo tiempo en que tú ibas a nacer. Esta historia ya la conoces. Incluso creo haberte contado la parte en la que me ofrecí a cuidar de tu medio hermano como si fuera mi hijo, en caso de ser necesario. Pero lo que no sabes es lo terriblemente mal que me sentí hace apenas pocos meses, cuando, recordando los hechos, me di cuenta del error tan grande que había cometido al haber actuado de esa forma. Aunque lo haya hecho para salvar mi matrimonio y defender el hogar de mis hijos, no debí pasar por alto aquel suceso, pues las cosas llegaron hasta ese punto, justamente porque ya había perdonado sus deslices anteriores.

Cuando alguien comete un abuso en nuestra contra, y no nos oponemos con firmeza, el resultado es un abuso mayor cada vez. Y así, engañándome a mí misma, creí que era la esposa perfecta, y que con esa actitud conseguiría al Javier que tanto deseaba, pues solamente alguien como yo podía llegar a esa clase de perdón y sacrificio. Pensé tontamente que Javier se daría cuenta de lo mucho que lo quería, y de lo mucho que yo valía como persona al reconocer el valor de haberlo perdonado. Creí que jamás me volvería a engañar y que se convertiría por fin en el compañero que tanto anhelaba.

La vida está llena de intentos, de pruebas y errores. Y aunque doloroso para todos nosotros, mis errores me enseñaron que nada ni nadie se podrá comportar de tal manera que cumpla todos nuestros deseos. Aunque éstos no tengan que ver con simples caprichos, sino más bien con el deseo de tener una familia feliz, unida y llena de amor.

Mi excesiva tolerancia, mi minusvalía emocional, me llevaron a llorar muchas lágrimas más. Todavía volví a padecer los amoríos clandestinos de quien para esos tiempos había perdido por completo mi admiración y mi respeto.

Sufrió los efectos de la relación oculta más larga que tuviera Javier. Compartí la mesa y la relación cordial, alguna vez, con quien fuera el último amorío de tu papá durante nuestro matrimonio sin yo saberlo.

Dos años de amor enmascarado con quien fuera su secretaria. Dos años en los que ustedes, mis propios hijos tuvieron con ella en ocasiones un trato familiar. Dos años en los que, sin saberlo, ella usaba mi coche los fines de semana, pues Javier se lo dejaba cada sábado después de que tú, Rodrigo y yo íbamos por él a su trabajo. En aquella época tu papá me pedía que fuéramos a recogerlo a la Capu, donde tenía su oficina. Así podríamos dejar mi coche en el estacionamiento, e irnos todos juntos en el de él. De esa manera no tendría que ir por nosotros hasta Cholula y llegar tarde a comer con su mamá. Era así como ella hacía uso de mi coche el fin de semana completo. Y fue así como viví engañada dos años más. Esto, y muchos detalles más, no los descubrí yo, fueron confesiones que el mismo Javier me hizo.

Tengo muchos recuerdos dolorosos. Una lista de heridas pequeñas y grandes que forman parte de mis años más jóvenes. Aunque sería injusta si sólo hiciera mención de lo triste. Sería ilógico pensar que nunca hubo una parte buena y digna de ser recordada. ¡Claro que la hubo! De no haber existido recuerdos gratos, no habría existido dolor alguno en la separación. No habría ninguna pérdida que lamentar. Las ilusiones jóvenes, los momentos en familia, las bromas, las Navidades y los años nuevos, los nacimientos, las primeras palabras de mis bebés, sus primeros pasos, el primer día de clases, sus cumpleaños, los besos, los abrazos, los partidos de voleibol, los juegos de cartas, los afectos de familia acumulados con los años, la construcción de nuestra casa, las fotos del recuerdo, tú y Rodrigo. Sí, tú, Valeria, con tu carácter rebelde y terminante desde que eras apenas una niña. Con tu determinación para hacer las cosas. Con tu resolución y potencia para aventarle una mamila en la cabeza a tu hermano, y hacerlo llorar cuando no sabías ni siquiera gatear. Mi niña que cambió su mirada luminosa por los ojitos más tristes cuando te iba a visitar al negocio de tu papá. La niña de nueve años a quien yo dejé de ver todos los días después de haberme separado de tu padre. No sé si puedas algún día entender el dolor que sentí, y que siempre sentiré cada vez que me acuerdo de todo esto.

Estuve a punto de terminar con todo. Mi resistencia se fue minando con el tiempo. No podía vivir extrañándolos a ustedes, mis hijos. Pasé casi tres

años durmiendo apenas tres horas diarias. Había ocasiones en las que por tres días no lograba conciliar el sueño. Me descubrí algunas veces, cuando llegaba a mi departamento después de trabajar, dándoles las buenas noches a Rodrigo y a ti. Platicaba con ustedes dos como lo hacía cuando vivíamos juntos y llegaba la hora de dormir.

Me dolía tanto verlos cada vez que los iba a visitar, que prefería hacerlo de vez en cuando. Ésa es la razón por la que, al principio, casi no me veían, pues no podía soportar verlos con sus caritas inocentes viviendo una situación tan dolorosa. Además, en esa época yo apenas tenía para sobrevivir. Me daba mucho dolor darles apenas diez pesos a cada uno, pues era lo único de lo que podía disponer. ¿Te acuerdas cuando iba por ti y Rodrigo una vez por semana para pasar el día juntos? Bueno, pues te confieso que eran mis días más felices, pero también los más tristes. Porque cada vez que los dejaba en la puerta de la casa, o en el negocio, me mataban de pena sus caritas de amor y tristeza en el momento de despedirnos. Casi siempre estacionaba el coche unas calles adelante para ponerme a llorar. Era un dolor que no te puedo describir. Y lo es aún y lo será siempre. Como ahora, que el simple recuerdo me provoca un nudo en la garganta.

La situación económica de Javier se vio muy afectada gracias a los problemas ocasionados por sus amoríos con su secretaria, y gracias a algunas desavenencias que tuvo en su lugar de trabajo. Esto provocó su separación de la empresa y su liquidación. Así nos vimos en la necesidad de poner un negocio familiar. ¿Te acuerdas? Primero pusimos la taquería y después el súper.

Cuando se quedó sin trabajo y llegó a la casa con la mala noticia, no me quedó otro remedio que unirme a él para trabajar juntos. Digo esto porque, justo esa noche, yo iba a pedirle el divorcio. Sin embargo, decidí no hacerlo dadas las circunstancias. Así continuamos juntos un año más, pero cuando la pareja se rompe, ya no hay nada que hacer.

Noviembre de 2010

Mi niña, sanar mi vida ha sido una tarea difícil, pero mágica. Ha sido una aventura en la que me he adentrado en mi mundo privado de anhelos y sueños. De aspiraciones y apetitos. En mi mundo ideológico, donde encontré la

raíz de la abolición y donde pude legitimar mis derechos y las concesiones con que todo ser humano debe vivir. Descubrí que podía alcanzar más pronto el perdón en la medida en que yo misma me fuera entregando mi libertad. Viví por varios años como un pueblo invadido, rebelándome a veces, y pactando otras pocas. Me di la oportunidad de amar otra vez y de probar otra clase de amores. La juventud, con su habitual despreocupación y apasionamiento, salieron a la calle escondidas debajo de mi disfraz de más de cuatro décadas. Y mis sentimientos encontraron un vestido nuevo para salir.

Pero alcanzar mi propio perdón fue una tarea larga y dolorosa. Y el peso de mis recuerdos me lastimaba mucho. Fue tal el peso de mis recuerdos dolorosos, y fue tal la frustración que sentía por tanta injusticia y por haber tenido que dejar en las manos de Javier lo que más amaba, que terminé por romperme. Todo se había combinado en momentos en los que ya no tenía trabajo ni dinero para comer. Así que opté por el suicidio y, aunque esto también lo sabías, no quiero omitirlo tampoco.

Tomé sesenta pastillas que había ido reuniendo a lo largo de tres meses, entre somníferos y medicamentos para el corazón y la presión que había ido sustrayendo de entre las medicinas de tu abuelo. Tengo vagos recuerdos del suceso, de hecho, creo que estuve inconsciente por varios días. Tengo imágenes en mi cabeza de algunos momentos en los que estaba recostada en la cama casi sin poder moverme y sintiendo un pesado letargo en todo el cuerpo. Pero tengo una imagen especialmente particular de mí misma. Yo me veía en el baño tomando agua de la llave. El agua se me escurría de la boca. Estaba frente al espejo. La mitad de mi cara estaba como paralizada, y una de las orillas de mi boca estaba torcida hacia abajo. Creo que en ese momento pensé que me estaba muriendo.

Simplemente, un día desperté menos aletargada que antes, me metí a la regadera con la ropa puesta y después me acosté a dormir nuevamente. Al día siguiente aún me sentía mal, pero comprendí que no había podido concretar mi propósito. Mi depresión era muy profunda, pero entendí la gravedad de lo que había hecho. Sentí miedo porque supe que no me quería morir, pero no sabía cómo salir adelante. En esos momentos estaba sola, separada de mi familia. Sentía vergüenza de mí misma porque había sido una tonta que había dejado pasar sus mejores años trabajando para que otros crecieran y cimentaran sus vidas. Dejé mis años más jóvenes hasta casi llegar a la mitad

de mi existencia, creyendo que algún día terminaría una carrera con el apoyo de Javier. Ahora tenía cuarenta años, estaba recién separada. Había perdido a mis hijos. Mi casa y mi herencia los había dejado para ti y tu hermano. Fui duramente criticada por mi familia respecto a la decisión que había tomado. Pero estaba ahí, atontada todavía, sin ninguna alternativa. Con una depresión enorme, pero ya sin querer perder la vida. Estaba sola y sin saber por dónde empezar.

Mis recuerdos son tantos que no veo para cuándo he de terminar esta carta. Te pido perdón por esto, pero no encuentro mejor forma de entregarte mis secretos. Aunque la gran mayoría ya los conocías, esta vez espero que te sirvan para pensar seriamente si en verdad quieres seguir creyendo que he perdido todo y estoy donde estoy porque soy tonta, o demasiado ingenua, como hace poco me dijiste.

Sé que tal vez ahora no comprendas cada línea que leas. De hecho, no te escribo para que me entiendas ahora. Lo hago para que tengas en tus manos la historia de tu madre, tal y como yo la viví y la sentí. Para que tengas las dos versiones y puedas entender a cada uno de tus padres. Para que, en caso de ser necesario, puedas perdonarnos por los dolores y quizá traumas que te causamos. Pero, sobre todo, para que te liberes de ellos. ¿Sabes por qué? Para que tengas la responsabilidad de tu propia vida, sin sentir jamás que tus éxitos, o tus fracasos se los debes a otros. Que son producto de tus propias decisiones.

Los padres intentamos capacitar a nuestros hijos para que puedan resolver sus vidas. Creemos que por haber vivido más, sabemos más que ustedes. Pero a veces sabemos más y otras no. Habrá muchas cosas que yo sepa que quizá te sirvan de mucho, pero otras no. Yo viví en mis tiempos, como mis padres en los suyos. Y las heridas y alegrías que recibí provienen de ahí. Pero tú y Rodrigo están viviendo su propio tiempo, en el que tal vez las herramientas que recibieron de nosotros, sus padres, les sirvan para muy poco. Por eso te entrego esta crónica de nuestra historia en familia, porque algún día tendrás que soltarte para volar con tus propias alas. Porque ni yo ni Javier estaremos para siempre. Y para que te hagas cargo de ti misma con toda la salud emocional que sea posible cuando llegue el momento...

He recordado algunas cosas, pero quiero enumerar para ti lo más posible. Tal vez porque las circunstancias no nos han permitido convivir todos los días.

Por lo tanto, tampoco he tenido la oportunidad de ser para ti una madre típica. Y aunque no queramos aceptarlo, esa realidad nos ha transformado.

Hace pocos días, y por obra de la casualidad, me enteré de lo que piensan algunos amigos de Javier respecto a nuestro divorcio. De forma ridículamente injusta, la opinión ajena borró por completo el largo historial de infidelidades y errores en los que incurriera él y se dio el lujoso permiso de descalificarme sólo a mí por haber “abandonado” a mis hijos y a mi marido, a quien le dejé la terrible y triste tarea de hacerse cargo de ustedes dos y dividirse penosamente entre su trabajo, tu educación y la de tu hermano. No me sorprendió saberlo. Me pregunto ¿qué hubiera pasado si yo, alguna vez, me hubiera atrevido a darle un beso en la boca a otro hombre que no hubiera sido mi marido? Sólo un beso, no hablo de nada más. ¡No puedo imaginarme de lo que yo hubiera sido acusada! Me pregunto también si estos personajes están enterados de que ustedes viven no sólo en la casa que construimos durante el matrimonio, sino que el terreno donde está construida es una herencia que me dejaron mis padres. ¿Sabrán también que fui yo quien pagó el divorcio, pues Javier se negó a hacerlo y, no contento con eso, también se atrevió a pedirme pensión alimenticia a mí? ¿Estarán enterados de que los estudios de Rodrigo fueron costeados por mí cuando yo estaba casada con Jörg, sin tener ninguna obligación legal? Y, peor aún, ¿sabrán que cuando ya no pude continuar pagándole los estudios y la renta del departamento donde vivía en el D.F., porque se me acabó el dinero, Javier no hizo ningún intento por ayudar a tu hermano porque, según él, tampoco podía? ¿Acaso estarán enterados de que Javier no opuso ninguna resistencia en las épocas de nuestra separación física, cuando le pedí que regresara a la casa porque Rodrigo estaba padeciendo mucho al vivir en el cuarto al que se fueron los dos, y que una vez estando ahí, yo me iría a buscar a dónde vivir? ¿Sabrán también que cuando él se fue de la casa yo me iba a quedar con mis dos hijos, pero que Rodrigo decidió no dejar solo a su padre? ¿Y que durante esos escasos tres meses Javier no perdía oportunidad para decirme lo mal que la pasaba tu hermano? Por cierto, cada vez que esto sucedía, yo le pedía que lo regresara conmigo, obteniendo como respuesta la negativa de Javier argumentando que no tenía corazón para pedirle a su hijo que se regresara con nosotras, ¡pues el niño estaba a su lado por solidaridad! ¿Acaso saben que durante esa época yo te mantenía a ti y los gastos de la casa y la sirvienta, consiguiendo ropa y zapatos usados y llevándolos a vender en

las calles de las juntas auxiliares de Cholula? ¿O que rentaba un pedazo de banqueta en el tianguis de La Piedad para vender los artículos usados? ¿Les habrá dicho que prefirió quedarse en la casa con ustedes dos, en vez de ser él quien se fuera y pagar una pensión para el sustento de sus hijos? ¿Se habrán puesto a pensar que eso era lo correcto, sobre todo después de haber sido él quien incurriera en tantas infidelidades? Y no sólo eso, pues también fue capaz de agredirme físicamente en plena calle y frente a mi amiga, su familia y sus amistades, escudado en una borrachera.

Me pregunto en estos momentos si alguno de éstos que me juzgan tendrá una vaga idea de lo que sentí al salir de mi casa dejándolos a ustedes para que tuvieran una mejor vida al lado de Javier, en vez de verse en la penosa necesidad de atenerse a mi precaria economía.

Me gustaría, como un regalo divino, que alguno de éstos que se atreven a opinar pudiera sentir el dolor de despedirme de mis hijos, quizá para siempre, llevándome clavadas sus miradas llorosas y sus caritas llenas de dolor. Y no sólo eso, me encantaría que alguno de ellos pudiera experimentar el dolor, la frustración y la impotencia que se siente al alejarse de lo que más se ama porque, quien debería hacerlo no tiene ni la conciencia ni los valores éticos suficientes para realizarlo!

Qué fácil es juzgar, sobre todo para aquellos que tienen la cara sucia. Para aquellos que tienen toda una historia de fechorías encubiertas. Con vidas llenas de apariencias y matrimonios de utilería. Con historias ocultas de abusos y manipulación a sus mujeres.

Ésta es la otra cara de la verdad, y te repito una vez más: es mi dolor contado por mí misma. Y si en muchas de las líneas anteriores he sido muy cruda, te pido que me perdones. Te pido que te coloques, en la medida de lo posible, en una postura neutral. Sé que no es fácil porque se trata de tus padres. Piensa que hace mucho que no vivimos juntas y que nos vemos muy poco, y por esta razón no tengo oportunidad de compartir la vida contigo como lo haces con tu padre. También, al menos de momento, sería posible que yo te buscara para pedirte que escuches todo lo que acabo de escribir, y tal vez más. Estoy segura de que no encontraría mucha disposición de tu parte. También es posible que en estos tiempos no te interese terminar de leer todo esto. Por eso no he tenido mucho freno al extenderme, porque sé que la vida nos va pasando por encima, nos golpea y nos acaricia mientras continuamos

en ella. Moldea nuestro carácter y dispone los ingredientes necesarios para transformar el corazón y la razón. Esos momentos serán los oportunos para que tal vez termines de leerme, o me vuelvas a leer.

Habrà muchas cosas que en su momento entenderás mucho mejor que ahora. Y habrá otras en las que no estés de acuerdo conmigo. Lo importante es que me tengas, si es que el término sirve. Que sepas que te amo como eras, como eres, y como serás sin querer cambiarte. No importa si no nos vemos y nuestras vidas continúan con rumbos distintos.

Quiero decirte que he preferido no pensar mucho en los años que llevamos sin vivir bajo el mismo techo porque me duele, como sé que a ti también.

Me he perdido de verte crecer todos los días durante nueve años. De verte salir, de verte llegar, de verte con tus amigas de adolescente, con tus amigas de la prepa, con tus novios. Hace mucho que no cocino para ti y para Rodrigo ni nos sentamos los tres a la mesa. No volví a acariciar tu espalda mientras duermes. Me quedé sin la oportunidad de hacerte los desayunos de los últimos años y de llevarte a la escuela, de ir por ti.

No te pude enseñar a manejar, no te pude regañar, no te pude enseñar a cocinar como yo lo hago, no te asigné responsabilidades domésticas, no te enseñé a ordenar tu recámara, no estuve el primer día de tu menstruación, no pude reír a tu lado, tampoco llorar, me perdí de tus compromisos escolares, no pude estar para que me quisieras como a tu papá... ¡no pude tantas cosas! Lo único que he podido hacer es llorar a solas por tu ausencia y por la de Rodrigo. Y sólo he tenido la única opción de tragarme la amargura y el dolor de verlos a ti y a tu hermano sonreír, convivir, darse muestras de afecto y hacer una familia de tres con su padre.

He cometido muchos errores, cosas que pasaron por mis manos y lo que con ellas pude construir, que por miedo y falta de confianza en mí misma no hice. Pero no hay posibilidad de que sea otra persona. De hecho, cada vez estoy más a gusto con quien soy. Es por eso que ahora sí me otorgo el derecho de ser quien quiero ser, sin esperar a que otros determinen quién debería ser. Ahora puedo pensar todo lo que pienso y me doy todo el derecho de decirlo si quiero o de callarlo si así lo decido. Desde que me separé de tu padre, comprendí que había aprendido a correr riesgos y a pagar yo misma los costos de esos riesgos. Me concedí el derecho de buscar lo que necesité de este mundo sin esperar que nadie me otorgara el permiso para hacerlo.

Durante muchos años creí que no era libre por mis circunstancias. Sin embargo, ahora sé que no hay dónde prepararse para el recorrido que habrá de hacer cada quien. Eso se hace a medida que avanzamos. Y, a medida que lo hacemos, vamos descubriendo nuestras propias habilidades para vivir la vida.

Espero que tu memoria me haga justicia alguna vez, y que tengas presente los recuerdos de las cosas buenas que viviste a mi lado. No sé, tal vez te acuerdes de aquella ocasión en que fuiste por primera vez a casa de una amiga, Jael. Estabas en el primer año de kínder, quizá por eso no lo recuerdes. Te pasaste una tarde divertida al lado de tu primera amiga, mientras las dos se tomaban su leche en el biberón, mismo que las dos decían que ya habían dejado. Recuerdo que yo estaba angustiadísima porque no podía dar con la dirección de tu amiguita y tuve que retrasar una cena que tenía Javier para que me ayudara a encontrarte.

Quizá recuerdes las fiestas escolares, los festivales, los concursos de canastas en el Santa Teresa, las juntas. En todos ellos siempre estuve yo, participando y al pendiente como cualquier mamá. ¿Recuerdas el baile de La calle de las sirenas? ¿Te acuerdas que yo monté esa coreografía para tu grupo, y el día del festival bailé como tonta enfrente de ustedes para que no perdieran el paso? ¿Te acuerdas de las fiestas y de las reuniones que teníamos en la casa, a las que iban tus amigas del salón? Todas esas tardes que pasabas jugando con amigas y muñecas, y en algunas ocasiones también con los amigos de Rodrigo. ¡Porque muchas veces teníamos casa llena! ¿Recuerdas las obras de teatro que montaban tú y Jael cada que estaban en la casa, o cuando nosotras íbamos a la de ella? ¿Y cuando nos bañábamos juntas? ¿Y cuando te iba a dar las buenas noches en tu cama, te besaba y te daba la bendición? Ahí estuve yo, como también he estado presente en otros momentos de tu vida, después de ya no vivir en la misma casa. Como cuando Jessica, la novia de tu papá, se fue a vivir con ustedes. Hice todo lo posible para que tuvieran una familia. Hasta me hice amiga de ella y traté de ayudarla de corazón en sus problemas. Siempre que me has buscado para encontrar ayuda o consejo, ahí me has encontrado, y no sólo tú, Rodrigo también, desde luego, y hasta tu papá. Pues no me podrás negar que cuando él ha necesitado de mi apoyo, siempre lo ha encontrado. En definitiva, siempre me has tenido y me tendrás. No importa que tan lejana estés.

Y en medio de toda esta historia, en la que ha habido para ti y Rodrigo amor, cuidados, protección, comprensión y guía, también ha habido la parte dura y triste que nunca se puede evitar aunque se quiera.

Yo respondo por todo aquello que he elegido y por lo que elegiré. Así como tu padre también es responsable por sus elecciones. Por lo tanto, siéntete liberada del compromiso y proceder de los demás. Libérate siendo consciente de cada decisión que tomes. Eso te hará responsable de tus actos. Y, por consecuencia, esa responsabilidad te hará libre. De esa manera irás aprendiendo poco a poco a pensar cada vez mejor en cada decisión que tomes. Responsabilidad es responder por lo que una hace o hizo.

Yo viví casi la mitad de mi vida en función de lo que había aprendido en mi entorno familiar y cultural. Crecí atada a conceptos de lo que debía y no debía hacer. A una moral injusta, incongruente y descalificadora. Demasiado grande como para que pudiera darme cuenta de mis elecciones, hasta que ya había tenido a mis dos hijos y estaba a punto de separarme.

Yo, como la mayoría tal vez, pensé que había tomado mis propias decisiones, cuando en realidad no había sido así. La verdad es que nunca elegí, sólo seguí las enseñanzas de mi cultura y educación. Cuando al fin me dije mis propias verdades, era porque la ceguera había terminado de la manera más dolorosa. Entonces no me quedó más remedio que elegir con conciencia y valor. Me di cuenta de que la vida que había tenido era resultado de un sentido común escaso, y eso fue muy doloroso, porque las heridas no sólo fueron para mí. También herí a los que más quería. Pero cuando la ignorancia es todo lo que hay, es inútil hablar con ella.

Así es, hija, viví una época en la que una parte de mí no soportaba a la otra y busqué aliarme con ideas guerreras, carentes de miedo y con voces estruendosas y firmes que vencieran los temores e inseguridades de mi otra parte, frenada y sometida por una autoridad ideológica escrupulosa y convencional que no me dejaba soñar y luchar por mis convicciones sin paralizarme por la culpa. Soñé muchas noches con las mieles de la autonomía; con el buen sabor de las decisiones carentes de patrocinador, y con un amor noble, sin espinas.

Seguramente has escuchado, o escucharás algunas veces esta frase: “La vida es una sola y hay que aprovecharla”. Y no hay cosa más cierta, por lo tanto, construye para ti la mejor vida que puedas. Yo estoy construyendo la mía, porque es la vida en la que vivo yo y nadie más. De modo que todos los

días trato de hacerlo bien. Sobre todo porque siempre hay temporales que nos azotan duramente, y a veces se tiene que volver a empezar de nuevo. Mírame a mí. Es por eso que hay que estar atentos a la adecuada construcción de nuestra vida, porque cada uno de nosotros es valioso y merecemos vivir bien en ella.

No puedo controlar lo que otros hacen. Lo único que puedo hacer es controlar lo que hago yo. Estoy en mi vida, viviéndola, con mis errores, con mis miedos, con todos mis anhelos, con lo que ignoro, con lo que aprendo. Y trato de crecer cada vez un poco más y llenarme de recursos para actuar de la mejor manera con toda mi conciencia y todo mi coraje, para pagar el precio a que cada decisión que tome, me obligue.

Hija, mi adorada Valeria, mi princesa por siempre. He escrito tanto ya, y aún hay tanto que quisiera decirte. Pero sólo he de concluir con dos cosas: la primera es que te quiero y siempre te querré porque eres mi hija, y porque te quiero querer siempre. Porque es mi decisión. Por lo tanto, no me debes nada. Yo sé que tú me quieres, y es por eso que te pido que lo hagas por ti. Que me quieras por ti, como quieras y del tamaño que quieras. De esa forma no te deberé nada, y el día que estemos juntas para hacer cosas juntas, no habrá amor más grande, sano y libre, que el que nosotras nos tengamos.

La segunda es que nuevamente reconozco que, en medio de todas mis decisiones, te he lastimado mucho y a tu hermano también. Te pido perdón, mil veces perdón.

Te pido perdón por el tiempo perdido. Perdón por todas las palabras duras e inútiles. Perdón por el amor que te pertenecía y que desperdicié en medio de responsabilidades y preocupaciones. Perdón por los olvidos, los descuidos y los regaños. Perdón por los silencios y perdón por la ausencia. Perdón por tomar las riendas de mi vida y tratar de recomponerla. Perdón por empezar a quererme cuando tú ya existías y ya te amaba. Y por último, perdón si en esta infinitud de líneas no he conseguido que encontraras a tu madre.

Con todo mi amor y desde el alma

Tu mamá.